

“La gente del Sancocho Nacional: Experiencias de la militancia barrial del M-19 en Bogotá,
1974-1990”

Monografía de pregrado para optar por el título de
Historiadora
Escuela de Ciencias Humanas
Universidad del Rosario

Presentada por:
Iris Medellín Pérez

Dirigida por:
Bastien Bosa
Franz Hensel

Semestre II, 2016

Agradecimientos

En este caso, las palabras de agradecimiento se quedan cortas. A Bastien, por la lectura y los comentarios atentos y pertinentes, el acompañamiento a todo el proceso de investigación, y el entusiasmo con el que asumió el trabajo. A Franz por animarme, en clases y reuniones, a hacer de la creatividad y la imaginación parte importante del ejercicio histórico. En muchas de sus clases aprendí a ver las potencialidades que alberga el hecho de pensar históricamente. A ambos les debo el resultado final de este tiempo de trabajo. A mis compañeros del semillero de Prácticas y Representaciones por las lecturas y comentarios. Creo que crecimos todos en el escenario de la discusión colectiva. A mis amigos y amigas. A Simón. Cada uno de ustedes contribuyó en tiempos y espacios diferentes al desarrollo del trabajo y, en general, a que mi paso por la universidad fuera mucho más enriquecedor.

A Nidia, Olga, Paola, Francy, Javier, Sergio, Gerardo, Alicia, Sandra, Martha, Lucía, Patricia y Lina. A los demás miembros del M-19 a los que no entrevisté pero que compartieron conmigo un pedacito de sus experiencias, de sus opiniones, de sus momentos comunes. Gracias por hacerme parte de la cadena de afectos, por el tiempo y la disposición que mostraron conmigo. Por hacerme partícipe de sus experiencias agradables y desagradables de su paso por la organización y por la guerra. Por hacerme posible comprenderlos en su dimensión humana, en sus convicciones y en sus vocaciones. A los que ya no están, porque nunca serán enteramente ausentes de las historias en las que participaron. Vivirán en el recuerdo y el cariño de sus compañeros de causa.

Con mi mamá y mi papá nunca me bastarán las palabras de agradecimiento y amor infinito. Gracias por la confianza, la paciencia y el cariño que nunca me faltan. Pero especialmente, gracias por enseñarme, con el ejemplo, a imaginar que otros mundos son posibles.

TABLA DE CONTENIDO

Introducción.....	1
Capítulo 1: Los personajes.....	15
Capítulo 2: Ingresar.....	32
Capítulo 3: Aprender.....	48
Capítulo 4: Ocupar una posición.....	59
Capítulo 5: Vivir lo personal.....	72
Capítulo 6: Trabajar con las comunidades.....	86
Capítulo 7: Estar en operativos.....	99
Capítulo 8: Estar encarcelado.....	107
Capítulo 9: Salir.....	118
Conclusiones.....	133
Referencias.....	139

*“...Si no fuéramos algo más que individuos aislados,
si cada uno de nosotros pudiese realmente ser borrado por completo del mundo por una bala de fusil,
no tendría ya sentido alguno relatar historias.
Pero cada uno de los hombres no es sólo él mismo;
Es también el punto único, particularísimo, importante siempre y singular,
en el que se cruzan los fenómenos del mundo sólo una vez de aquel modo y nunca más.”*
Herman Hesse

INTRODUCCIÓN

Nací en 1994 y creo que, en parte, soy producto de una desmovilización. Cuatro años antes, la organización político-militar a la que había pertenecido mi madre por más o menos 10 años, el Movimiento 19 de Abril, en cabeza de su comandante Carlos Pizarro, firmaba el acuerdo de paz definitivo con el gobierno del presidente Virgilio Barco. Para militantes como mi madre la decisión de dejar las armas no constituía necesariamente una renuncia a las ideas de transformación que los habían impulsado a ingresar a un movimiento guerrillero años antes, era más bien un cambio de estrategia. Todo ello codujo a la formación del partido político Alianza Democrática M-19 y a la participación de Carlos Pizarro como candidato en las elecciones presidenciales de 1990. Mi mamá, siempre inquieta por la actividad política, pasó a ser parte activa de la organización del partido en el departamento de Cundinamarca y adelantando esas actividades de campaña conoció a mi papá, con quien compartía intereses e inquietudes y poco a poco transitaron hacia nuevas causas, como el ambientalismo.

Desde esta perspectiva, he contado con una ventana al mundo guerrillero y a las experiencias militantes que he encontrado poco explorada en la historiografía sobre los movimientos armados en el país. Algunas de las anécdotas que he podido escuchar dan cuenta de una organización que, lejos de funcionar como un cuerpo homogéneo de comportamientos, experiencias y memorias comunes, está llena de matices, diferenciaciones e incluso conflictos entre diversas posiciones sociales, entre diversas formas de concebir la acción política (armada o desarmada) y entre experiencias prácticas de cada persona. Trabajos como los de Marco Palacios o Daniel Pécaut han contribuido a comprender el fenómeno del surgimiento, auge y declive de los movimientos armados en el país. Sin embargo, aunque se interesan en comprender la dinámica del conflicto armado en Colombia tienden a abordar a las guerrillas como actores completos, es decir, como instituciones coherentes y, si se quiere, monolíticas, en las que los

militantes no son más que parte de la ideología, la acción y el objetivo de la organización armada¹.

Considerando lo anterior, abordar una organización o grupo social desde una reducción en la escala de observación, inspirada en trabajos de la microhistoria, permite concebir un amplio espectro de diversidades y matices al interior del grupo y “rechazar la idea de que existe un contexto unificado y homogéneo dentro, con y a través del cual los actores toman sus propias decisiones”². La presente monografía es el resultado de un proyecto de investigación cuyo punto de partida era explorar las experiencias y concepciones diferenciadas en la militancia guerrillera de los cuadros de base del M-19 en Bogotá, teniendo en cuenta su posición dentro de la organización, así como su trayectoria social (pensada a partir de su inscripción en colectivos diversos, de clase y de género en particular pero no únicamente).

Para eso, realicé un total de 12 entrevistas semiestructuradas en profundidad con militantes diversos de la ciudad de Bogotá. Ninguno de mis entrevistados tuvo una posición de mando alto dentro del movimiento. Dos personas ocuparon un rango medio en la organización, lo que les permitía participar en la toma de decisiones y conformar grupos o células a su cargo. Por otro lado, los resultados de las entrevistas fueron puestos en diálogo con fuentes escritas como comunicados públicos de la organización, documentos privados, informes y estatutos. Esta puesta en diálogo me permitió ver diferencias entre las aspiraciones organizativas de la guerrilla y las experiencias prácticas de sus militantes. Adicionalmente, la prensa y el material hemerográfico me permitieron darle profundidad a cada acontecimiento o coyuntura que los entrevistados señalaban como significativa o importante dentro de sus experiencias de militancia. Fue este tipo de material el que me permitió examinar desde otras perspectivas sucesos como los acuerdos de paz, la conformación de campamentos urbanos o las diversas marchas que organizó el M-19 entre 1984 y 1985 en diferentes ciudades del país.

Generalmente, la literatura académica en Colombia que ha abordado el tema de las agrupaciones guerrilleras lo ha hecho analizándolas dentro de un contexto mayor de confrontación, haciendo parte de las múltiples aristas que contiene el tema del conflicto armado

¹ Noté este tipo de preocupaciones y perspectivas en trabajos como: Marco Palacios. *Entre la legitimidad y la violencia. Colombia 1875-1994* (Bogotá: Editorial Norma, 1995) y “Agenda para la democracia y negociación con las guerrillas” en *Los laberintos de la guerra. Utopías e incertidumbres sobre la paz*, coord. Francisco Leal Buitrago (Bogotá: Tercer Mundo Editores, 1999). De Pécaut se puede citar el libro *Violencia y política en Colombia: Elementos de reflexión*. (Medellín: Hombre Nuevo Editores, 2003).

² Jacques Revel et al. “Microanalysis and the Construction of the Social”, en *Histoires. French Constructions of the Past*, (Nueva York: New Press, 1996) 502.[Traducción propia]

colombiano. Desde Fals Borda y *La Violencia en Colombia*³, que extendió su periodo de análisis al enfrentamiento armado de la primera mitad del siglo XX, han sido muchos los autores que se han preocupado por analizar desde diversas perspectivas los cómo y los por qué de las dinámicas de confrontación y guerras civiles del país (construyéndose un personaje que se dedica a estudiar este tipo de situaciones: “el violentólogo”, pero además un mito historiográfico acerca de que Colombia ha sido un “país violento”)⁴.

En ese sentido, la mayor parte de los análisis sobre los movimientos guerrilleros de la segunda mitad del siglo XX en Colombia han obedecido a la preocupación por darle sentido a estos aspectos del conflicto y proponer soluciones probables. Así, trabajos como los de Marco Palacios se han ocupado de los aspectos económicos, agrarios y las ausencias estatales que le pudieron dar origen a las guerrillas colombianas, preocupándose también por las posibilidades de solución negociada al conflicto armado, especialmente con las FARC⁵. Insertando así la necesidad de analizar las agrupaciones guerrilleras dentro de un marco de sentido mucho más amplio. Daniel Pécaut, por ejemplo, en su ensayo “Memoria imposible, historia imposible, olvido imposible” hace énfasis en la necesidad de la construcción de relatos generales, completos, totales, sobre las dinámicas de la confrontación en Colombia:

Sin embargo, para borrar la dimensión de olvido de la memoria mítica, la elaboración de un verdadero relato histórico es esencial. Un relato de esta naturaleza, al permitir una periodización argumentada, al hacer justicia a la historia de las víctimas pero también a la de los protagonistas del conflicto, al mostrar la metamorfosis de los elementos en disputa, al construir la diferencia entre lo que tiene que ver con las estrategias deliberadas y de lo que tiene que ver con las consecuencias inesperadas de interacciones complejas, al imputar responsabilidades, haría posible romper con la memoria mítica y sería un punto de apoyo para la conformación de una memoria a la vez reconocida y compartida⁶.

La construcción de este tipo de relatos y narrativas podría contribuir, por supuesto, a una comprensión general del fenómeno guerrillero y al encuentro de posibles soluciones para los problemas que las confrontaciones armadas han provocado en el país. Sin embargo, implican la

³ Orlando Fals Borda et al. *La violencia en Colombia. Estudio de un proceso social* (Bogotá: Carlos Valencia Editores, 1962).

⁴ Desde la sociología de la memoria se han hecho algunos trabajos que analiza el surgimiento de las diversas comisiones de memoria que ha tenido el país y la “violentología” como tema de estudio. Ver: Jefferson Jaramillo. *Pasados y presentes de la violencia en Colombia. Estudio sobre las comisiones de investigación, 1958-2011* (Bogotá: Editorial Pontificia Universidad Javeriana, 2014).

⁵ Para comprender este tipo de perspectivas ver: Marco Palacios. *Entre la legitimidad y la violencia. Colombia 1875-1994* (Bogotá: Editorial Norma, 1995) y Marco Palacios. “Agenda para la democracia y negociación con las guerrillas” en *Los laberintos de la guerra. Utopías e incertidumbres sobre la paz*, coord. Francisco Leal Buitrago (Bogotá: Tercer Mundo Editores, 1999).

⁶ Daniel Pécaut. “Memoria imposible, historia imposible, olvido imposible” en: *Violencia y política en Colombia: Elementos de reflexión*. (Medellín: Hombre Nuevo Editores, 2003), 132-133.

simplificación de cada actor que ha hecho parte del conflicto, ya suficientemente complejos y diversos por sí mismos (la policía nacional, el ejército, las guerrillas, los paramilitares, las bandas delincuenciales, etc.).

Los estudios de caso sobre cada agrupación guerrillera son menos frecuentes, aunque existen. Un ejemplo es el estudio de Eduardo Pizarro Leongómez sobre las FARC y el de Carlos Medina Gallego sobre el ELN⁷. Ambos tienen en común la preocupación por hacer una historia “general” y completa de las diversas fases de cada agrupación guerrillera, construyendo periodizaciones según las diversas formas de hacer la guerra que adoptaron las organizaciones, sus cambios en las aspiraciones políticas y en las estrategias que pusieron en marcha para la “toma del poder”. En ese sentido, ambos tienen en común un foco particular en la documentación “oficial” de las organizaciones, en los resultados y actas de las conferencias guerrilleras y en la relación con la documentación estatal. El uso de entrevistas a militantes y exmilitantes es mucho menos frecuente, aunque ciertamente usan el testimonio de manera transversal (un poco más en el caso de Medina Gallego sobre el ELN). En estos casos, la historia de la agrupación guerrillera se construye reafirmando como un personaje concreto, completo y coherente al que escapan la diversidad de militantes, de trayectorias biográficas, de experiencias diferenciadas y de relaciones múltiples que componen los movimientos.

Alfredo Molano ha sido, tal vez, un autor que ha desafiado las perspectivas académicas del conflicto armado, privilegiando el testimonio de primera mano y enfocándose en las experiencias particulares de los actores, trabajos como *Abí les dejo esos fierros*, constituyen aproximaciones (en este caso al M-19, pero el autor se ha aproximado de forma similar a fenómenos y actores diversos) que permiten privilegiar la perspectiva y las experiencias particulares de los individuos que constituyeron agrupaciones y colectividades⁸. Por otro lado, el M-19 ha sido abordado desde perspectivas académicas, pero también desde la literatura, la crónica testimonial y el periodismo. Desde las perspectivas académicas se ha hecho especial énfasis en su distinción con respecto a otro tipo de agrupaciones guerrilleras. Daniel Pécaut, por ejemplo, en su caracterización sobre las guerrillas colombianas, la describe como una guerrilla “de tercera generación”. El autor señala que el M-19 privilegió la crítica política como herramienta para generar simpatía y adquirir apoyo, explicando así la entrada de miembros

⁷ Eduardo Pizarro, *Las Farc (1949-2011): de guerrilla campesina a máquina de guerra* (Bogotá: Editorial Norma, 2012). Y Carlos Medina Gallego, *Ejército de Liberación Nacional: Notas para una historia de las ideas políticas (1958-2007)* (Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 2007).

⁸ Alfredo Molano, *Abí les dejo esos fierros*, (Bogotá: Editorial Aguilar, 2009).

provenientes de clases acomodadas del país y del contexto urbano⁹. Este tipo de perspectiva ha sido replicada por autores como Eduardo Pizarro y Mario Luna Benítez, que se han enfocado en hablar de las particularidades del M-19 respecto a las demás organizaciones guerrilleras teniendo en cuenta su forma particular de constituir el movimiento político, su interés en el contexto urbano y su aparición posterior a las demás agrupaciones guerrilleras¹⁰.

Por otro lado, Paulo César León y Patricia Madariaga se han enfocado en aspectos menos conocidos y más específicos del Movimiento 19 de Abril. El primero ha visibilizado conexiones y relaciones poco exploradas entre el M-19 y los círculos artísticos e intelectuales de la década de 1970 en Bogotá¹¹. Del mismo modo, el uso de testimonios orales ha brindado una perspectiva mucho más “relacional” sobre la construcción de la colectividad del M-19 (aunque el autor se enfoca en una porción muy particular de la militancia guerrillera: los círculos intelectuales y artísticos que se podrían considerar parte de una “cultura subversiva”). Patricia Madariaga, por otro lado, pone un énfasis especial en la perspectiva de género al hablar de la militancia en el M-19, abordando dimensiones que también son exploradas en el presente trabajo como la vida personal, las relaciones afectivas, la maternidad, la sexualidad, etcétera¹².

Perspectivas como la de Patricia Madariaga, un poco más preocupadas por las trayectorias biográficas de quienes pasaron por la militancia guerrillera que por las causas “estructurales” de su surgimiento son exploradas en el libro de varios autores titulado *Una izquierda inconclusa. Izquierdas políticas y sociales en Colombia*, elaborado y publicado de forma colectiva por el CINEP. El libro también rescata aspectos de clase, género y etnicidad en el análisis de las diversas colectividades de izquierda en la Colombia contemporánea, por lo que está más cerca de los propósitos del presente trabajo (que pone énfasis en la clase y el género como elementos transversales en el análisis de las experiencias guerrilleras).

Desde el formato de la crónica periodística, la autobiografía y la literatura testimonial, es más abundante el material existente y disponible sobre el M-19. Entre los más destacados está el libro de Patricia Lara *Siembra vientos y recogerás tempestades*, siendo una recopilación de testimonios de los principales dirigentes del M-19 desde la creación del grupo guerrillero. También la recopilación de sucesos que realizó Darío Villamizar titulada *Aquel 19 será*, es un

⁹ Daniel Pécaut. “Reflexiones sobre el nacimiento de las guerrillas en Colombia” en: *Violencia y política en Colombia: Elementos de reflexión* (Medellín: Hombre Nuevo Editores, 2003), 71.

¹⁰ Mario Luna Benítez, “El M-19 en el contexto de las guerrillas en Colombia”, *Revista Sociedad y Economía*. 2006.

¹¹ Paulo César León Palacios, “M-19: Orígenes y surgimiento de una cultura política” (tesis de maestría en Historia, Universidad Nacional de Colombia, 2007).

¹² Patricia Madariaga. “Yo estaba perdida y en el M me encontré”, *Controversia* 187 (2006).

detallado panorama general del M-19 desde su inicio y sus primeras reuniones hasta la desmovilización (el autor se basa principalmente en una rica variedad documental, al ser él mismo parte de un proyecto colectivo de varios exmilitantes del M-19 cuyo propósito central ha sido construir, desde su perspectiva, una narración histórica del movimiento). También destaca la novela- testimonio de Olga Behar sobre la Toma del Palacio de Justicia titulada *Noches de humo: Cómo se planeó y ejecutó la toma del Palacio de Justicia* y la recopilación de testimonios sobre el comandante de la organización, Jaime Bateman Cayón, titulada *Bateman*. Existen también las autobiografías de exmilitantes del M-19 como Vera Grabe y su libro *Razones de vida*, y María Eugenia Vásquez y su libro *Escrito para no morir*, que es también su trabajo de grado en antropología de la Universidad Nacional¹³.

El proceso de desmovilización, dejación de armas y constitución en un movimiento político que atravesó el M-19 en 1990 ha tenido su propio espacio en la literatura académica. Sin embargo, son más frecuentes los análisis de índole jurídico y sociológico del proceso de desmovilización, y se han preocupado principalmente por resaltar las bondades y desafíos que implicó el proceso de dejación de armas de la guerrilla, los aciertos en términos judiciales de los acuerdos firmados y pactados y el rol que tuvo el M-19 como movimiento político al hacer parte de la Asamblea Nacional Constituyente. Este tipo de aspectos son explorados, por ejemplo, en el libro de varios autores titulado *De la insurgencia a la democracia. Estudios de caso*¹⁴, cuyo primer capítulo es un análisis sobre el paso del M-19 de movimiento guerrillero a partido político. Sin embargo, estos trabajos se enfocan más en el tránsito del M-19 como movimiento político que en el impacto de la desmovilización en los militantes del mismo. María Victoria Uribe, en su libro *Ni canto de gloria ni canto fúnebre: El regreso del EPL a la vida civil*¹⁵, si bien aborda las particularidades de otra organización armada desmovilizada en los años 90, el Ejército Popular de Liberación (EPL), explora las facetas más subjetivas y personales del fin de la vida guerrillera. Adicionalmente, su libro *Hilando fino. Voces femeninas en La Violencia*¹⁶ inserta el género como categoría al momento de construir nuevas narraciones sobre periodos del conflicto que han sido

¹³ Patricia Lara, *Siembra vientos y recogerás tempestades. La historia del M-19, sus protagonistas y sus destinos* (Bogotá: Editorial Planeta, 2014). Olga Behar, *Noches de humo. Cómo se planeó y ejecutó la toma del palacio de justicia* (Bogotá: Editorial Planeta, 1988). Patricia Ariza et al, *Bateman* (Bogotá: Editorial Planeta, 1992). Vera Grabe, *Razones de vida* (Bogotá: Editorial Planeta, 2000). María Eugenia Vásquez, *Escrito para no morir. Bitácora de una militancia* (Bogotá: Bogotá: Alcaldía Mayor. Programa de Justicia de Género, 2000).

¹⁴ Mauricio García Durán et al. “El camino del M-19 de la lucha armada a la democracia: Una búsqueda de cómo hacer política en sintonía con el país” en: *De la insurgencia a la democracia. Estudios de caso* (Bogotá: CINEP, 2000).

¹⁵ María Victoria Uribe, *Ni canto de gloria ni canto fúnebre: El regreso del EPL a la vida civil* (Bogotá: CINEP, 1994).

¹⁶ María Victoria Uribe, *Hilando fino. Voces femeninas en La Violencia* (Bogotá: Universidad del Rosario, 2015).

abordados con abundancia desde diversas perspectivas, tal como es La Violencia partidista de mitad de siglo XX en Colombia.

En otros países de América Latina, tanto desde la sociología como desde la antropología y la historia han surgido análisis sobre los diversos movimientos guerrilleros del siglo XX que buscan rescatar las trayectorias vitales, insertando categorías como la clase, el género o la etnicidad al momento de construir análisis sobre las experiencias guerrilleras. De este orden es el trabajo del historiador argentino Javier Salcedo titulado *Los Montoneros del barrio*,¹⁷ y que se ocupa específicamente de la militancia guerrillera en el grupo argentino Montoneros al nivel de la localidad barrial de Moreno, en las inmediaciones de Buenos Aires. La mirada local le brinda al autor no solamente la posibilidad de reconstruir las relaciones interpersonales de pequeña escala, sino también considerar las diferencias existentes entre los militantes que provenían de círculos intelectuales de clase media de Buenos Aires y los que habitaban precisamente en el barrio de Moreno. Encontrando no solamente diferencias en sus experiencias de militancia sino también en sus objetivos e ideales políticos.

En el caso de las guerrillas mexicanas hay un privilegio mucho mayor a las historias de vida y a las historias locales como método para comprender diversas dinámicas dentro de las organizaciones armadas. El libro *Del barrio a la guerrilla: Historia de la Liga Comunista 23 de Septiembre (Guadalajara, 1964-1973)* escrito por Rodolfo Gamiño Muñoz, analiza la conformación de la organización guerrillera Liga Comunista 23 de Septiembre y sus conexiones con las dinámicas vecinales en un barrio específico de la ciudad de Guadalajara llamado San Andrés. El trabajo logra iluminar la forma en la cual las localidades pequeñas como el barrio San Andrés y el grupo de Los Vikingos (el grupo de jóvenes foco de la investigación de Gamiño Muñoz), con todas sus lógicas sociales y de identidad, se encadenan en la historia de la participación política hasta protagonizar acciones armadas de gran magnitud en el México urbano de los años setenta¹⁸. Por otro lado, el antropólogo del Colegio de Michoacán Luis Ramírez usa como metodología principal las historias de vida para rescatar las posiciones políticas y las construcciones de proyectos alternativos de los campesinos de Michoacán que militaron en varias guerrillas que luego se juntaron en el Partido de la Revolución Democrática (PRD). El

¹⁷ Javier Salcedo, *Los montoneros del barrio* (Caseros: Universidad Nacional Tres de Febrero, 2011).

¹⁸ Rodolfo Gamiño Muñoz, *Del barrio a la guerrilla. Historia de la Liga Comunista 23 de Septiembre (Guadalajara, 1964-1973)* (Guadalajara: CEDNIDIA, 2006).

autor encuentra tensiones entre las diversas clases sociales que compusieron el Partido, y entre los divergentes proyectos políticos que se imaginaron sus miembros¹⁹.

Reducción en la escala de observación y el problema del archivo

En la colección de ensayos de Jaques Revel titulada *Un momento historiográfico: Doce ensayos de historia social*, el historiador francés señala que el surgimiento de las discusiones teóricas y metodológicas de la microhistoria se da en medio de discusiones con las diversas formas en las que, hasta la década de 1970, se hablaba de hacer “historia social”, y las formas en que las escuelas dominantes en historia social habían construido sus perspectivas y objetos de estudio. Algunas de las críticas a la historia social tenían que ver con el hecho de privilegiar una perspectiva que mostraba que la reconstrucción de vidas y acciones de individuos provenientes de grupos subalternos solamente era posible “bajo el epígrafe del número y el anonimato, a través de la demografía y la sociología, del estudio cuantitativo de la sociedad del pasado”²⁰. La invitación de la microhistoria sugiere que la aproximación, incluso a una vida individual, puede mostrar un panorama de relaciones y formas de pensar de su época que no son visibles desde otras perspectivas. Por esa razón considero que la reducción en la escala de observación podría sugerir otras miradas al movimiento guerrillero, alternativas a las que han dominado la “historia del conflicto armado colombiano” en los últimos años, casi siempre apoyadas precisamente en informaciones demográficas y macrosociológicas que, si bien responden algunos interrogantes, dejan otros muy abiertos.

Adicionalmente, la microhistoria propone comenzar a examinar las instituciones como producidas por un conjunto de relaciones sociales micro, y no al revés; es decir, como productoras de actores e interacciones. En palabras de Jacques Revel:

Varios ejemplos recientes sugieren que no es solamente deseable sino incluso posible invertir los términos del análisis: es decir, dar cuenta de la construcción de un grupo y de las formas (provisionales) de institucionalización que de ello resultan a partir de las trayectorias de los actores y de las relaciones, de diversa naturaleza, que mantienen entre sí y con los contextos plurales en que se ubican²¹.

¹⁹ Luis Ramírez, "Voces y memorias desde abajo: comunistas y guerrilleros en la historia oficial y el presente del PRD". *Relaciones: Estudios de historia y sociedad*, 2006.

²⁰ Carlo Ginzburg, "Prefacio", en *El queso y los gusanos. El cosmos según un molinero del siglo XVI* (Barcelona: Ediciones Península, 2009), 24.

²¹ Jacques Revel. "La institución y lo social", en *Un momento historiográfico: Doce ensayos de historia social* (Buenos Aires: Ediciones Manantial, 2005), 78.

Fijarse en las trayectorias individuales y grupales de los actores que hacen parte de la institución implica, por supuesto, rescatar la importancia de las experiencias personales y de los múltiples contextos con los cuales los individuos dialogan en el marco de dichas experiencias. La elección de la categoría de “experiencia”, presente en la pregunta de investigación inicial y a lo largo de todo el trabajo, no ha sido fácil. Tanto en la historiografía como en la sociología y la antropología son amplias las discusiones que se han elaborado alrededor del concepto de “experiencia”. E.P Thompson, por ejemplo, propone la experiencia (y la diferencia entre experiencia vivida y experiencia percibida) como un concepto central en el trabajo del historiador porque “incluye la respuesta mental y emocional, ya sea de un individuo o de un grupo social, a una pluralidad de acontecimientos relacionados entre sí o a muchas repeticiones del mismo tipo de acontecimiento”²².

A Thompson, la relevancia del concepto de experiencia le permite negociar los tránsitos entre estructura y superestructura (perspectiva de los marxismos “ortodoxos” con los cuales discutía) y rescatar la agencia de los sujetos en la construcción de los acontecimientos colectivos (lo que lo lleva a afirmar que la clase obrera en Inglaterra no fue tanto una cosa como un acontecimiento). Joan Scott, por otro lado, añade a la discusión de Thompson sobre la experiencia la idea de que ésta no podía ser concebida como un acontecimiento dado, sino al que se le da sentido en un marco de significados que la hacen posible y comprensible²³. Ambas perspectivas son relevantes para la presente investigación que, por un lado, convierte las experiencias de la militancia guerrillera en el centro de la investigación (buscando rescatar la agencia y la individualidad de los sujetos) y, al mismo tiempo, debe lidiar con los significados que los individuos y la historiadora misma (yo, treinta años después de los acontecimientos) le dan a dichas experiencias.

Las anteriores discusiones historiográficas entre las que surgió el tema de la tesis condujeron directamente al problema de las fuentes disponibles, las preguntas que hay que plantearles y la búsqueda de nuevas fuentes. En el caso de la presente investigación el proceso estuvo acompañado constantemente de una preocupación y múltiples reflexiones sobre el archivo. Siendo el M-19 una organización clandestina y al margen del Estado, no existe un cuerpo documental institucionalizado de la organización, y son pocos los documentos que se pueden encontrar del M-19 en instituciones públicas de archivo como el Archivo General de la

²² E. P. Thompson, *Miseria de la teoría*, (Barcelona, Crítica, 1981), 19.

²³ Joan Scott, "Experiencia" en: *La ventana* N° 13 (México: 2001), 49-50.

Nación o el Archivo Distrital (la documentación existente en estas instituciones es la relacionada con la guerra que libraba el estado colombiano con los diversos actores armados para ese momento y, en esa medida, se ocupa del M-19 precisamente como un actor homogéneo). Esto recuerda, a quien reflexione al respecto, que el archivo no es una institución “inocente”, sino que por el contrario el acto de reservar ciertos documentos y no otros, la forma de guardarlos y disponer de ellos de manera pública, ya dice algo sobre los propósitos y la conformación del archivo como institución social²⁴.

Así, la mayor parte del material con el que conté para el desarrollo de la investigación provenía de archivos personales de los diferentes militantes con los que me entrevisté, quienes, de forma voluntaria, me cedieron documentos e imágenes que habían logrado guardar. Parte del archivo que pude construir estaba también alimentado por documentación que mi madre guardó de su época de militancia. En el caso del M-19 me encontré, además, con que la condición de ilegalidad del movimiento y de sus miembros hizo que muchos de los documentos y fotografías que tenía cada persona durante la militancia no fueran conservados por mucho tiempo. En la mayor parte de las entrevistas me dieron a entender cómo, en la época, una fotografía o un documento en su poder suponía para ellos un riesgo enorme de ser identificado, rastreado y posiblemente reprimido.

Por esa razón existe gran cantidad de material que fue desechado e incluso quemado por los mismos actores, además de lo perdido durante allanamientos, desapariciones y combates. Así pues, aparte de la consulta hemerográfica que realicé, no tuve que “visitar” ningún archivo, sino más bien ir construyendo uno a partir de las entrevistas, del material que cada entrevistado conservaba, de comunicados, cassettes, cartas y fotos. Algunos materiales, por haberse almacenado durante más de 30 años de manera poco apropiada, estaban en un estado de conservación deficiente. De este modo he podido experimentar en la práctica cómo la disciplina histórica no se trata únicamente de construir una pregunta sólida y una discusión historiográfica coherente, sino de encontrar soluciones creativas al problema de las fuentes, de explorar y construir nuevos archivos, o de hacerle nuevas preguntas y nuevas búsquedas a los archivos ya existentes.

Sin embargo, la herramienta que más respondió a mi interés por las experiencias particulares de cada individuo fue la historia oral a través de entrevistas interesadas no solamente

²⁴ Franz D. Hensel, “¿Mal de Archivo? Entre formas de registro oficial y lugares de imaginación histórica” en: *Disputas Sobre el Archivo*. Bogotá: Universidad de los Andes [en proceso de publicación].

en la militancia como tal, sino en la trayectoria biográfica de las personas entrevistadas. Entablar conversaciones con los militantes me permitió obtener descripciones profundas sobre sus propias experiencias que no habrían sido fácilmente rastreables a través de otro tipo de fuentes, ya que como he señalado, son pocos los documentos personales (cartas, diarios íntimos, etc.) que guardan estas personas después de la militancia. Tal como señala Gwyn Prins en su texto sobre historia oral:

Los recuerdos personales permiten aportar una frescura y una riqueza de detalles que no podemos encontrar de otra forma. Posibilita historias en pequeña escala, ya sean de grupos, como el trabajo de Williams sobre los judíos de Manchester, ya sean de orden geográfico: historias locales de aldea o de barrio. Pone en manos de los historiadores los medios para realizar lo que Clifford Geertz ha llamado «descripción densa»: relatos con la profundidad y los matices necesarios para permitir un análisis antropológico serio²⁵.

La historia oral como herramienta me permitió, por ejemplo, encontrar que había aspectos organizativos que, aunque parecían coherentes y estáticos en la documentación interna del movimiento, en la vida práctica de los militantes eran discutibles, transitables y se podían transgredir.

Es muy importante señalar, sin embargo, que éste tipo de trabajos deben lidiar frecuentemente con el hecho de que los actores, desde el presente, brindan una interpretación particular de su pasado militante; lo que constituye el problema² de la reconstrucción retrospectiva. En otras palabras, lo dicho por los militantes está siempre mediado por las vivencias e ideologías posteriores (algo similar a lo que señala Joan Scott cuando dice que la experiencia debe comprenderse siempre en el marco de significados en el que se ubican los sujetos). En la práctica encontré, por ejemplo, cómo algunas de las impresiones de los militantes sobre comandantes o compañeros de rango superior estaban mediadas no sólo por lo que habían hecho durante la militancia, sino en años posteriores, y por sus relaciones personales con ellos después del proceso de desmovilización.

Algunos llevaban las rivalidades nacidas después de la desmovilización al nivel de las experiencias durante la militancia misma a pesar de que puede que no necesariamente fuera así en el momento vivido. Adicionalmente, y tal como señala Pierre Bourdieu en su artículo “La Ilusión Biográfica”, los seres humanos reconstruyen su vida dando la impresión de que tiene sentido y está encauzada hacia un mismo fin, libre de contradicciones y conflictos; por lo que se debe tener mucho cuidado con las reconstrucciones personales que hacen los individuos de

²⁵ Gwyn Prins. “Historia Oral”, en *Formas de hacer historia*, ed. Peter Burke (Madrid: Editorial Alianza, 1996), 171.

sus propias experiencias²⁶. En este caso me enfrenté, además, con el hecho de que han pasado más de 25 años desde la desmovilización, por lo que las experiencias de las que pretendía dar cuenta son narradas por los actores a la luz de dicha distancia temporal.

En ese sentido pude ver cómo en algunos casos los aspectos menos agradables del contexto de guerra (las muertes de parte y parte, las desapariciones, las torturas) son nombradas con mucha menos frecuencia y se hace especial énfasis en los buenos momentos, en los aprendizajes, en las anécdotas jocosas de la cotidianidad guerrillera. También sucedió que los militantes señalaban tener menos miedo a hablar de lo que vivieron e hicieron “porque ya pasó mucho tiempo”. Sin embargo no creo que estos testimonios, por estar “mediados”, sean menos útiles para el análisis, y además se debe tener en cuenta cómo todo tipo de fuentes ha sido mediado previamente de diferentes maneras (la forma en la que ha sido archivado, la elección del historiador de hacerlo un documento, etc). En ese sentido, creo que la discusión sobre las fuentes no se trata de determinar su valía en tanto presenten una imagen más o menos fiel del pasado, sino en tanto presenten información que resulte interesante al ser analizada. Así pues el lugar desde el que habla cada actor ha sido tenido en cuenta para considerar las posibles razones por las que elige hablar sobre un tema u otro. Sin embargo, dicha reflexión podría ser en sí misma el tema de un nuevo proyecto de investigación sobre los diversos tipos de sentidos que se le dan, desde el presente, a un pasado militante.

Por otro lado, considero que el ejercicio de historia oral que realicé me permitió reflexionar sobre el poder de la historia de representar al otro y reconocerlo como actor en el mundo social. Algunos de mis entrevistados me dijeron sentirse agradecidos por considerar sus testimonios como parte importante en mi trabajo. Hasta ese momento, no había considerado la posibilidad de que ellos estuvieran agradecidos por el hecho de ser escuchados. En ese sentido creo que el quehacer histórico tiene la capacidad de brindarle a los seres humanos un reconocimiento como actores, reconocimiento del que las personas gustan, y una valoración a sus experiencias particulares que los hace sentir de algún modo “relevantes” para el entramado de vivencias que constituye la historia.

La posibilidad de narrar las experiencias propias constituye así un privilegio y dicho privilegio se hace evidente en el hecho de que ninguno de mis entrevistados había tenido la posibilidad de contar sus experiencias, excepto una mujer que ocupaba un lugar intermedio en

²⁶ Pierre Bourdieu, “La ilusión biográfica”, *Historia y fuente oral* Número 2 (Barcelona: Universidad de Barcelona, 1989).

la jerarquía de mando en Bogotá. Ella misma señaló, cuando le pregunté por la experiencia particular de la cárcel, que era una historia muy larga que ya había contado en varias entrevistas, incluido un libro de Alfredo Molano, y que por tanto ya estaba cansada de contarla, por lo que me invitó a consultarla en los libros. A diferencia de María Eugenia Vásquez, Vera Grabe, Darío Villamizar, Antonio Navarro (ex militantes que han escrito diversos tipos de testimonios sobre su vida guerrillera) exceptuando la entrevistada a la que hago referencia, ninguno de los militantes entrevistados había tenido la posibilidad o los medios para narrar su testimonio. Sus experiencias durante la militancia no habían sido reconocidas como importantes dentro de la historia de la organización. Así pues, en muchos sentidos algunas afirmaciones de mis entrevistados parecen contradecirse con lo que se ha asumido como la posición “oficial” de los miembros del M-19 en asuntos tan importantes como la desmovilización.

Darío Villamizar, por ejemplo, en su historia del M-19 titulada *Aquel 19 será*, narra cómo el operativo con el que se lanzó al público el Movimiento 19 de Abril en 1974, con el robo de la espada de Bolívar y la toma del Concejo de Bogotá realizados simultáneamente, había sido planeado y ejecutado por 22 personas. Sin embargo, a esta cuenta de 22 personas escapan los personajes que salieron esa misma noche a pintar “Bolívar, tu espada vuelve a la lucha” y otro tipo de consignas en las paredes de los barrios bogotanos. Escapan quienes se dedicaron a repartir e imprimir volantes y panfletos, a llevar razones, a conseguir materiales. Una de mis entrevistadas, por ejemplo, estuvo encargada de pintar consignas en las paredes de su barrio, en la noche del operativo del robo de la espada de Bolívar. Sin embargo, su testimonio no había sido escuchado nunca y ella no hace parte de las 22 personas que planearon el operativo, por lo que su actuación en dichos escenarios no había sido reconocida.

Los capítulos

La monografía está dividida en nueve secciones. La primera sección es una presentación de los 12 entrevistados, aclarando al lector las trayectorias sociales y familiares de cada uno. En este capítulo las historias se remiten no solamente a los años de la militancia sino muchos antes. El propósito es precisamente mostrar las diversas trayectorias sociales que están directamente relacionadas con las diversas motivaciones que tuvieron los individuos para militar, las diversas maneras en las que cada individuo experimentó la militancia guerrillera y concibe su participación en el movimiento actualmente.

Las demás secciones fueron construidas con base en la pregunta por las “experiencias”. A partir de los testimonios orales, pude encontrar un conjunto de experiencias comunes a todos

los militantes del M-19 en Bogotá con los que hablé y, a partir de allí, busco señalar las formas diferenciadas en las que cada uno pasó y concibe dichas experiencias. Las primeras dos, tituladas “ingresar” y “aprender” tienen que ver con las primeras etapas de la militancia: el ingreso al movimiento y el proceso de capacitación política y militar por el que pasaban los miembros del M-19. El énfasis de los capítulos es mostrar que, a pesar de existir algunas disposiciones organizativas sobre la forma en que debía llevarse a cabo el proceso de ingreso y capacitación, los diversos lugares desde los que cada individuo experimentó esos procesos los convierten en experiencias heterogéneas (en el caso del aprendizaje, el vínculo con la posesión de capitales escolares y culturales es bastante significativo). Las siguientes dos secciones, tituladas respectivamente “ocupar una posición” y “vivir lo personal”, tienen que ver con la jerarquía organizativa y los nexos entre la militancia y la vida íntima que se daban en los y las militantes (si bien en todos los capítulos se ha intentado tener en cuenta la clase social y el género como factores de diferenciación, en estos dos capítulos se hacen evidentes).

“Trabajar con las comunidades” aborda las relaciones entre los militantes del M-19 y las dinámicas barriales en Bogotá, de la que participaron directamente todos mis entrevistados a partir de 1984. “Estar en operativos” y “Estar encarcelado”, las siguientes dos secciones, tuvieron parte significativa en el relato de los entrevistados sobre su vida guerrillera (aunque de formas diferentes). En el caso de los operativos se hace una reflexión adicional sobre la manera en la que los y las militantes se conciben y presentan como actores armados (siendo los operativos el punto central de las actividades de confrontación en la estructura urbana del M-19). Finalmente, “Salir” es el capítulo que aborda el proceso de desmovilización, haciendo énfasis en que constituyó una ruptura importante con una trayectoria vital que los actores habían asumido, pero que además tuvo un impacto diferenciado según las ventajas y desventajas con que contaban unos y otras en el mundo “civil”.

CAPÍTULO 1: LOS PERSONAJES

En 1980, cuando el comandante general del M-19, Jaime Bateman Cayón, propuso por primera vez adelantar un proceso de diálogo con el gobierno del entonces presidente Julio César Turbay, insistía en que el Diálogo Nacional debía juntar personas de las más diversas trayectorias e ideas políticas, acorde con las múltiples realidades sociales del país, en lo que sería un gran “sancocho nacional”. Bateman proponía un diálogo nacional que funcionara como un sancocho, tal vez pasando por alto que el movimiento del que hacía parte ya constituía, por sí mismo, un sancocho nacional. Personas de diversas posiciones sociales, de diversas generaciones, con posiciones políticas y creencias religiosas diferentes, de orígenes urbanos y rurales y con trayectorias de vida diversas habían encontrado en el M-19 una forma de organizarse y actuar colectivamente. En ese sentido, no es fácil señalar que los militantes del M-19 eran únicamente provenientes de unos u otros sectores de la sociedad colombiana. Cada historia individual tiene sus particularidades y matices y el propósito del presente capítulo es señalar las trayectorias particulares de cada personaje de la narración antes de ingresar al Movimiento 19 de Abril, mostrando la diversidad de experiencias que se juntaron en la militancia guerrillera en la ciudad de Bogotá.

Tener en cuenta las trayectorias de cada cual permite entender las relaciones entre el origen social y la trayectoria biográfica de quienes componen el grupo de entrevistados y las formas diversas en que cada uno experimentó la militancia guerrillera, así como las maneras particulares que tienen de recordarla y narrarla. Las 12 personas entrevistadas se han agrupado en tres grupos que he llamado de la siguiente manera: “Los intelectuales”, “las familias de la Anapo” y “las muchachas y muchachos del barrio”. Las historias individuales han sido agrupadas sin olvidar sus especificidades y contingencias en cada situación, no porque piense que sean experiencias idénticas, sino porque comparten una red de similitudes comparables unas entre otras (en términos generacionales, en sus aproximaciones a la vida académica y al mundo político, entre otros), o lo que se podría denominar como *semejanzas parciales*²⁷.

²⁷ Bastien Bosa en su artículo “¡Es de familia! El trabajo conceptual en las ciencias sociales e históricas”, explora la pertinencia del modelo de las semejanzas parciales para pensar el trabajo conceptual en las ciencias sociales. Basándose en la metáfora del filósofo Ludwig Wittgenstein, él invita a pensar la conceptualización como un ejercicio de descubrimiento de *aires de familia*. En sus palabras, la metáfora de Wittgenstein “...invita a establecer conexiones entre situaciones, instituciones o prácticas que se caracterizan por similitudes *parciales*, pero para las cuales no es ni necesario ni posible suponer una homogeneidad total o encontrar una definición unitaria. El hecho de reunir casos que – a pesar de su idiosincrasia propia – se relacionan los unos con los otros a través de la existencia de una red compleja de “semejanzas de familia” permite precisamente de-singularizar los hechos estudiados, sin entrar en formas de generalización abstractas.”

Los “intelectuales”

El trabajo político y militar del M-19 en los barrios de Bogotá estaba dividido en cuatro áreas urbanas de trabajo: Suroriente (barrios Guacamayas, Malvinas, San Martín de Loba, Quiroga, Restrepo, Molinos, entre otros), Ciudad Bolívar (abarcando buena parte de dicha localidad, aunque su tamaño en 1984 no era el mismo que en la actualidad), Suroccidente (todo el territorio de las localidades de Bosa y Kennedy) y la localidad de Suba²⁸. Cada una de estas áreas tenía un mando y, a su vez, existía un comando regional encargado no solamente del trabajo en Bogotá sino en Cundinamarca y algunas regiones de Tolima y Santander.

La cabeza de éste comando era Jaime Bermeo Cruz, “Simón”. Detenido y desaparecido en 1988, su cuerpo fue hallado tiempo después en Tena con signos visibles de tortura (las coyunturas de sus rodillas, tobillos, codos y muñecas habían sido destrozadas)²⁹. Simón, como un fantasma, aparece de manera transversal en los relatos de todas las personas con las que hablé por haber dirigido el trabajo con las milicias de Bogotá, era conocido por mis doce entrevistados y, por tanto, es un personaje recurrente aunque la información sobre su vida, sus experiencias y sus posiciones sea muy difícil de recuperar (son pocos los casos en los que los militantes compartían información personal, datos sobre su familia o su vida privada). Alicia, Javier y Olga eran subordinados inmediatos de Simón y sus vidas comparten la característica de haber tenido la posibilidad de adelantar una trayectoria académica importante antes de ingresar al M-19.

Alicia

Alicia³⁰ fue el primer contacto que tuvo mi mamá (a quien, si tuviera que incluirla en los grupos, la incluiría también entre “los intelectuales” por los parecidos parciales en su propia trayectoria vital) con la organización. Fue quien la acompañó en su proceso de ingreso y fue su primer mando, por lo que, si bien no son amigas cercanas, entre ellas se mantiene un vínculo de cariño mutuo. A ella, la conocía desde la infancia porque ha sido la cabeza del Colectivo de Mujeres Excombatientes de la Insurgencia, al que perteneció mi mamá durante la década de los 2000. En ese sentido, encontrar a Alicia y conseguir una entrevista con ella no fue difícil, bastaron un

²⁸ Esta información fue obtenida directamente de las entrevistas. Hasta ahora no ha sido posible encontrar documentación que la confirme.

²⁹ Las circunstancias de la desaparición y muerte de Simón no son claras aún, incluso son pocas las referencias a él en prensa y en los documentos mismos del M-19. En la revista Semana sale una pequeña referencia a su desaparición en el año 1988, disponible en la red en:

<http://www.semana.com/confidenciales/articulo/version/10595-3>. Recuperado el 25 de febrero de 2016

³⁰ A petición de los entrevistados, y con el fin de garantizar el anonimato de sus testimonios, los nombres han sido cambiados.

par de llamadas. Del mismo modo, el desarrollo de la entrevista fue más entre viejas conocidas que la relación formal entre el investigador y el investigado.

Alicia nació en 1952 en el municipio de Soatá, en Boyacá. Allí pasó su infancia en compañía de sus doce hermanos (ella era la sexta), su abuela materna, y sus dos padres que se dedicaban a la confección de uniformes militares. Son descritos por ella como una familia boyacense, conservadora y católica. Su abuela materna se había negado a casarse y había trabajado en un convento en Santander durante su juventud, lugar en el que logró que su hija (la mamá de Alicia) estudiara hasta el grado noveno de bachillerato lo que, para una mujer del medio rural alrededor de 1930 en Colombia, constituía una rareza. Alicia señaló que el ejemplo de su abuela materna y la educación que había recibido su mamá con las religiosas hicieron de ellas dos personas preocupadas por el asunto de la educación, concebida como una forma de ascenso social, o que facilitaba el “progreso”.

Siendo de una familia que había tenido preocupación por la educación, Alicia y varios de sus hermanos tuvieron la oportunidad de estudiar en la Escuela Normal Nacional de Piedecuesta, Santander, en la cual recibían una capacitación adicional en pedagogía que les permitía presentarse para trabajar como maestros de las escuelas, especialmente primarias, del país.³¹ Ese fue precisamente el campo laboral que Alicia decidió seguir y entró a trabajar a una escuela primaria en el barrio El Tunal de Bogotá. La inmersión en el mundo educativo - primero como estudiante y luego como maestra- fue también su entrada al mundo del activismo político:

...Pero nosotros [los maestros de varias escuelas distritales al sur de Bogotá] comenzamos a discutir nuestro sueldo y las condiciones de nuestro trabajo, porque querían que, con el mismo sueldo con el que otros trabajaban media jornada, nosotros hiciéramos doble y fuéramos a almorzar y volviéramos...Entonces esa fue la primera lucha de los maestros...Éramos como doscientos cuarenta y algo, y lo que queríamos era que nos resolvieran el problema (aquí hay algo de digitación de ‘problema’ revise todo el doc) de la media jornada... Yo, entonces, me vinculo a la vida sindical, la pelea de la media jornada se convierte para mí como en el comienzo de una vida sindical muy activa. Y entonces arranco yo y ahí me meto de lleno en la vida sindical y me uno a FECODE.

Como cabría esperarse revisar uso, para la década de 1970 los sindicatos de toda índole eran uno de los escenarios en los que las diversas organizaciones de izquierda en el país esperaban

³¹ Las transformaciones de las Escuelas Normales y su importancia dentro de la historia de la pedagogía y la educación en el país han sido exploradas desde diversas perspectivas. La información sobre Escuelas Normales que sirvió a los fines del presente trabajo está condensada en el libro: Aline Helg. *La educación en Colombia: 1918-1957. Una historia social, económica y política*. Serie Educación y Cultura (Bogotá: Universidad Pedagógica Nacional y Plaza y Janés Editores, 1987).

encontrar nichos de actividad política³². El relato de Alicia revela ojo con este tono, lo ha depurado mucho, pero no caiga en esto muestra/es evidencia/etc, precisamente, de la abundancia de organizaciones militantes que por la época se disputaban el protagonismo en el sindicato de maestros: el MOIR, el Partido Comunista Colombiano (con varias facciones), la Liga Comunista, el Partido Socialista de los Trabajadores, varios brazos políticos de lo que después sería el EPL, entre otros. Como señala una ex militante del M-19, María Eugenia Vásquez, en su autobiografía *Escrito para no morir: Bitácora de una militancia*, en la década de 1970 y en escenarios como los sindicatos o las Universidades (ella era estudiante de antropología de la Universidad Nacional, había nacido en 1951 y también provenía de una clase media acomodada de Cali) la abundancia de organizaciones políticas de izquierda hacía que “así uno no quisiera militar terminaba metido en algo”³³. Dentro de esa abundancia de organizaciones políticas con la que se encontró Alicia en el movimiento sindical decidió finalmente trabajar en cercanía con una organización clandestina, cerrada y muy pequeña que se autodenominaba Comuneros y que iba a ser el primer paso para la constitución del M-19 como tal³⁴.

Javier

La entrevista con Javier y Olga fue facilitada por un compañero de la universidad que resultó ser familiar de ellos. Javier también provenía de una familia conservadora y católica en la que el capital escolar era un factor importante. Su padre era antioqueño, de una familia de bajos recursos económicos, originarios del municipio de Sonsón. La amistad de su padre con el sacerdote del pueblo había desembocado en un interés por el seminario como opción vocacional. En medio de su capacitación para ser sacerdote, tuvo la oportunidad de viajar a Europa y educarse en diferentes lenguas y, aunque con el tiempo abandonó el seminario y conformó una familia numerosa (8 hijos de los que Javier es el menor), las experiencias que había acumulado en el campo educativo le permitieron desempeñarse como rector de diversos

³² Sobre la relación entre el sindicalismo y activismo político en la segunda mitad del siglo XX en Colombia ver: Mauricio Archila et al. *Una historia inconclusa: Izquierdas políticas y sociales en Colombia*. (Bogotá: CINEP, 2010).

³³ María Eugenia Vásquez. *Escrito para no morir: Bitácora de una militancia*. (Bogotá: Alcaldía Mayor. Programa de Justicia de Género, 2000), 65.

³⁴ Tanto Darío Villamizar como María Eugenia Vásquez relatan que el M-19, antes de llamarse M-19, se había constituido como un pequeño grupo clandestino de algunos disidentes de las Farc, estudiantes y miembros de sindicatos. El grupo había decidido llamarse *Comuneros* en un gesto de reivindicación del carácter nacional de sus propuestas políticas a diferencia de otros grupos que se aferraban a los postulados internacionalistas del marxismo (característica que luego mantendría el M-19) y se había definido como antioligárquico y antiimperialista. Posteriormente este grupo empezaría a tener contacto con una disidencia de la Anapo que se denominó “Anapo Socialista”, y la unión de estas dos organizaciones es la que desembocaría en la creación del Movimiento 19 de Abril.

colegios en el país. En consecuencia, Javier pasó su infancia en el barrio Quiroga de Bogotá mientras su padre era rector de un colegio en la ciudad. Recuerda de su padre el gusto por la música clásica del que se considera heredero, la preocupación por el “buen” uso del lenguaje, por los modales en la mesa, por la manera “correcta” de vestir y de portar el cuerpo.

Javier nació en 1947 en Bogotá y, al igual que Alicia, La Violencia hace parte de las referencias de su infancia ya que implicó la ausencia de su padre en su casa durante la infancia. De hecho, Javier recuerda la llegada de Gustavo Rojas Pinilla al poder como el fin de un conflicto que había provocado la separación familiar. Javier terminó el bachillerato en el colegio en el que trabajaba su padre, igual que sus hermanos mayores, y se graduó en 1965. Apoyado por su familia y siguiendo el ejemplo de uno de sus hermanos mayores, ingresó a estudiar Bellas Artes en la Universidad Nacional, donde se hizo aficionado a la Historia del Arte.

Igual que Alicia llegó también al campo docente. Gracias a los contactos que tenía su padre, pudo desempeñarse como profesor de artes plásticas e historia del arte en diversos colegios privados y relativamente prestigiosos en Bogotá, así como en escuelas de arte. Sin embargo, la entrada de Javier al mundo educativo había ocurrido en circunstancias muy distintas a las de Alicia y no lo había puesto en contacto con el mundo político de las izquierdas de la época, sino con una élite particular que lo introdujo en el mundo de los “ejecutivos” (él mismo los enunció con este nombre). Por tanto, no había tenido militancias previas en grupos de izquierda. Por el contrario, Javier relata que nunca se había sentido cercano ideológicamente al comunismo (del que incluso desconfiaba debido a la influencia de las ideas políticas de su padre, conservador) y que, en su juventud, se había aproximado más a grupos de carácter nacionalista.

Olga

Olga hace parte de una generación posterior a la de Javier y Alicia y, a diferencia de ellos dos, nunca se desempeñó específicamente como mando dentro de la organización en Bogotá. Sin embargo, su trabajo sí estaba directamente relacionado con las esferas de mando del movimiento, ya que se desempeñaba como estafeta y chofer de Simón (además de tener un lazo de profunda confianza con él, puede decirse que era su mano derecha). También estaba en contacto directo con miembros del Comando Superior y su relación de confianza con Simón facilitó que fuera miembro reconocida del movimiento en Bogotá. Su lugar en esta sección está justificado también por la cercanía que tiene su trayectoria vital a la de Javier y Alicia más que a la de otro tipo de militantes.

Olga nació en 1960 en Medellín, siendo la mayor de tres hijos de una familia que se dedicaba a la ganadería. Su papá era liberal y las consecuencias que esta posición política tuvo en su vida particular durante el período de La Violencia son parte de su relato (sobra aquí el tono tan frío). Su papá era originario de Líbano, Tolima, pero se había tenido que desplazar a diversos sectores del país en medio de las dinámicas del conflicto. Finalmente, con sus tres hijos pequeños, se estabilizó en una finca de gran extensión en Magangué, dedicándose a la ganadería y la agricultura y logrando acumular un importante capital económico.

En 1977, Olga recibió el grado de bachiller en Medellín (donde vivía con su familia materna) e ingresó a estudiar antropología en la Universidad Nacional, sede Medellín. Mientras estuvo en la universidad tuvo la oportunidad de leer y ver algunos apartes de los discursos dados por el comandante general del M-19 Jaime Bateman Cayón (el M-19 ya había hecho su aparición pública tres años antes) y empezó a identificarse particularmente con los ideales políticos del M-19, aunque no logró establecer ningún tipo de contacto con la organización. A finales de 1978 el padre de Olga sufrió un revés en los negocios y se vio obligado a trasladar a sus dos hijas mayores a Bogotá en compañía de su abuela materna. Olga, entonces, tuvo que abandonar la Universidad estando en tercer semestre de antropología. Ya en Bogotá, a principios de 1979, decidió ingresar a una escuela privada de artes en Bogotá para estudiar dibujo y arquitectura. Es en este contexto en el que conoció a Javier, quien era su profesor de Historia del Arte, la ingresó a la organización y con el cual inició una relación sentimental que aún se mantiene

Las familias de la Anapo

La Alianza Nacional Popular se había constituido, en la década de 1960, en una alternativa al poder que se turnaban los partidos tradicionales durante el Frente Nacional. En el marco del Frente Nacional, pero de postura “popular” y “antioligárquica”, el general Gustavo Rojas Pinilla había logrado aglutinar personas de todas las posturas ideológicas (liberales, conservadores, católicos, cristianos y algunos socialistas) en un discurso nacionalista, que sostenía que la mejor forma de proteger a los obreros del comunismo consistía en adelantar reformas contundentes para garantizarles mejores condiciones de vida, y que acusaba a una pequeña oligarquía nacional de disfrutar de todo el poder político y económico del país. A través de algunos de sus actos de gobierno y de un lenguaje directamente relacionado con el populismo latinoamericano, el General había logrado un arraigo entre las poblaciones menos privilegiadas del país y buena

parte de los sectores obreros³⁵. En este contexto, la Anapo buscaba impulsar trabajo político en sindicatos y comunidades barriales a través de lo que ellos mismos denominaron “comandos”, de los cuales había varios en barrios populares de Bogotá.

El hecho de que existió una relación entre el M-19 y la Anapo es indiscutible: tanto el nombre que decidió adoptar el movimiento guerrillero como los colores de su bandera (los mismos de la Anapo) son una indicación de ello. Sin embargo, el carácter de dicha relación (o de las varias relaciones que pudieron existir) y la forma en que cada parte se imaginaba a la otra merecen una discusión en profundidad³⁶. En otras palabras, no hubo un tránsito linear, ni una relación de total correspondencia entre el M-19 y la Anapo. Aunque durante su lanzamiento, el M-19 se definió como “el brazo armado del anapismo” e incluso apoyó indirectamente la candidatura de María Eugenia Rojas a la presidencia, después de las elecciones, y una vez el General Rojas Pinilla había manifestado que no existía ninguna relación entre su partido y los redactores del periódico Mayorías (publicado por miembros del M-19), ocurrió una ruptura definitiva entre el M-19 y la Anapo. Líderes del M-19 como Jaime Bateman sostenían que su apoyo a la Anapo obedecía más a decisiones estratégicas y tenía un carácter “instrumental”³⁷. En ese sentido, sería desacertado afirmar tanto que todos los militantes del M-19 fueron o apoyaron a la Anapo como que todos los militantes de la Anapo apoyaron de alguna manera al M-19.

Es conocido que miembros del Comando Superior del M-19 como Andrés Almarales y Carlos Toledo Plata habían sido congresistas por la Anapo y habían formado una facción dentro de este partido a la que denominaron Anapo Socialista que después terminaría vinculada en su totalidad al M-19. Pero es menos conocido el tránsito de los militantes barriales de los “comandos” de la Anapo a los “comandos de base” del M-19. Una de las características más interesantes que encontré en relación con estos militantes es que, más que un compromiso individual, las actividades que realizaron con la organización se convirtieron en un asunto familiar. Los cuatro casos que se expondrán a continuación tienen en común el hecho de que corresponden a familias en las que la madre es el centro de la vida familiar (en dos de ellas no

³⁵ Ver: César Augusto Ayala Diago. *La explosión del populismo en Colombia. Anapo y participación política durante el Frente Nacional*. (Bogotá: Editorial Universidad Nacional de Colombia, 2011).

³⁶ Paulo César León Palacios discute estas relaciones entre el M-19 y la Anapo en su artículo “La ambivalente relación entre el M-19 y la Anapo”, en *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, vol. 39 (Bogotá: 2012).

³⁷ Algunas de estas relaciones son exploradas de manera transversal en otro libro de César Augusto Ayala Diago: *El populismo atrapado, la memoria y el miedo. El caso de las elecciones de 1970* (Medellín: Editorial La Carreta-Universidad Nacional de Colombia, 2006).

existe de hecho la figura del padre, sino de tíos, abuelos o primos). Son familias que se establecieron en Bogotá desde diversos lugares del país, producto del desplazamiento ocasionado por el periodo de La Violencia. Los gestos paternalistas del General Rojas Pinilla, su discurso “antioligárquico” y la conformación de su partido como alternativa política al Frente Nacional, marcaron las infancias y juventudes de estas personas e hicieron que se inclinaran a apoyar los comandos que la Anapo conformó en sus barrios (barrios que, además, eran en su mayoría invasiones recién iniciadas, sin servicios públicos ni vías, para el momento en que las familias llegaron allí). En todos los casos la militancia en la Anapo derivó en la militancia en el M-19 no sólo de las cabezas de la familia, sino también de los hijos más jóvenes, que habían crecido y sido socializados en este mundo de la militancia barrial.

La familia Páez

El contacto con las mujeres de esta familia ocurrió después de la entrevista con Javier, quien mantiene una relación más o menos cercana con Nidia, la mamá de la familia, y nos presentó. De hecho, una de las hijas de Nidia, en un momento de crisis económica familiar durante los años 1990, trabajó como empleada doméstica en la casa de Javier, lo cual es bastante diciente en términos de la reproducción de jerarquías sociales. Nidia nació en Tunja en 1947 y era la hermana mayor de una familia que tuvo doce hijos en total. Su papá trabajaba en el sector de la construcción y empezó a tener problemas con los liberales de Tunja cuando Nidia tenía tres años, por lo que la familia se vio obligada a trasladarse en su totalidad a Bogotá: el padre de Nidia, Nidia, su hermano pequeño y su mamá embarazada. La influencia de la época conocida como La Violencia en la trayectoria vital de Nidia y de su familia (igual que en los casos de “los intelectuales” de la misma generación) se puede apreciar en la forma en que ella empieza su relato:

Bueno yo nací en Tunja, soy del 47, y se puede decir que soy hija de la violencia. De muy pequeñita papá estuvo preso por tener problemas con el Partido Liberal... Él era dizque Conservador, aunque no se sabía ni qué era liberal ni qué era conservador... Pero en esa época todo el mundo era de algún partido, simplemente se mataban.

Cuando se trasladaron a Bogotá llegaron primero al barrio Las Cruces. Nidia recuerda una infancia de dificultades económicas, carencias y problemas familiares debido al gusto de su padre por el alcohol. Por la situación de su familia, alcanzó a hacer solamente dos años en la escuela pública de su barrio. La madre de Nidia se vio obligada a emplearse en las labores domésticas para poder apoyar el sostenimiento de sus hijos y, pronto, Nidia, empezó a trabajar también en

el servicio doméstico, con ocho años de edad. Pasó por varias casas de familias acomodadas en el barrio Quiroga y, entre ellas, la familia de Javier, el mismo muchacho que Nidia se encontraría años después como parte, igual que ella, de las estructuras del M-19 en Bogotá. Teniendo la misma edad que Javier, Nidia recordó que fueron amigos de infancia y que sus hermanas mayores, que gustaban de la literatura, el teatro y la música, fueron quienes le enseñaron a leer y escribir.

Durante el gobierno de Rojas Pinilla, la familia de Nidia -especialmente la mamá- había desarrollado una gran admiración por el General. Cuando se formó la Alianza Nacional Popular, ella y tres de sus hijos entraron a hacer parte del partido. Las razones con las que Nidia justifica su admiración hacia Rojas tienen que ver con las gestiones paternalistas para las clases trabajadoras que adelantó durante su gobierno. Debido a los contactos que había hecho su madre por su militancia en la Anapo, Nidia consiguió a sus 18 años un trabajo como asistente para un grupo de políticos que después conformaron lo que se conoció como la Anapo Socialista y que tenían relación con la Revista Alternativa³⁸. Tres hermanos de Nidia -Humberto, Manuel y Jesús- trabajaban en varias industrias nacionales y se habían vinculado a los sindicatos. En medio de la militancia de su mamá en la Anapo y la militancia propia en los sindicatos, empezaron a desarrollar sus propios compromisos políticos con la Anapo Socialista. Así que finalmente Nidia, tres de sus hermanos y su mamá compartirían militancia en el mismo partido. Nidia tuvo cinco hijas, de las que Paola es la segunda.

Paola nació en 1971 y pasó su infancia en la casa de sus abuelos, que, para la época se había convertido en una casa de seguridad el Movimiento 19 de Abril, en la cual se reunían sus tíos y varios militantes del M-19 que entraban y salían de forma constante. Después del robo de armas a las instalaciones militares del Cantón Norte, la casa de los Páez fue blanco de la inteligencia militar en varias oportunidades, sufriendo allanamientos esporádicos. Paola recuerda que, en varias ocasiones, tuvo que trasladarse con su mamá o con algún pariente lejano a otros lugares del país durante un tiempo por amenazas a su seguridad. Al preguntarle por su infancia la recuerda así:

En principio fue duro porque vivíamos todos inicialmente en la casa de los abuelos...Entonces, todos los niños, cada vez que llegaban los allanamientos, porque nos allanaron varias veces, teníamos que estar afuera...No nos dejaban sacar una cobija,

³⁸ La relación entre círculos intelectuales y artísticos como los miembros de la Revista Alternativa y diversas agrupaciones teatrales de la ciudad y el naciente M-19 son exploradas en el trabajo de Paulo César León: "El M-19 y la subversión cultural bogotana en los setenta: el caso de la Revista Alternativa". *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, Número 35 (Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 2008), 189-212.

entonces recuerdo como el frío... Y nosotros, todos los niños, como arrumados viendo cómo les hacían preguntas, una vez cómo le pegaban a un tío, eso es como lo que más recuerdo de ese tiempo... También las canciones que eran bonitas, la música revolucionaria que ellos cantaban, pero pues uno de niño no piensa como qué pasa. Uno no entiende como la cosa política, sino que eran canciones bonitas... Y entonces, cuando se iba la luz, nos poníamos a cantar la música que ellos nos enseñaban...

De sus cuatro hermanas, Paola fue la única que eligió entrar a acompañar a su madre y a sus tíos en la militancia guerrillera, quien ingresó teniendo 14 años a la organización.

La familia Ortiz

Para el momento en el que realicé el trabajo de campo y archivo, Alicia trabajaba con una de las hijas de esta familia en la Secretaría de la Mujer de la Alcaldía de Bogotá durante el mandato de Gustavo Petro³⁹, por lo que se mantenía en contacto con ellas y nos presentó. Rosa, la madre, nació en 1948 – en sus palabras “2 meses exactos después de que mataran a nuestro caudillo Jorge Eliécer Gaitán” – y, como para muchos otros de mis entrevistados, la referencia a la Violencia juega un papel central en la narración de su propia vida. Sus padres eran originarios del Tolima, donde ella nació. Sin embargo, las circunstancias del conflicto partidista en dicho departamento desplazaron a sus padres hacia Villavicencio, donde Rosa pasó su infancia con sus padres y sus nueve hermanos menores. Es en esta ciudad donde los miembros de su familia tuvieron el primer contacto con el General Rojas Pinilla y nacieron sus sentimientos de cercanía con la Anapo:

En ese tiempo yo tenía 6 añitos, cuando fue el general Rojas Pinilla a Villavicencio. Y llegó con regalos para todo el mundo. Para mí fue muy admirable el general Rojas Pinilla porque era un hombre que a pesar de mis añitos tan cortos yo vi que era un hombre muy humano. Él se iba a las barriadas, y eso traía queso, traía mortadela, unas cosas deliciosas, una harina amarilla con la que mi mamá hacía arepas, y eso se lo daban a las familias más necesitadas. Y cuando llegó a Villavicencio nos dio regalos a todos los niños. Y yo fui muy feliz con el regalo que me dio el General. Mejor dicho, el primer hombre del que me enamoré yo en la vida, creo, fue del General Rojas Pinilla, siendo una culicagada de seis años. Pero es ese amor de ternura, de haberme dado lo que yo quería y de verlo tan lindo dar todos esos regalos allá, muy sencillo, muy noble...

³⁹ Alicia se desempeñó como directora de la secretaría durante un breve periodo de tiempo mientras Francy ocupaba un cargo de auxiliar administrativa.

El papá de Rosa participó poco después en el programa de “colonos” que alentó el gobierno colombiano entre finales de la década de 1950 y principios de la década de 1970⁴⁰ CITE de forma apropiada la tesis. Eso implicó que toda la familia se trasladara a abrirse camino en las selvas del Caquetá para adquirir una parcela en lo que después sería la vereda La Mono, fundada por colonos de todas partes del país. Rosa, en su relato, hizo énfasis en la travesía que implicó para su familia abrirse su espacio para construir una casa campesina en medio de selvas poco exploradas del Caquetá. En 1961, Rosa trabajaba con su papá en la finca. Ayudaba con la siembra, la recolección, la preparación de los alimentos, y también hacía quinto de primaria en la escuela veredal. Allí, recibió de sus profesoras la noticia de que el General Rojas Pinilla visitaría la capital del departamento, Florencia. Rosa, que recordaba con agrado la visita de Rojas Pinilla a Villavicencio, decidió convencer a su padre de llevarla a la capital para ver al General.

El segundo encuentro que narra Rosa con el General está lleno de entusiasmo. Pudo acercarse a él y darle el regalo que le llevaba, además de contarle brevemente algunos problemas de la vereda en la que vivía. Según cuenta, a ella y a otros jóvenes que la acompañaban el General les prometió una beca para estudiar el bachillerato en Bogotá. Rosa asumió con toda la seriedad del caso la promesa política de Rojas y perseguir la beca fue su meta personal al año siguiente. Sin haber estado nunca antes en Bogotá, animada por su familia por ser la hija mayor, y entusiasmada con la idea de estudiar la secundaria en un colegio público de Bogotá, ella se trasladó sola a la ciudad con setecientos pesos en el bolsillo esperando contactar al General Rojas para poder reclamar la beca. Por supuesto, no encontró a Rojas en Bogotá, y pasó los años siguientes pasando redundancia por diversas sedes de la Anapo, buscando la beca prometida. Rosa es creyente fiel de José Gregorio Hernández⁴¹ y atribuye su suerte en esa época al poder de su creencia. Finalmente, un miembro de la Anapo que era dueño de un colegio decidió aceptarla para que hiciera el bachillerato de forma nocturna mientras trabajaba de día y así pagaba parte de su matrícula.

⁴⁰ La colonización del Caquetá y parte del Amazonas tuvo muchas fases y formas. Una de ellas es la que se conoce como “colonización dirigida”, facilitada primero por el gobierno de Rojas Pinilla y luego por la Caja Agraria durante el gobierno de Alberto Lleras Camargo. El Estado le ofrecía a los colonos una parcela considerable de tierra a cambio de que ellos ayudaran a la apertura de caminos y a la consolidación de poblados en esta región del país. Detalles sobre la colonización en el Caquetá y los diversos actores y fenómenos que tuvieron parte durante la mayor parte del siglo XX son explorados en la tesis de maestría en Historia de la Universidad Javeriana titulada *Colonización y poblamiento del piedemonte amazónico en el Caquetá. El Doncello 1918-1972*, presentada por Fabio Melo Rodríguez en el año 2014.

⁴¹ Médico venezolano de finales del siglo XIX y principios del XX. Se conoce que sanaba enfermos que no tenían acceso a los servicios de salud por su convicción cristiana. Los rumores sobre supuestos milagros realizados después de su muerte hicieron que se arraigara en Colombia una fe creciente alrededor de su figura.

Desde ese momento estudió de noche (hizo hasta noveno grado de bachillerato) y trabajaba en el día en diferentes campos (trabajó en una zapatería, vendiendo cassettes en la calle, como mesera en un restaurante). En esos años, varios de sus hermanos se trasladaron a Bogotá y finalmente vinieron también sus padres. Se casó en 1969 con un hombre del que se divorció 10 años después y, por medio de un crédito del Instituto de Crédito Territorial, accedió a una casa en el barrio Guacamayas (al suroriente de Bogotá). Viviendo en ese barrio comenzaron sus nexos con el M-19.

Francy es la hija mayor de Rosa. Nació en 1970 y pasó su infancia y adolescencia en el barrio Guacamayas, en medio de las actividades comunitarias que llevaba a cabo su mamá primero con la Anapo y luego con el M-19. No puede desarrollar aquí un poco más a Francy? Me parece que se queda corta. Al igual que Paola Páez, creció en una casa que fue blanco de allanamientos, en la que se guardaban armas, en la que se quedaban militantes de otras ciudades del país, en la que se hacían reuniones y capacitaciones políticas y militares. Sus recuerdos de esa época, igual que Paola, son de canciones revolucionarias, de novenas navideñas organizadas por la organización y de miedos por la seguridad.

La familia Peña

La tercera familia de la Anapo con la que tuve contacto es la familia Peña. El papá, Jaime, está muerto y la mamá, Aracely, tiene la Enfermedad de Alzheimer por lo que toda la información que tengo de ellos provino de entrevistas con sus tres hijas mayores, todas ellas exmilitantes del M-19: Martha, Sandra y Patricia (la entrevista con Sandra fue la única que se realizó a profundidad. Con Martha y Patricia tuve charlas informales más pequeñas). A Martha y a Sandra las conozco desde mi infancia, se conocieron con mi madre durante la militancia y en cada encuentro (marcha, conmemoración, etc.) se han actualizado sus datos de contacto, por lo que bastó una llamada para encontrarlas. Con ellas, la charla también fue más un reencuentro con viejas conocidas que una entrevista formal entre una investigadora y una investigada.

Los padres de las hermanas Peña eran tolimeses, originarios de los municipios Líbano y Palocabildo y habían nacido en la década de 1940. El período del conflicto bipartidista también marcó sus juventudes. Venían de familias conservadoras que formaron parte de escuadras armadas, por lo que decidieron alejarse de la dinámica conflictiva, desplazándose del Tolima al municipio de Cubarral, en el departamento del Meta. Allí se casaron en el año 1960 (Sandra calcula que su madre tendría 16 años y su padre 18) y nacieron sus hijas: Martha, la mayor, en

1965, Sandra en 1967, y Patricia en 1968. Alrededor de un año después de nacer la menor de sus hijas, por circunstancias económicas, la familia Peña decidió trasladarse a Bogotá. En Bosa, la localidad a la que llegaron, nacieron los dos hermanos menores de la familia. Sandra recuerda una infancia atravesada por dificultades económicas pero, según ella, también feliz.

En el año en el que los Peña llegaron a Bosa, el barrio que sería el suyo apenas estaba siendo construido por parte de los mismos habitantes. Las hermanas Peña narraron el proceso mediante el cual su barrio se transformó de un pequeño caserío limitado a sus lados por cultivos de cebada a un barrio consolidado. En ese proceso, al igual que en la mayoría de barrios informales de Bogotá, fue la misma comunidad la que encabezó la construcción no solamente de las casas de cada familia sino también de las vías y espacios comunes⁴². El papá, Jaime, era maestro de obra, había aprendido el oficio a través de la práctica (había hecho hasta primer año de bachillerato), y por tanto sus conocimientos y la ayuda que prestaba a las familias en el desarrollo de sus propias casas lo habían convertido paulatinamente en un líder barrial.

Aracely es descrita por sus hijas como una mujer dedicada al hogar, a la crianza de los niños, pero también muy participativa en los asuntos políticos que compartía con su esposo. Para las elecciones presidenciales de 1970, ambos militaban activamente en la Anapo y su casa se había convertido en el centro de la actividad política del partido de Rojas en el barrio. Las hermanas Peña recuerdan haber acompañado a su padre, siendo muy pequeñas, a pegar afiches de la Anapo. Ellas desconocen la causa por la cual sus papás decidieron militar en la Anapo y desconocen también cómo vivieron ese periodo sus padres. Lo que conocen, entonces, es que tanto Jaime como Aracely se convirtieron en los líderes barriales de la Anapo en su comunidad en Bosa.

La familia Garcés

La madre de la familia ha muerto ya y su padre está muy enfermo por lo que la historia familiar la conocí únicamente por el testimonio de Lucía, una de las hijas de ambos. Alicia, al haber sido su mando, mantiene un contacto cercano con ella y me facilitó su número telefónico. Sus papás

⁴² En el libro *Ciudad informal colombiana: barrios contruidos por la gente*, publicado en el año 2009 por el Grupo de investigación Procesos Urbanos en Hábitat, Vivienda e Informalidad de la Universidad Nacional de Colombia, se presenta información interesante y detallada sobre los barrios informales en Bogotá, que alimentaron buena parte del crecimiento urbanístico y poblacional de la ciudad desde la década de los 60's. En esta publicación también hay referencias a los actores principales en el desarrollo de los barrios informales, poniendo en primer lugar la iniciativa comunitaria, luego la iniciativa privada (sea en forma de cooperativas y cajas de vivienda, fundaciones, o urbanizadores piratas) y luego la atención estatal (que casi siempre ha resultado poco satisfactoria con respecto a las necesidades de la población). Según el libro las localidades con más índices de barrios informales son Ciudad Bolívar, Bosa, Ciudad Kennedy y Suba.

habían nacido a finales de la década de 1930, y eran originarios de la zona rural del municipio de Palocabildo, en el Tolima (igual que la mamá de las Peña), ambos se dedicaban a la agricultura y habían sido vecinos en su juventud, lo que hizo que iniciaran una relación y pronto se casaran. Similar a los demás casos, las circunstancias de La Violencia los llevaron a desplazarse a Bogotá, siendo ambos muy jóvenes. Llegaron a establecerse en una invasión en la zona fronteriza de la localidad de Bosa y el municipio de Soacha que luego conformó el barrio Poncheras. En Bosa, desarrollaron una admiración profunda por el General Rojas Pinilla y comenzaron a militar activamente en la Anapo.

Clara, la mamá de Lucía, se convirtió con el paso del tiempo en líder de su barrio. Lucía narró que su madre sufría constantes maltratos por parte de su padre, y que involucrarse en tareas políticas de la Anapo, luego de la Anapo Socialista y finalmente del M-19, fue para su mamá un modo de salir del contexto de violencia doméstica en el que vivía. Para Lucía también lo fue, cuando decidió marcharse a vivir con otros militantes del M-19 unos años después. Lucía nació en Bogotá en 1963, siendo la quinta de una familia de 8 hijas y un hijo. A los tres meses de haber nacido, sus papás estaban pasando dificultades económicas en la ciudad así que se desplazaron nuevamente, con cinco hijas, a vivir con los abuelos maternos de Lucía en el municipio de Palocabildo, donde ella pasó su infancia hasta los 12 años, cuando decidieron devolverse a su casa en Bogotá.

Durante esos años, Clara retomó su papel de liderazgo en el barrio, empezando a trabajar en cercanía con la comunidad religiosa claretiana (que tuvieron y aún tienen una fuerte presencia en Bosa) en actividades culturales y educativas. Lucía tenía 14 años en 1977, había abandonado el colegio y trabajaba esporádicamente para ayudar en la economía familiar. Sabía que su madre tenía un papel de liderazgo importante dentro de la comunidad y un contacto directo con los sacerdotes claretianos, pero no conocía el vínculo ya existente entre ella y militantes del M-19.

Las muchachas y los muchachos del barrio

Los tres casos que se presentan a continuación corresponden a personas que vivían en barrios en los que el M-19 tenía presencia esporádica o permanente y estaban, desde su adolescencia, familiarizados con las actividades guerrilleras en la localidad. Sin embargo, a diferencia de las “familias de la Anapo”, no provenían de familias con una trayectoria en el activismo político.

Gerardo

A Gerardo lo conocí porque actualmente es el compañero sentimental de Patricia, la hermana menor de la familia Peña, y fue ella quien facilitó el contacto. Nació en 1967, en la zona rural del municipio de Chipaque, en el departamento de Cundinamarca, y tiene una hermana menor. Sus padres se dedicaban a la agricultura hasta que, cuando él tenía 8 años, decidieron trasladarse a Bogotá para iniciar pequeños negocios en la central de Abastos. Se establecieron en un barrio de invasión en la localidad de Kennedy, compraron un lote y empezaron ellos mismos a construir su casa. Su mamá vendía tintos y agua aromática en la Plaza y su padre era vendedor minorista en Abastos. Gerardo señaló que sus padres no apoyaban a ningún partido político en particular, estando más preocupados por el progreso individual y el bienestar económico del hogar. Al igual que otros pobladores de estos barrios que apenas iniciaban en Bogotá en la década de 1970, Gerardo recuerda una infancia de dificultades económicas:

Mi familia padecía de pobreza...Necesidades. Si no fuera porque mis papás se rebuscaban habríamos pasado mucha hambre. Me acuerdo que a los once años, en 1978, que fue el mundial de Argentina, me acuerdo ver a Argentina siendo campeón del mundial por una ventana. Porque había un arrume de arena en una casa vecina, entonces yo mirando por la ventana al televisor del vecino, con mi hermana y con otros niños del barrio en una pobreza, osea no teníamos televisor ni nada de esas maricadas. Y ni siquiera nos invitaron a seguir a ver el partido sino mirándolo coladamente desde una ventana.

A los 12 años, Gerardo había terminado su primaria e inició el primer año de secundaria en el Colegio Nuevo Kennedy, pero señaló que tenía muchos problemas con la disciplina, por lo que lo expulsaron y su padre decidió llevarlo a una academia militar, de la que también salió poco después. Cuando su padre decidió no preocuparse más por su educación, él decidió por su cuenta terminar el bachillerato en el instituto EMAUS, en la localidad de Kennedy. En el desarrollo de sus actividades académicas ingresó al M-19.

Lina

A Lina la conocí porque Lucía, entusiasmada con el tema de mi tesis, aceptó llevarme a recorrer los lugares relevantes para ella, como militante del M-19 en Ciudad Bolívar. Una vez allí me habló de una amiga suya que podría concederme una entrevista, con la cual se hizo muy cercana por haber asistido a varios operativos conjuntos, haber compartido vivienda, y estar muy identificadas tanto en términos generacionales como en posiciones políticas. Lina nació en 1966 en Muzo, Boyacá. Es la menor de 10 hermanos. Su papá se dedicaba a la agricultura y a la minería artesanal y su mamá murió muy joven, cuando ella tenía apenas 4 años de edad. Al

quedar su padre viudo y encargado de 10 hijos, decidió enviar a algunos de ellos con amigos y conocidos. Lina se fue a vivir, a los 5 años, con un amigo de su padre que también era originario de Muzo, llamado Julio Silva. Se dedicaba al negocio de las esmeraldas y era socio, según Lina, de Víctor Carranza. Eso le había permitido amasar una fortuna considerable y, a los 7 años, Lina se trasladó a vivir a una casa propiedad de Silva en el barrio Chicó, en Bogotá. Durante la entrevista señaló que en esa casa sufrió violencia y maltrato de parte de la esposa de Silva:

Él, excelente, para qué, para mí era como mi papá. Pero ella, la esposa de él, ella me hizo la vida imposible. Osea, yo era una niña, pero me iba tratando de ‘ole perra no sé qué’ y las peores palabras. Y me maltrataba físicamente porque ella, seguramente, sentía como que yo estaba allá de arrimada. Entonces yo vivía pensando en venganza, contra ella, contra él no porque él fue mi papá, pero ella sí. Inclusive tengo todavía una cicatriz aquí en la pierna porque imagínese, yo era una niña, y me mandó por unos litros de agua y me hizo untar las manos de jabón y entonces se me cayó eso y me corté... Y me hacía cosas así, me tenía mucho odio... Y de esa casa es de la que me volé...

Lina le comentó a su “padrino” su deseo de marcharse y él le dio dinero, algunas joyas y ropa para que ella pudiera regresar a Muzo con su familia. Lina, sin embargo, decidió quedarse en Bogotá y contactar a una prima que había llegado a vivir a Ciudad Bolívar. Así, a sus 9 años, empezó a vivir por su cuenta con el dinero que le habían regalado, abandonó la escuela de manera definitiva y se dedicó a trabajar esporádicamente. A los 13 años, Lina había conseguido un trabajo como mesera en un restaurante ubicado en la Avenida Caracas con Calle Primera y seguía viviendo con su prima en el barrio Villa Gloria, en Ciudad Bolívar, lugar en el que comenzó su militancia en el Movimiento.

Sergio

El último de los casos abordados en esta sección es Sergio. El caso de Sergio resulta particular porque, si bien guarda muchas similitudes con los demás casos de los “muchachos y muchachas del barrio”, su trayectoria de vida también muestra un interés particular por la literatura y el arte, actividades más asociadas con la posesión de cierto tipo de capitales culturales que se esperarían más presentes en el grupo de “los intelectuales”. Adicionalmente, Sergio terminó el bachillerato y adelantó estudios de sociología en la Universidad Nacional (aunque debió dejarlos poco después). En ese sentido, el caso de Sergio muestra cómo una trayectoria vital no es fácilmente encasillable en una u otra sugiero aquí cambiar esto por otra cosa, experiencia estática es raro, para mí experiencia implica algo que no es estático. Su trayectoria parece moverse un poco por los límites entre grupos sociales ya que, a pesar de provenir de una familia de escasos recursos

económicos y en la que la preocupación por la educación y la adquisición de capital cultural no era una prioridad (como sí era en el caso de las familias de los “intelectuales”), él desarrolló un gusto por actividades que se asocian con la posesión de cierto tipo de capital cultural (leer, discutir políticamente, terminar el bachillerato y presentarse en una universidad).

Javier me habló de él durante nuestra entrevista porque estuvieron juntos en la cárcel, así que no dudó en darme su información de contacto. Sergio nació en 1960 en la ciudad de Villavicencio. Sus padres eran también originarios de dicha ciudad. Su papá se dedicaba a las tareas “civiles” dentro de las Fuerzas Militares. Es decir, se dedicaba a la logística y organización de batallones a los que lo enviaban a trabajar y, por la misma razón, señaló Sergio, era extraña la presencia de su padre en el hogar durante su infancia. De este modo, era su madre quien estaba al frente de la organización del hogar y la crianza de los hijos, para lo que trabajaba ocasionalmente como empleada doméstica. Siendo el cuarto de ocho hermanos, comenzó desde su infancia a trabajar en empleos pequeños como venta de periódicos y de pasteles para colaborar con el sostenimiento del hogar.

En Villavicencio, Sergio vivió hasta los 15 años, trabajando y estudiando hasta tercero de bachillerato. Allí conoció a Mariana, con quien estableció una relación sentimental que actualmente se mantiene. Su hermana mayor se trasladó a Bogotá en 1976 buscando mejores condiciones de vida y el resto de la familia llegó poco después para crear una panadería en el barrio Quiroga, que sería el sustento familiar principal durante los años siguientes. Poco después, Sergio se presentó al Colegio Distrital Restrepo Millán, localizado en el mismo barrio, y que era un escenario de agitación estudiantil secundaria (de hecho, el barrio Quiroga - por sus orígenes obreros y por su cercanía con el centro de la ciudad - era, entre las décadas de 1970 y 1980, un importante escenario de movilización política). En este escenario conoció a uno de los hermanos de Nidia Páez, Jesús, y también ingresó a diversos colectivos estudiantiles que discutían temas políticos.

CAPÍTULO 2: INGRESAR

A través de los itinerarios de mis entrevistados, pude ver que convertirse en un militante del Movimiento 19 de Abril no era un proceso que estuviera sistematizado o que fuera homogéneo para todos los futuros militantes. En los documentos más formales de la organización – como los estatutos – en los que se aclaran las disposiciones, procedimientos y reglas básicas del funcionamiento organizativo, no existe un apartado específico sobre las formas de ingreso y reclutamiento. Existen algunos criterios generales sobre el perfil deseable de quien milita, haciendo referencia a una moral abstracta del revolucionario miembro del M-19. Se exaltan cualidades como la audacia, la solidaridad, la indignación contra la injusticia y el autoritarismo, la tolerancia frente a las creencias de los demás, la honestidad, la fraternidad, el ejemplo a través de la acción, la alegría, el aporte a través de la crítica y el acatamiento de órdenes de la dirección del Movimiento⁴³.

Más allá de esa descripción general sobre los perfiles de quien podía militar en el Movimiento, no se encuentra ninguna disposición específica concerniente al proceso de ingreso. Así, las experiencias de ingreso al Movimiento de cada uno de los actores de esta historia fueron muy diversas. Tuvieron lugar en diferentes etapas históricas de la organización, producto de las circunstancias en las que, como individuos, se hicieron activos políticamente y desarrollaron cierto tipo de identificación con el M-19. Eso no significa que no tuvieran absolutamente nada en común. De hecho, por las diversas trayectorias que describí en el capítulo pasado, pude observar correspondencias en cada grupo respecto a sus formas de ingreso (teniendo en cuenta, de nuevo, las *semejanzas parciales* de cada caso). Por esa razón se han conservado los grupos planteados en el capítulo anterior para analizar las diversas formas de ingreso.

Los “intelectuales”

Los tres casos de este grupo ingresaron en una etapa relativamente temprana de la organización. Aún no se habían consolidado los procesos de inserción en los barrios (los cuales se materializaron con los campamentos urbanos de 1984), no se había formado el frente de guerra rural conocido como Frente Sur, y no había ocurrido la operación Ballena Azul (el robo de más

⁴³ Estatutos del Movimiento 19 de Abril. Capítulo III: Miembros. Artículo 2. En movimientos guerrilleros como el M-19, al hacer un análisis de sus objetivos como organización, de sus disposiciones o de lo que esperan de los militantes, pueden aparecer ciertos aspectos contradictorios debido a que la organización pretende ser al mismo tiempo revolucionaria y organizada jerárquicamente de forma vertical. En este caso específicamente, la virtud de un militante de tener un sentido crítico y poder rebelarse contra cualquier forma de autoritarismo podría entrar en conflicto con la virtud de acatar las órdenes de los miembros superiores en la escala del movimiento.

de cinco mil armas de las instalaciones militares del Cantón Norte), que desató una ola de persecución a los miembros del M-19 y que desembocó a su vez en la toma de la Embajada de República Dominicana en 1980. Javier, Olga y Alicia habían desarrollado un interés e identificación por los ideales y propuestas del Movimiento mucho antes de su ingreso. Los tres señalaron, en este contexto, que la mayor dificultad para ellos fue encontrar efectivamente un contacto que pudiera enlazarlos con la organización, debido a la dinámica fuertemente clandestina y cerrada que se mantenía entre los cuadros organizativos para la época.

Encontrar un contacto dentro del Movimiento implicaba aprovechar los círculos de relaciones sociales con los que contaba cada cual. Alicia, como lo hemos visto en el capítulo anterior, se había abierto campo en FECODE y, de este modo, contaba con una serie de contactos en el mundo de la política de la época, especialmente en las diversas organizaciones de izquierda. En 1977, ella tomó la decisión personal de buscar un contacto con la organización, debido a la identificación con los ideales del M-19:

En el 77, empiezo yo a buscar el M, a seguirlos por sus volantes...Y le digo a un compañero que también es maestro que me ayude a buscarlos, que yo los estoy buscando, porque él tenía documentos del M, volantes, y él tenía el contacto pero no me lo quería dar porque él pertenecía a otra corriente y quería que yo fuera a trabajarle a su corriente... Pero al final me consiguió una cita con otro maestro también, Luis Montenegro, que fue el intermediario mío para ingresar a la organización. Y ahí comienza mi vida militante... Digamos que mi vida política había empezado con el Sindicato y Comuneros, pero este ya era el comienzo de mi vida militante

Javier, por su parte, se movía en un círculo social muy diferente, siendo el vicerrector del Colegio Fundación Colombia y parte de la junta directiva de la Fundación del Banco de Colombia. A pesar de ello, Javier también hizo sus propios contactos con el M-19 en sus relaciones laborales. Teniendo estos cargos, era el encargado de conseguir la planta profesoral del Colegio que ayudaba a dirigir y, en el proceso, había contratado a un joven artista como profesor de artes plásticas. Pronto desarrolló una relación de confianza con él y se convirtieron en buenos amigos. Simultáneamente, Javier había conocido la primera acción famosa del M-19 – el robo de la espada de Simón Bolívar – y había desarrollado simpatía por el Movimiento. En este contexto, el empezó a coleccionar los boletines públicos que sacaba el M-19 desde su lanzamiento como organización político-militar, en enero de 1974:

Yo había decidido que quería entrar al M-19 porque tenía una característica muy particular y única y era que – dentro de toda la gama de movimientos guerrilleros de la época – era el único que rescataba a Bolívar... Y a mí desde siempre me había gustado la figura histórica de Bolívar. Y lo otro fundamental que me gustaba del M-19 era que fue el único movimiento guerrillero que no era marxista, porque a mí el

comunismo como tal nunca me había convencido. Pero entrar fue muy difícil, porque en esa época, te hablo del 76, en esa época era un movimiento muy clandestino, muy cerrado, y además en el medio en el que yo me movía generaba mucha desconfianza entre la izquierda. Y con el tiempo le confié a Casas, un profesor de arte que había contratado y que se había vuelto un amigo, que mi gran anhelo era entrar al M-19 pero no había podido. Y este muchacho me dijo ‘no pues yo tengo contactos, si quiere lo presento’, y bueno, yo pensaba que me estaba jodiendo la vida, y tanto insistió el chino en que era verdad que yo le dije ‘¿sabe qué? Vamos a hacer una cosa, yo le voy a escribir una frase de Bolívar, haga que esta frase de Bolívar salga en el próximo boletín del M-19 y le creo’, y le di una frase que me sé desde siempre que dice: ‘Los Estados Unidos parecen destinados por la providencia para sembrar de miseria a América Latina en nombre de la libertad’ tal. Y él la anotó, seguimos bebiendo y pasándola juntos todos los días. Y un día estaba yo en la oficina del banco y me llegó un sobre de manila, y lo abrí y resulta que era el boletín del M-19 y en el boletín venía la frase que yo había pedido

A pesar de haber ingresado prácticamente en el mismo año al M-19, las primeras actividades que tuvieron que llevar a cabo Javier y Alicia se diferenciaban entre sí tanto por la forma en la que ambos ingresaron como por sus primeros contactos en la organización. Alicia – por tener reconocimiento en FECODE y haber impulsado diverso tipo de actividades sindicales en la organización de educadores – fue asignada inmediatamente a la búsqueda de nuevos cuadros y al sector del trabajo político y organizativo del Movimiento. Ella misma señala que sus inicios en el M19 no implicaban su participación en operativos de la organización, sino más bien en la construcción de nuevas estructuras. Javier, por otro lado, permaneció trabajando exclusivamente bajo el mando de “Casas”, el profesor de arte que fue su contacto inicial. Él mismo señala que, más que un vínculo con el M-19, tenía un vínculo personal con las actividades que realizaba Casas y que sus primeras acciones tuvieron que ver exclusivamente con él. Guardaba arsenales que él le pedía, llevaba dinero y cartas de un lugar a otro de la ciudad y lo acompañaba en operativos pequeños como regar tachuelas en las calles durante el Paro Cívico organizado en Bogotá en 1977.

Como señalé en el capítulo anterior, Olga, había tomado la decisión definitiva de militar en el M-19 en 1978, al haber recibido varios boletines de la organización mientras estudiaba antropología en la Universidad Nacional sede Medellín. Según relató, la convencieron el carisma de Jaime Bateman, las ideas de acomodar la revolución al contexto nacional, y las divergencias con líneas políticas más ortodoxas como el Ejército de Liberación Nacional (que, según ella, era el grupo con mayor visibilidad en el ambiente universitario en Medellín a finales de 1970). Durante la entrevista, Olga hizo énfasis en la dificultad que implicó para ella encontrar un contacto que la pudiera ingresar al Movimiento desde Medellín. Así, cuando ingresó a una

escuela de dibujo y arquitectura en Bogotá traía el propósito de encontrar finalmente un contacto del M-19.

Esa posibilidad se materializó cuando conoció en profundidad a Javier, quien era por esa época su profesor de Historia del Arte. Después de conocer sus posiciones políticas compartidas y hacerse amigos, Javier la incluyó finalmente en la estructura que tenía armada en Bogotá. Las primeras tareas que Olga tuvo que desempeñar para la organización comenzaron después del robo de armas del Cantón Norte y con los operativos desatados por la inteligencia militar para hallar a los responsables. Javier se vio obligado a huir a Santander porque era buscado por el Ejército (probablemente había sido delatado) por lo que buscó a alguien de su confianza que custodiara un arsenal que guardaba:

Como Javier era mi profesor empezamos a ser cercanos porque nos dimos cuenta de que nos identificábamos, políticamente hablando. Entonces en una ocasión él me invitó a tomar una cerveza para seguir con la carreta y empezamos a hablar y yo ahí sí me abro del todo y le confieso que hace rato estoy buscando al M-19 pero nada, y él se ríe y me dice: 'yo creo que tengo un primo por allá'; y entonces yo me le aferré más porque él me tenía prometido que me iba a presentar al primo. Y resulta que el primo era él... (risas) Y en el momento en el que le toca salir corriendo para Santander, cuando andaban buscando a toda la gente del Cantón Norte, tiene un montón de cosas que estaba buscando dónde guardar, y ahí me confiesa que él era del M-19 y que tenía un montón de vainas que necesitaba guardar. Yo, en esa época, vivía en la casa de mi abuela materna con mi tía, y el esposo de la tía, y los hijitos... Mejor dicho un batallón de gente en una casa grandísima en el barrio Palermo, en la calle 59 con 19... Entonces yo le dije: 'Pues sí, yo me lo llevo'... Y resulta que yo me llevo esas cosas, inicialmente no sabía qué era, sabía que eran armas pero no sabía qué tipo de armas hasta que me dio por chismosear, yo pensaba que era un revólver, pero me encuentro con fusiles telescópicos, granadas... Y entonces desbaratamos esa vaina para que no se dañara y yo cogí unos bluyines y metí las armas dentro de las piernas de los bluyines... Pero desde ese momento entonces asumí que yo era del M-19...

La relación personal que Olga desarrolló con Javier en los años de militancia y el hecho de que él fuera su contacto inicial y su mando en la organización hizo que, en su caso, las dimensiones personales se cruzaran con sus compromisos políticos. En el caso de Olga, las actividades a las que fue inicialmente asignada eran elegidas por Javier, quien evitaba ponerla en situaciones riesgosas y, por tanto, la designó a actividades de apoyo y logística. Esta asignación de actividades y su relación con el doble rol de Javier, como mando y como compañero sentimental, serán discutidas en capítulos siguientes.

Las familias de la Anapo

El ingreso de las familias de la Anapo – al igual que en el caso de los “intelectuales” – se dio de forma temprana (excepto en el caso de los Peña), al inicio de la formación del Movimiento 19

de Abril, a finales de la década de 1970. Sin embargo, siendo personas politizadas que ya tenían un trabajo previo con las estructuras barriales de la Alianza Nacional Popular, la transición entre una forma de organización política y otra fue casi imperceptible. De hecho, cuando pregunté a Nidia o a Rosa por el momento en que ingresaron al M-19 no me podían responder con exactitud. En sus casos, la transición de las estructuras barriales de la Anapo a las estructuras barriales del M-19 constituyó un proceso paulatino, más que una ruptura radical con las actividades que venían realizando previamente.

Nidia, por ejemplo, para el momento en el que el M-19 hizo su aparición pública robando la espada de Simón Bolívar en enero de 1974, ya era militante del M-19, y tuvo la tarea de hacer “pintas” con lemas como “Bolívar, tu espada vuelve a la lucha” en los barrios cercanos al suyo. Según Nidia, la transición de su trabajo en la Anapo Socialista (que en principio era remunerado y después se mantuvo por compromisos políticos personales) al M-19 como tal fue de manera gradual. No hubo un punto de quiebre entre la militancia en la Anapo y la militancia guerrillera, sino la asignación de nuevas tareas que antes no se llevaban a cabo (la elaboración de pintas y la reserva de armas). A diferencia de la experiencia de ingreso de “los intelectuales”, quienes debían hacer un esfuerzo por buscar el contacto con la organización, en el caso de las familias del Anapo fue el M-19 el que los encontró a ellos. La transición de la Anapo Socialista al M-19 es descrita por Nidia así:

Como te digo...ya desde la época de la Anapo y desde que salió la Anapo Socialista – osea ya desde mucho antes – venía ese proceso de organización. Entonces ya se habían hecho las celulaciones: ya se tenían varias células en barrios, sindicatos, y sabíamos más o menos quiénes éramos... Empiezan ya a haber las reuniones en casas y todo eso, entonces ya cada uno se empieza a hacer responsable de tales y tales células...El de mi barrio era Ernesto, al que llamaban El Ciego, él era de todo el combo de Vera, de los comandantes que eran como estudiantes, como intelectuales. Y así uno se empezaba a familiarizar con ellos, ya sabíamos que éramos parte de una célula particular y sabíamos quién estaba a cargo de esa célula. Entonces cuando el M-19 se llamó M-19, nosotros ya estábamos adentro hacía rato

El caso de la familia Ortiz es bastante parecido, ya que fue la militancia de Rosa en la Anapo la que hizo que su casa se transformara poco a poco de una sede del partido de Rojas a una sede del M-19. Ella lo narra así:

Resulta que a las reuniones de mi barrio ya iban los del M-19 pero yo todavía no sabía, no los conocía... Todavía el M-19 no se llamaba M-19... Yo pensaba que simplemente todos éramos del comando de la Anapo... Hasta que uno de los muchachos que iban a mi casa me invitó a una reunión que fue como más clandestina, y ahí resulté yo allá zampada, allá metida, cuando menos pensé resulta

que yo ya era del M hacía rato⁴⁴... Y entonces ya yo llegué y me empecé a meter más, ya mi casa resultó no solamente comando sino ya era la casa donde iban los compañeros, me llevaban los compañeros tapados pa' que no se dieran cuenta por dónde iban y se quedaban allá días, semanas.

A diferencia de los casos de “los intelectuales”, las primeras tareas de quienes hacían parte de las estructuras barriales de la Anapo no implicaron ni la entrada directa en operativos (excepto la realización de pintas, que no es tanto una labor operativa como una tarea propagandística) ni la asignación de la jefatura de un comando. El centro de las actividades de los militantes que componen esta sección (al menos al inicio de su militancia) era la casa y la administración de este espacio: la casa como lugar de reunión, como posada para militantes itinerantes, como centro de las actividades políticas barriales, como punto de contacto directo con las comunidades, como lugar de conspiración (donde se planeaban operativos) y como lugar seguro para guardar armas, panfletos, documentos y todo tipo de material potencialmente peligroso.

Eso implicó también que el ingreso de las nuevas generaciones de estas familias (el caso de Paola y Francý) se diera precisamente en el contexto de la vida cotidiana en sus casas. Así ellas, a diferencia de “los intelectuales” o de sus madres, no pasaron por un proceso de identificación política previo al ingreso a la organización. La identificación ocurría porque el M-19 era lo cotidiano, lo que se vivía en la casa y en el ámbito familiar. Esto también implicaba que ellas entraran a edades tempranas a militar en el M-19, teniendo apenas 13 o 14 años. Francý lo relata así:

...Se quedaban siempre en mi casa, desde que tengo consciencia siempre había gente del M ahí...Y tengo la mejor experiencia... A mí me fue super bien con los compañeros, respetuosos, dedicados a estudiar, eran muy jóvenes la mayoría, entonces por ejemplo ellos hoy dicen: ‘Rosa nos acabó de criar’ y en cierta medida sí porque me llevaban dos o cuatro años a mí, y nosotros estábamos pequeños, entonces también eran jóvenes, eran chicos... Y entonces, es que ese, teniendo yo catorce años, era mi proyecto de vida, yo estaba completamente enamorada del M-19... Ellos eran mis héroes y mis heroínas y era una felicidad hacer parte de eso...

Por su parte, Paola ingresó al M-19 cuando acompañó a su mamá a visitar uno de los campamentos de la paz, en 1984, en Ciudad Bolívar. Tenía 13 años y decidió quedarse mientras se mantuviera el campamento, pero en el desarrollo de las actividades barriales en Ciudad Bolívar se hizo cercana a Simón y terminó trabajando con él como estafeta, comprometiéndose definitivamente con la organización de forma independiente a su madre. En el desarrollo de la

⁴⁴ El testimonio de Rosa es interesante porque muestra la diferencia radical entre su forma de ingreso y la de los casos que componen el grupo de “los intelectuales”. Ella hacía parte del M-19 y no lo sabía, en contraste, ellos sabían que querían hacer parte del M-19 pero no habían encontrado la forma.

entrevista ella hizo una reflexión interesante con respecto a su papel, como niña, en medio de la guerra. Señaló que si bien no tenía la edad ni el conocimiento necesarios para realizar reflexiones políticas profundas, el reconocimiento que le brindaban los adultos, sentirse participando en las actividades de su familia y poder hacer algo por las injusticias que ella podía observar y experimentar la motivaron a seguir en la organización:

Y lo primero que hice con la organización fue llevarle las razones a Simón, me convertí como en su estafeta. Y por las cosas que se hacían en la casa, yo ya me sabía el himno del M, entonces allá en el campamento hacía la formación con todos los demás... Yo creo que, claro, hoy en día razonando sobre eso creo que fue muy irresponsable, creo que los niños no tendrían por qué estar allí... Creo que, de todas maneras, lo que yo analicé en esa época es que había hambre, había falta de trabajo, había falta de oportunidades, había violencia, había muchas cosas que uno dice 'no pues hagámosle'... Pero, de todas maneras, la guerra no es lugar para un niño. Una cosa es que yo fuera rebelde, y otra cosa es que yo, como niña, entienda un ideal claramente, pero yo realmente no puedo decir que lo entendiera. Que era super bacano el reconocimiento, como niña, era chiquita pero para ellos era grande y me ponían a hacer cosas de grande... El reconocimiento que uno tiene como niño al hacer esas labores de adulto y al estar con adultos, y haciendo la formación, y haciendo el matutino, como todos los otros, eso te da de alguna manera una sensación de satisfacción, te llena como el ego, y es emocionante, y en preadolescencia pues uno se llena de todo eso y se maravilla, claro

El caso de la familia de Lucía se aleja un poco de los casos anteriores porque, si bien los padres de Lucía eran efectivamente militantes de la Anapo y fue esta militancia la que los hizo cercanos a los primeros miembros del M-19 que llegaron al barrio Poncheras en la localidad de Bosa, Lucía ingresó de forma independiente al M-19 a los 14 años, sin saber el papel que jugaba su mamá en el apoyo a las actividades de la organización en su barrio. Adicionalmente, las motivaciones de Lucía para ingresar a la organización no eran ideológicas. A diferencia de los casos que componen el grupo de “los intelectuales”, ella no había desarrollado un compromiso previo con los ideales o propósitos del M-19 como agrupación guerrillera. Fueron las experiencias particulares de su vida familiar las que la impulsaron a tomar la decisión de marcharse a vivir con los miembros de la organización. En la dinámica de esta vida común fue que, poco a poco, comenzó a participar en las tareas del Movimiento. Entre otras cosas, la transición del campo a la ciudad y el impacto de esta transición en la relación entre sus padres hicieron que Lucía decidiera marcharse de su casa. En el contexto de maltrato que veía sufrir a su madre por parte de su padre, así como la precariedad económica que se vivía en su casa, ver a una mujer con un revólver le impactó (señala ella en su historia), al simbolizar la voluntad de “fuerza” que ella buscaba. Así, en el caso de Lucía, los militantes del M-19 con los que ingresó a la organización se convirtieron en una extensión de su familia. Así lo narró:

Andando con los curas claretianos en las actividades que organizaban fue que conocí a los compañeros. Resulta que, como mi mamita era líder en el barrio, entonces ella en medio de su religión y todo eso, tenía muy buena relación con los curas claretianos. Y entonces yo empecé a caminar con ellos, a acompañarlos por allá a sus misas, a los eventos que hacían porque en esa época hacían hartos eventos en el barrio, bueno, a lo que tuvieran que hacer... Y pues en alguna ocasión, por allá en el año 77, hubo como una convocatoria ahí en el Claretiano y los compañeros del M estuvieron ahí... Y ellos le ayudaban a los curas. En esa época los curas claretianos eran como de izquierda... Y entonces, en ese evento, la verdad fue que empatamos con los pelados, y ahí fue. Porque pues claro, yo era una niña, y ellos en esa época tendrían por ahí 20 o 22 años, y yo les dije que ya no quería vivir en la casa y ellos: 'ah, no, pues camine vámonos'... Yo andaba muy inquieta porque venir a la ciudad fue un bote muy fuerte, porque allá en el campo no se veía tanto trago, no se veía groserías, nada de esa carajada. Y aquí vengo a ver una cosa fuertísima porque mi papá es un demonio... Y me parecía super terrible y eso de pronto me llevó a estar muy inquieta y a querer irme. Entonces en una de esas yo vi a la compañera, se llamaba Consuelito, la vi con un arma, y eso me llamó mucho la atención, me parecía que **se veía poderosa**... Ellos me llevaron para donde ellos vivían, ellos vivían 6, todos juntos, en una casa de Ciudad Jardín, y pues yo dije: 'Sí, me voy', porque mi mamita le tenía como mucho miedo a mi papá y yo veía que mi mami pues como que no le ponía fin a eso y un día yo le dije: 'Amá, no, no, no, a este señor toca pararle ahí el cacho y que no jorobe más'. Entonces yo vi que no, que mi mamita tenía mucho temor, entonces le dije: 'Entonces yo me voy de la casa', así, 'yo me voy'. Y los compañeros me dieron refugio...

Desde ese momento, Lucía compartió vivienda con varios miembros de la organización quienes, al principio, la invitaban a leer y a discutir temas políticos, pero no la implicaron en las actividades del Movimiento, hasta que ella les pidió que la incluyeran en un operativo de robo de un camión de productos lácteos para su redistribución en Bosa. Ella señaló que, al principio, se negaron, pero al ver la obstinación de ella la dejaron participar como apoyo. Y después de esta primera experiencia, Lucía se implicó cada vez más en operativos, generalmente asociados a "recuperaciones" y tomas. En esos primeros momentos, Lucía desconocía la relación del M-19 con su madre y, a la vez, su madre desconocía con qué personas vivía ahora su hija y en qué tipo de tareas estaba implicada, hasta el día en que se celebró una reunión clandestina en el barrio Poncheras:

Estaba una mañana y me dijeron: 'Camine que hay una reunión allí, ¿quiere acompañarnos?', y yo que era muy inquieta: 'Claro, camine'. Y como era una casa particular de algún compañero, y yo estaba recién entrada, me llevaron compartimentada, eso era que lo llevaban a uno con los ojos vendados para no reconocer el camino. Pero yo empiezo como a calcular y me doy cuenta más o menos en qué lado de la ciudad estamos y cuando me entran a la casa y me quitan la venda, ¡Resulta que yo estaba en mi casa! (Risas) Y le dicen a mi mamá: 'Vea doña, le presentamos a una compañera'. Y mi mamá me saluda: 'Quihubo compañera'. Ahí ella recién se enteró con quién era que yo me había ido y yo me enteré de que ella era amiga de los del M

En el caso de la familia Peña, también fueron las hijas quienes ingresaron primero a la organización, a pesar de que sus padres ya tenían una trayectoria de militancia en la Anapo Socialista. Según Sandra, después del supuesto fraude electoral contra Rojas Pinilla en las elecciones de 1970, sus padres dejaron de pertenecer a la Anapo y comenzaron a tener cercanía con algunos miembros del Partido Comunista, aunque mantenían simpatía por la Anapo Socialista y, después de su aparición pública, por el M-19. Sandra señaló que la presencia del Movimiento en su barrio era muy escasa por lo que realmente su familia no había tenido un contacto directo que los ingresara a la organización hasta mucho más tarde que los demás casos de este grupo, en 1984. En este caso, no era la casa ni el barrio el escenario que facilitó un contacto entre la familia y el M-19, sino el colegio en el que estudiaban las hijas. Sandra cursaba octavo grado de bachillerato en el INEM de Kennedy y había participado en un pequeño movimiento estudiantil en defensa del colegio debido a unos supuestos intentos de privatización. Sandra señala que, para las carencias que vivían en su hogar, haber obtenido un cupo en el INEM, era una experiencia maravillosa que la motivó a participar en el movimiento estudiantil:

Porque nosotros entramos fue a defender nuestro colegio, y yo amaba el INEM, yo era feliz... Cuando yo salí para el INEM, era algo así como cuando uno sale para la universidad... Una hermosura de colegio... Yo me acuerdo que el primer día que yo pisé las puertas del INEM fue como si hubiera pisado las puertas de la universidad más hermosa del mundo, por el lujo... Yo venía de una escuelita pobre, de pupitres feos, y llegar uno a un colegio donde cada bloque es todo un mundo hermoso, que tiene unas unidades de laboratorio, tiene áreas de profundización... Era maravilloso

Otro de los escenarios que – para las décadas de 1970 y 80 – constituían nichos para las agrupaciones políticas de izquierda, además de sindicatos y gremios, eran las universidades y los colegios de secundaria públicos del país. El movimiento estudiantil de secundaria había adquirido visibilidad suficiente y muchas agrupaciones diferentes encontraban en los movimientos de los grandes colegios públicos de la capital del país un escenario para compartir ideas y encontrar nuevos simpatizantes⁴⁵. Sandra y otros dos militantes del M-19 con los que tuve contacto estuvieron cerca a colegios como el INEM, el Colegio Gonzalo Bravo Páez y el Colegio Restrepo Millán y fue en estos escenarios en los que impulsaron actividades políticas o

⁴⁵ Manuel Ruiz realiza algunos aportes sobre el movimiento estudiantil secundario de la segunda mitad del siglo XX en el libro: *Sueños y realidades. Procesos de organización estudiantil, 1954-1966* (Bogotá: Editorial Universidad Nacional de Colombia, 2002).

entraron a participar en procesos organizativos. Así, Sandra comenzó a participar en el movimiento estudiantil de secundaria.

Un día, en una movilización de los estudiantes del INEM, Sandra fue alcanzada por un joven que le preguntó por los motivos de la marcha y la invitó a una reunión política en la que se discutirían las problemáticas de la localidad, en la plaza principal de Bosa. Ella, motivada por la trayectoria política de sus padres y por sus propias inquietudes desarrolladas en el movimiento estudiantil de secundaria, asistió con su hermana Patricia. El evento resultó ser uno de los encuentros de conformación de los campamentos urbanos, promovidos por el M-19 en el marco del Diálogo Nacional adelantado con el gobierno en 1984. Ese día, Sandra – ya enterada de que el evento era promovido por miembros del Movimiento 19 de Abril, y conociendo la simpatía que sentía su papá tanto por la organización guerrillera como por la Anapo Socialista – invitó a algunos jóvenes a entrevistarse con su papá en su casa, e incluso les ofreció su casa como lugar seguro para guardar los materiales usados en la movilización. El encuentro sucedió efectivamente y así, Sandra y sus dos hermanas, su papá y su mamá comenzaron a hacer parte del M-19 hasta la desmovilización, aunque ocuparon posiciones diversas. Alicia – mando asignado a la zona en la que estaba localizado el barrio de los Peña – fue su mando durante todo el periodo de militancia y recuerda el ingreso familiar así:

Yo los conocí a ellos en las reuniones que hacíamos sobre el Diálogo Nacional en Bosa, y en el primer momento no me centré tanto en el señor como en las hija, que eran Martha, Sandra y Patricia, y en la facilidad que tenían esas muchachitas, que eran jovencitas, para participar en la reunión, llevar las notas... Eran las muchachas, las hijas del señor, las que estaban al frente de la reunión... Osea se suponía que la reunión era organizada por el papá, era como del papá, pero la reunión en realidad la conducían ellas, y eso me llamó muchísimo la atención. Y me acuerdo hasta de cómo iba vestida Martha, me acuerdo que estaba de oscuro, no sé si era azul oscuro o negro, pero era una niña jovencita, no tendría ni 18 años, y de una facilidad para intervenir y para organizar impresionante. Ahí pregunté quién era, y me dijeron: ‘es que ella es la hija de un dirigente comunal de Bosa’, estábamos en Bosa en el Colegio Claretiano en una reunión sobre el Diálogo Nacional, y ahí la conocí. Y entonces ahí ya fuimos trabajando más cerca de los Peña... Es una familia donde participaban todos.

Mientras las hermanas de Sandra (Martha y Patricia) y su padre participaron en escuelas militares y se involucraron en operativos pequeños en la ciudad, Sandra y su madre ocuparon su lugar en la casa. Su papel fue más que todo realizado desde la posición estratégica de su hogar como casa de seguridad: elaboraban panfletos, guardaban armas, fabricaban bombas molotov y granadas artesanales, y su casa servía como lugar de paso para militantes de la organización. Así que, a pesar de las diferencias en las formas en que ingresaron al Movimiento, comparten con el resto

de familias de esta sección la identificación colectiva familiar (no individual) con el proyecto político del M-19, basada también en militancias previas en la Anapo, y el adelanto de actividades organizativas desde el ámbito doméstico.

Las muchachas y muchachos del barrio

A diferencia de las personas que hacen parte de la sección de “los intelectuales” y que se desempeñaron en las esferas medias de mando del M-19 en Bogotá, los tres casos individuales de esta sección no tuvieron que pasar mucho tiempo buscando un contacto que los ingresara al Movimiento. El M-19 los encontró a ellos en los barrios en los que vivían. De hecho, el proceso de identificación con el proyecto político de la organización no ocurrió antes de la incorporación al movimiento, sino durante y después. Una de las razones para esto puede ser la temprana edad a la que cada uno de estos jóvenes entró a militar en la organización. A diferencia de las “familias de la Anapo”, su militancia no se debe a que la militancia política hiciera parte de su vida familiar o de la cotidianidad de la vida doméstica. En estos casos, fue la presencia de la organización en el barrio y la sensación de “importancia” que brindaba la participación en las actividades del movimiento la que motivó en ellos la decisión de entrar a militar. En algunos casos, como Lina, había motivaciones personales y no ideológicas (similar al caso de Lucía) que veremos más adelante.

Las personas pertenecientes a este grupo son, además, de una generación más joven que la de los primeros miembros del M-19, que ingresaron a la organización desde la década de 1970. De hecho, ninguna de las tres personas de las que se hablará a continuación tenía más de 18 años en el momento en el que tomaron la decisión de ingresar al M-19. Estos casos resultan interesantes porque pueden implicar una nueva mirada sobre la problemática del reclutamiento infantil. Sin duda, ninguno era mayor de edad al momento de ingreso a la organización y, probablemente, la decisión de entrar a militar no estaba basada en un conocimiento profundo de las motivaciones políticas o de los fines militares del M-19 (al menos no el mismo que podía tener un mando adulto de la organización, un militante de la Anapo o un joven estudiante universitario con preocupaciones políticas). Sin embargo, todos presentan actualmente este paso a la vida militante como una decisión personal y consciente y no como una obligación bajo amenazas. Por lo cual, ninguno de ellos se identifica como una víctima del reclutamiento forzado: reivindican su decisión y su militancia como una parte fundamental de sus vidas.

Gerardo – después de tener varios problemas escolares por su indisciplina – ingresó a estudiar en el Colegio EMAUS por su cuenta, sin apoyo de sus padres, deseando terminar el

bachillerato. Este colegio estaba localizado en cercanías al INEM en el que estudiaba Sandra (en la misma época), y tal vez esa coincidencia geográfica influyó en el hecho de que Gerardo encontrara el contacto que lo ingresó a la organización en su propio colegio (para la época, Kennedy ya era una zona de trabajo comunitario consolidado del M-19). Su contacto se llamaba Alcira y estudiaban juntos aunque en cursos diferentes (ella estaba en décimo grado y él en noveno). Se hicieron amigos porque ambos estudiaban en la jornada nocturna y eran vecinos en la localidad. Poco a poco, las charlas amistosas desembocaron en la invitación a encuentros políticos:

Yo llego al Instituto, yo estaba haciendo noveno y conozco a Alcira, de Abastos, siendo yo también de Abastos... La china se pintaba bonito y tal entonces me llamó la atención y teníamos muchas cosas en común. Y ella me mete, me mete porque me gusta el M, por allá en el 84... Yo tenía 16 años... Ella un día me habló, ya en confianza, del M-19... A mí siempre, desde antes, me gustaban mucho las ideas de Gaitán, admiraba a Gaitán... Y había escuchado de los grandes operativos del M y los admiraba, me parecía una tarea emocionante. Y entonces cuando Alcira me habla del M, yo de una le dije: '¿Qué hay que hacer?'... Me gustaba y, de una... Y entonces ella me llevó a los pocos días a una vaina que se llamaba la Casa de Varios, que era la sede que conectaba todo el proceso que tenía el M-19 en Kennedy en la época del Diálogo Nacional. Una de las personas que lo dirigía era Alicia... Y ya, desde ahí, quedé vinculado y comprometido con la organización.

Las primeras tareas de Gerardo fueron pequeños operativos asociados al movimiento que estaba impulsando el M-19 durante esos años en el sector de Corabastos, organizando a los minoristas que no tenían un espacio garantizado para la venta en la plaza de mercado más grande de Bogotá. Su ingreso coincidió con la organización de una movilización hacia la Plaza de Bolívar, denominada la Marcha del Desagravio a la Democracia y sucedida el 15 de marzo de 1985, por lo que también fue asignado a repartir volantes y hacer pintas invitando a la movilización. Las actividades de Gerardo en el M-19 estuvieron enfocadas en este sector de la ciudad y alrededor del proceso organizativo de Corabastos hasta la desmovilización. Incluso en la actualidad, Abastos sigue siendo un centro de actividad política y organizativa para Gerardo.

Por su lado, como lo he señalado en el capítulo anterior, Sergio vivía en el barrio Quiroga con su familia y había terminado el bachillerato en el colegio Restrepo Millán, donde había conocido a varios jóvenes que eran líderes estudiantiles y que pronto ingresaron a las filas del M-19. Por la época, el barrio Quiroga (con sus orígenes obreros) era un escenario de agitación de diversas agremiaciones políticas y el M-19 no fue la excepción. Según me contó Sergio, su ingreso no fue un proceso formal sino más bien relacionado directamente con las redes de amistad que había construido en el barrio. La experiencia de Sergio deja ver, entonces, que al

contrario de las primeras generaciones de jóvenes intelectuales que decidieron ingresar al M-19 y pasaron mucho tiempo buscando los contactos, los casos que hacen parte del grupo de “los muchachos y muchachas del barrio” ingresaron en medio de las dinámicas de camaradería del vecindario. Es decir, para ellos no hubo necesidad de hacer mucho esfuerzo por buscar el contacto porque ya existían los contactos en el barrio mismo, en sus círculos de conocidos y amigos:

Y algún domingo, con tres amigos míos del colegio con los que andaba – yo tenía 16 años en esa época – conocimos a Agustín, se llamaba él... También era un muchacho del barrio, y nos hicimos muy amigos... Y, con el tiempo, él nos dice que era del M-19 y empezamos a recibirle la charla, y a recibirle el periódico del M, y bueno como parte de nuestra camaradería comenzamos a vincularnos así... A recibirle un periódico que era ahí pequeñito, mimeografiado, con un logo que tuvo la organización que era el puño en alto con un fusil. Y entonces empezamos ya a elaborar nosotros también en ese discurso, a andar más con Agustín y a comprometernos en la organización, a armar la célula en el barrio y a intervenir en tareas pequeñas... A ayudar nosotros mismos a repartir el periódico, hablar con la gente, salir a hacer pintas, asistir a las reuniones. Y después ya salían tareas más específicas de la organización, como mover armas y eso. Ahora que lo pienso, nunca fue como un proceso formal de entrada al M-19, sino era más bien como de que teníamos un combo y ese combo de amigos también hacía parte no solo de la vida en el barrio sino también de la organización y el activismo político, de la militancia.

Lina, por su parte, fue impulsada a la vida militante no tanto por causas ideológicas, sino más bien por sentimientos personales (de una manera que nos recuerda la historia de Lucía, quien huía de la violencia de su padre). De hecho, en su caso, el proceso de aprendizaje de las ideas políticas que defendía el M-19 se dio posterior a su ingreso y no antes, como en el caso de “los intelectuales” o “las familias de la Anapo”, que ingresaban con motivaciones políticas claras. Como señalé en el capítulo anterior, ella sufrió situaciones de maltrato cuando era muy joven por parte de las personas que la tenían bajo su tutela, especialmente por la esposa de su padrino. El maltrato la llevó a huir de su casa y a vivir con una prima en Ciudad Bolívar, abandonando el colegio y dedicándose a trabajar por pequeñas jornadas. A los 12 años, Lina trabajaba en una cafetería del centro de Bogotá para sostenerse y solía charlar con los clientes del local. En una de esas charlas conoció a Berna, un joven de aproximadamente 20 años que era un cliente frecuente. Fue él quien, luego de enterarse de que ella vivía en Ciudad Bolívar, le propuso unirse al grupo de trabajos juveniles que tenía el M-19 en dicha localidad a finales de la década de 1970. La motivación personal de Lina, según ella, era el aprendizaje para la venganza:

Pues la verdad yo traía una historia muy traumática de mi casa, con orgullo, y no pensaba sino en venganza. Entonces encontré pues un compañero – el que me reclutó – y empecé a trabajar con él, a él le decían Berna. Él llegó al restaurante donde yo

trabajaba y nos pusimos a hablar, yo le hacía la charla a la gente que iba, y él iba seguido, y entonces nos pusimos a hablar y como la idea mía era de venganza contra esa señora, cuando el Berna me dice: ‘¿Usted quiere ser guerrillera?’ Yo le dije: ‘¡Uy, de una! ¿Qué hay que hacer?’ Porque yo pensaba eso, sólo en guerra y en odio y en venganzas... Digo yo que seguramente el compañero me vio a mí como la personalidad, digo yo, como yo era lanzada, y seguramente él me analizó a mí como en mi forma de ser y le dio ánimos proponerme. Y ahí empecé pero suave... Él me empezó como a traer no más y ahí fue cuando ya conocí a los de trabajos juveniles, él trabajaba en Ciudad Bolívar y empecé a trabajar de a poquitos, también me empezaron a dar capacitaciones, a estudiar temas políticos y a aprender cosas militares... Y pues, después de tantos años, yo pienso que lo más lindo que logré de todo fue el estudio... Osea no un estudio como formal, pero sí aprendí muchísimo... Porque yo llegué y lo primero que me dijeron fue: ‘Bueno y usted por qué está acá, ¿por qué vino?’ y yo dije: ‘No es que yo quiero aprender porque es que tengo que ir y vengarme, tengo que hacerle algo a esa señora’... Mejor dicho, tengo que ir y matar y... Y ahí el compañero me dice: ‘Un momento, usted aquí no viene a eso, la venganza acá no cabe’. Y comencé así con ellos, estudios con ellos, preparación por un lado, preparación por el otro, y osea ya ahí esa idea como de venganza en contra de mi familia se empezó a ir, se fue calmando, y ellos me decían: ‘Eso no es así, las cosas no son así’. Eso fue lo más lindo que yo aprendí de allá...

Similar al caso de Lucía, Lina encontró en la vida militante una forma de vida familiar que no había disfrutado en su infancia, al enfrentarse a situaciones de abandono y maltrato. Resulta interesante cómo ambas resaltan varias veces lo positivas que resultaban las relaciones de amor y afecto que se entablaban durante la militancia en la organización, y señalaron que estos lazos determinaron su permanencia en el Movimiento. Lina, de hecho, construyó una familia alrededor de la militancia, teniendo dos compañeros sentimentales miembros del M-19 (ambos muertos durante la militancia) y cuatro hijos de estas relaciones. Adicionalmente resulta muy dicente cómo el Movimiento se convierte también, para personas como Lina que eran muy jóvenes al momento de ingresar, en un espacio de formación y aprendizaje con el que no contaban (Lina había abandonado el colegio al huir de la casa de sus padrinos). En ese sentido – a pesar de que en un principio las motivaciones de Lina eran muy particulares y personales – con el transcurso del tiempo, encontró nuevas razones para militar y permanecer en la organización.

Conclusión

El ingreso al M-19, lejos de ser una práctica sistematizada y un proceso uniforme, estaba marcado por las experiencias particulares de cada militante. El modo de contacto inicial con la organización, las formas en la que cada uno desarrolló compromisos políticos, las motivaciones individuales, la vida familiar e incluso la generación hacían del ingreso una experiencia

diferenciada. Sin embargo, en los tres grandes grupos en los que se juntaron los casos individuales se pueden encontrar similitudes parciales. En el caso de “los intelectuales”, el proceso de politización y compromiso con los ideales políticos del M-19 surgen previamente a la militancia. Así, antes de encontrar un contacto que pudiera ingresarlos a la organización, los tres casos de este grupo ya habían decidido militar en el M-19. Adicionalmente, su ingreso se dio en una etapa relativamente temprana de la organización, en la que la mayor parte de sus miembros permanecían clandestinos y cuando no se había intensificado el trabajo público barrial. Eso hizo que estas personas tuvieran que esforzarse buscando un contacto con el movimiento.

En contraste, las “familias de la Anapo” no tuvieron dificultad al momento de decidir su ingreso. De hecho, en este caso las relaciones previas que existían entre estas familias y la Alianza Nacional Popular hizo que el tránsito entre una forma de militar y otra (la del M-19) fuera casi imperceptible, lo que muestra un panorama de relaciones ambivalentes entre la militancia del Movimiento 19 de Abril y la militancia de la Alianza Nacional Popular que, si bien hace falta explorar en profundidad, ya aparece enunciado en varios trabajos de la historiografía nacional como el de Paulo César León y Cesar Augusto Ayala. Adicionalmente, la militancia de estas personas en los comandos barriales, primero de la Anapo y luego del M-19, hizo que los procesos de politización sucedieran en medio de la dinámica cotidiana familiar y vecinal que las personas vivían a diario. Por lo tanto, son casos en los que no son militantes solamente los individuos, sino sus tíos, primos, sobrinos, hermanos, madres y padres. Sin embargo, las trayectorias individuales permiten ver que cada familia constituye un caso particular. El caso de la familia Peña deja ver otros escenarios barriales, como los colegios públicos, y su relevancia en el establecimiento de un contacto inicial con el M-19, a pesar de que existiera una politización previa y un trabajo anterior con la Anapo. La historia de Lucía, por otro lado, deja ver que en la decisión de militar no solamente cuentan motivaciones políticas, sino también familiares y afectivas. De hecho, son los conflictos familiares los que motivan a Lucía, la hija de la familia, a marcharse a vivir con los miembros del M-19.

“Las muchachas y muchachos del barrio” comparten con las familias de la Anapo el hecho de no haber tenido que buscar al M-19 de forma insistente para conseguir ingresar a la organización. Al contrario, la organización los encontró a ellos en los barrios y colegios en los que se movían de forma cotidiana, por lo que su ingreso se dio en medio de las dinámicas vecinales de la vida de los jóvenes. Adicionalmente, los casos individuales muestran la

problemática de la participación en escenarios de conflicto y guerra de niños y adolescentes (ya que ninguno de ellos tenía 18 años al momento de ingresar al M-19). Las experiencias de estas personas comparten el hecho de que, a pesar de no tener las mismas motivaciones que podría tener un activista sindical o un maestro, todos ellos tomaron la decisión voluntaria de participar en las actividades del M-19. El caso de Lina, similar al de Lucía en el grupo de las “familias de la Anapo”, muestra también que no solamente existían motivaciones ideológicas para pertenecer a un movimiento armado, sino que la historia personal, los antecedentes de maltrato y abandono por parte de su familia motivaron también su participación en la organización. Resulta interesante cómo para ellas la participación en la organización implicó la construcción de nuevos afectos y círculos de relaciones interpersonales, y la toma de las armas está enmarcada dentro de una voluntad de fuerza motivada por circunstancias familiares difíciles.

CAPÍTULO 3: APRENDER

En un comunicado emitido en 1986 por el Estado Mayor de la Fuerza Nacional de Operaciones del M-19, se evidencia su preocupación por los procesos de instrucción y capacitación de todas las unidades, incluyendo a las unidades de la militancia barrial. En el comunicado se especifica que será el mando de cada comando el encargado de los procesos de capacitación de sus unidades y se abordan los múltiples campos de formación de los combatientes: preparación física y atlética, capacitación en cuestiones operativas (disparo, ensamble de armas, contenciones, emboscadas), cuestiones de táctica y estrategia en la guerrilla urbana, y discusión de la realidad “social, económica, cultural y política” nacional, del proyecto político del M-19, así como de “la ideología bolivariana como fundamento de nuestra concepción”⁴⁶. Haber participado en este tipo de capacitaciones, en mayor o menor medida, es una característica común a todos los testimonios a partir de los cuales se escribe esta historia. Los entrevistados señalaron, además, que su paso por el Movimiento constituyó una experiencia de múltiples aprendizajes que tuvo un impacto significativo en sus trayectorias vitales. Gerardo, por ejemplo, señaló:

“¡Qué juventud tan maravillosa! No le envidio nada ni a las juventudes anteriores ni a las posteriores, nada, la mía... Para mí, padre real, hacer a quien es Gerardo Moreno hoy, fue el M. No es por despreciar a mis padres, pero mis padres no me dieron lo que me dio el M, el M me dio todo, lo que tengo y lo que soy es del M, no podría dejar de ser del M, no puedo, no puedo porque fueron los que me enseñaron cantidad de cosas... Es una cosa abstracta que se figuraba en personas, su cosa, su forma de vivir la vida, de apreciar a la gente... Yo soy hijo del M.”

Trabajos con testimonios de diversos tipos de exmilitantes en movimientos sociales y políticos han señalado, precisamente, el rol “socializador” de la experiencia activista. La socióloga francesa Julie Pagis, por ejemplo, se ha ocupado de analizar el impacto en las trayectorias biográficas de quienes participaron en el movimiento francés de Mayo de 1968, señalando que si bien existen diversas consecuencias biográficas de la militancia dadas las particularidades de cada individuo, y a pesar de las diversas formas de narración, en todos los casos la militancia en el movimiento francés del 68 generó consecuencias “ocupacionales y políticas” a largo plazo en las vidas de los participantes⁴⁷. Así pues, la forma de Gerardo de presentarse como “hijo del M”

⁴⁶ Comunicado fechado en 1986 dirigido por el Estado Mayor de la Fuerza Nacional de Operaciones del M-19 a cada uno de sus mandos en el país. Original. Mecnografiado. Parte de los archivos personales revisados.

⁴⁷ Julie Pagis. “The Biographical Consequences of Activism in May 1968” en *Sociétés Contemporaines* N 84 (Francia: 2011), 25-51.

puede mostrar precisamente el impacto de la militancia en el M-19 en su propia vida personal posterior, incluso determinando decisiones políticas y ocupacionales futuras (Gerardo estudia en este momento Filosofía en la Universidad Libre, estando a punto de graduarse con una monografía en la que discute sobre el concepto de democracia). De este modo, el paso por un movimiento político o social, en este caso un movimiento guerrillero, durante un periodo de tiempo significativo (mis entrevistados pasaron al menos 6 años en la organización) implicó para las personas la apertura de un nuevo espacio socializador que facilitó nuevas experiencias y aprendizajes, además de nuevos contactos y relaciones sociales.

Sin embargo, las capacitaciones no se experimentaban de la misma forma y rara vez se trataba de un único proceso esquemático y coherente para todos los tipos de militantes. Por ejemplo, el aprendizaje de ciertas técnicas no era necesariamente un paso previo a la implicación de los militantes en tareas más complejas. En ocasiones, las contingencias a las que está sujeta la confrontación guerrillera hacían que los militantes estuvieran dispuestos a improvisar y a aprender a través de la práctica. El caso de Paola permite abordar estas situaciones. A pesar de haber participado en capacitaciones básicas en su casa sobre el manejo de armas pequeñas, ejercicio físico y análisis político, la primera vez que tuvo contacto con un fusil lo hizo en completo desconocimiento y de forma espontánea:

La primera vez que yo tuve que manejar un fusil no tenía ni idea. Me tocó la guardia de doce a dos de la mañana y yo estaba en el monte por primera vez, ni siquiera estaba habituada porque yo venía de la ciudad y la dinámica era muy diferente. Y me dieron ese fusil y me enseñaron esa misma noche: ‘Mire este es tiro a tiro y aquí ráfaga, y si llega a pasar algo usted manda una ráfaga’. Y yo sin entender nada... Al final no lo tuve que disparar, afortunadamente.

De manera formal, el M-19 organizaba esporádicamente escuelas militares en diferentes puntos de sus zonas de influencia en las áreas rurales del país (eran comunes, según las referencias de las entrevistas, los departamentos de Tolima y Cauca), en las que se aprendían técnicas militares sofisticadas y se adelantaban actividades de alta exigencia física. Sin embargo, estas escuelas no eran abiertas para todo tipo de militantes, sino estaban destinadas específicamente a los militantes cuyo potencial militar era informado por los mandos⁴⁸. Así, no todas las personas

⁴⁸ “Se realizarán varias escuelas rurales. Fecha por definir. Solamente los combatientes seleccionados por el mando podrán asistir”. Comunicado fechado en 1986 dirigido por el Estado Mayor de la Fuerza Nacional de Operaciones del M-19 a cada uno de sus mandos en el país. Original. Mecnografiado. Parte de los archivos personales revisados.

asistían a las escuelas “formales” de la organización, pero existían otro tipo de espacios de formación.

Para las “familias de la Anapo”, por ejemplo, tanto la capacitación política como la militar sucedían en las esferas doméstica y barrial alrededor de la cual se desarrolló su militancia en el M-19. Así, familias como la de Rosa y Francy – en cuya casa vivían permanentemente militantes de la organización – experimentaron capacitaciones y procesos de formación que se daban en la cotidianidad de la vivienda compartida. Por ejemplo, la actividad física diaria, a la que se le llamaba “matutino”, hacía parte de las interacciones cotidiana de quienes compartían la vivienda, y ocurría normalmente todas las mañanas antes del desayuno. Adicionalmente era una actividad en la que participaban todos los que habitaban la casa de forma permanente o esporádica. Ocurría lo mismo con las actividades de discusión política.

Este tipo de espacios “domésticos” de formación permiten comprender la militancia barrial de estas familias como una actividad en la que lo doméstico se cruza con lo político, y las dinámicas organizativas con las actividades cotidianas, lo que lleva a replantear las fronteras puestas entre lo privado y lo público, o lo doméstico y lo político. En los comunicados de la organización es evidente el interés de formar los militantes en las escuelas pensadas por el M-19, pero que las casas de los militantes se convirtieran en un espacio de formación es un hecho que no está registrado en las fuentes escritas del movimiento. Francy señaló que ella solo participó en una escuela militar formal de la organización mucho tiempo después de que había iniciado su militancia. Antes de eso, los procesos de formación, para ella, se adelantaban en los espacios domésticos. En sus palabras:

Pero, para nosotros, fue más ‘lo que vaya saliendo se va haciendo’. Ahí no fue como tanta cosa organizada. Yo fui una vez a una escuela pero fue casi que de casualidad, en el Tolima, y ya fue al final, como en el año 88... Antes, todo lo que aprendí fue pues ahí en la casa... Ahí en la casa hacíamos matutino, ejercicio, arme y desarme... Me lo enseñaron ahí mismo en la casa, con lo que había porque nunca teníamos mucho armamento, una pistola, un revólver. Una vez hicimos entre todos un muñeco grande y practicábamos tiro con una escopeta de balines... Pero era todo ahí en la casa. No fue algo como que salgan y vengan a capacitarse, sino que uno lo iba aprendiendo ahí mismo, en lo cotidiano. A mí, lo de las inteligencias, ni siquiera me dijeron qué es inteligencia ni nada sino: ‘váyase y mire y lo que va viendo allá me lo va diciendo’. Después fue que me fui enterando que esa vaina era hacer inteligencia, pero nada formal. A veces, me decían vámonos y en la mochila llevaba yo los petardos y cositas que se hacían también ahí mismo en la casa y uno haciéndolos es que iba aprendiendo. Pero era más ahí en la casa, no era pues la gran capacitación.

Sandra también recuerda que los aprendizajes se realizaban en la cotidianidad de la vida familiar, y que los procesos de capacitación nacían durante la práctica misma. Por ejemplo, la fabricación

de arsenales caseros se aprendía con la acción, y era una actividad en la que participaba todo el núcleo familiar:

Me ponían mucho a hacer las bombas incendiarias, a fabricarlas...Las hacíamos de noche, sobre todo ahí en mi casa. De hecho, casi siempre que íbamos a hacer unas bombas incendiarias, aprendíamos de nuevo...Hacíamos grupos de trabajo para seguir aprendiendo y enseñando a fabricarlas...Eso no era una cosa de 'yo ya me las sé todas entonces voy y me hago tres bombas incendiarias' sino que siempre aprendíamos...

Por otra parte, la anécdota de Paola sobre su primera experiencia con un fusil en la guerrilla rural, citada anteriormente, puede dejar ver que las técnicas y procedimientos militares que se aprendían en el M-19 tenían que ver con el contexto de cada militante. Las diferencias entre las dinámicas de la guerrilla urbana y la guerrilla rural (que se evidencian en la sensación de extrañeza de Paola al estar en el “monte” por primera vez) hacían que militantes como Paola no conocieran el funcionamiento de un fusil pero sí hayan recibido capacitación en manejo de armas pequeñas (más acordes para la guerrilla urbana) y en tácticas de inteligencia que no eran necesarias en contextos rurales.

El interés del M-19 de llevar la guerra revolucionaria al nivel urbano⁴⁹ hizo que sus militantes en Bogotá tuvieran que familiarizarse, capacitarse e interiorizar las estrategias de guerra en la ciudad. Javier – de todos mis entrevistados – fue el único que se desempeñó como instructor en los procesos de capacitación. Él me explicó que las estrategias de guerra estaban basadas generalmente en manuales y experiencias de guerrillas urbanas del continente americano, como los Tupamaros uruguayos⁵⁰, cuyas técnicas eran parte importante de los procesos de capacitación de los militantes de la ciudad:

Enseñábamos un poquito también de artes conspirativas. Y las artes conspirativas eran importantes, era cómo hacer un seguimiento, cómo hacer inteligencia, cómo evitar que lo cogieran a uno, qué hacer en caso de una captura... Leíamos manuales de los Tupamaros, es más, el M-19 urbano era calcado de Los Tupamaros. Más aún, aquí vinieron varios Tupamaros a instruir a los mandos. Y no era solamente las artes conspirativas sino también aspectos más elementales de la vida urbana... Aprender a manejar los buzones por ejemplo, los correos, que parece algo muy elemental pero en realidad tiene su trampa... Los que aprendían a manejar los radios, a distinguir los carros del enemigo, cuáles eran las placas, cómo se distinguía un carro del F2... Yo todavía tengo eso muy interiorizado, todavía no me puedo sentar en una cafetería si no es mirando siempre hacia la puerta de entrada... Siempre cuando teníamos una reunión

⁴⁹ El interés por la guerra revolucionaria urbana que tenía el M-19 y que lo distingue de otras agrupaciones guerrilleras colombianas ha sido subrayado en trabajos como “El M-19 en el contexto de las guerrillas colombianas” de Mario Luna Benítez y la tesis de maestría en historia de la Universidad Nacional de Colombia titulada “La Guerra Revolucionaria del M-19, 1974-1989” de Gineith Narváez Jaimes.

⁵⁰ Este tipo de intercambios de experiencias y los flujos comunicativos entre las diversas agrupaciones guerrilleras del continente pueden constituir un campo de investigación sugerente sobre la constitución de redes revolucionarias transnacionales en la segunda mitad del siglo XX.

hacíamos algo que se llamaba el minuto conspirativo y era discutir primero que todo por dónde vamos a salir en caso de que algo pase, de que caiga la policía o el ejército, dónde nos podemos encontrar...

Los testimonios a los que tuve acceso dejan ver que, en la vida de la guerrilla urbana bogotana, el aprendizaje de estas “técnicas” conspirativas hacía parte de la formación de todos los militantes barriales, quienes a su vez tuvieron carencia en otros aspectos de formación propios de la guerrilla rural como el manejo de armas de gran alcance, la estructuración de campamentos, la elaboración de cocinas y carpas, los desplazamientos en tierra, etc. Militantes como Javier – que pasaron tanto por estructuras urbanas como rurales – tuvieron la oportunidad de conocer ambos campos de la capacitación guerrillera. El contraste entre las formas de adelantar operaciones guerrilleras urbanas y rurales podía generar cierto tipo de conflictos para los militantes urbanos que visitaban las columnas móviles rurales del M-19. Así como para Paola, casi todos los militantes urbanos que tuvieron la oportunidad de conocer la guerrilla rural recuerdan claramente su primera vez “en el monte” y algunos señalaron claramente la sensación de “extrañeza” al provenir de un contexto urbano. Javier, por ejemplo, narró:

Entonces yo llego formalmente al monte y, pues, eso es muy brutal porque uno es ciudadano, la vida del monte es muy muy dura. Un día, el comandante del campamento en el que estaba yo ordena una comisión que tiene que ir por remesa, por la comida de la tropa, y me manda a mí y a un compañerito que se llamaba Farabundo. Entonces teníamos que bajar desde una cordillera hasta el río y ahí nos cargaban con lo que fuera y volvíamos a subir... Me acuerdo muy bien que, a mí, el morral me lo llenan de latas de sardinas, de panela y lentejas. Y, luego, encima del equipo, que ya estaba lleno, me amarran un talego lleno de jabón azul. Me dan una caja de cartón grande y pesada llena de pilas grandes para la linterna... Entonces yo cojo la caja con las dos manos y encima tengo que subir un timbo con gasolina, pero ya no tengo cómo cogerlo, entonces al timbo de plástico le amarran una cabuya y con la cabuya al cuello. Y a eso además añádale el fusil... Y empezamos a subir, y ese hijueputa del Farabundo ya como a los dos segundos iba por allá arriba, y yo no sabía subir bien entonces iba subiendo despacio, y yo ciudadano, y la carga muy pesada, y empieza a llover, hijueputa, y yo pierdo el camino. Lo único que sabía es que era de para arriba... Pasaron cuatro horas y yo no había llegado al campamento... Llegó un momento en el que me senté a llorar y yo pensaba: ‘yo qué hago aquí, yo definitivamente no sirvo pa’ esto, yo llego a salir de esta y mañana mismo pido la baja’... Pero ya cuando empezó a anochecer vi una luz y vi que era el campamento, entonces caminé hacia allá. En la última parte había mucho barro y me tocó subir arrodillado y lo que más putería me dio es que cuando ya estoy cerca me doy cuenta de que Alirio, el comandante, está con unos prismáticos pillándose la vaina, cagados de la risa, mejor dicho he sido el gozaderal de toda la unidad. Yo esa noche me sentí muy humillado, muy muy humillado...

Adicionalmente, resulta muy interesante analizar las distinciones entre los campos de instrucción “militar” y “político”. En los estatutos del M-19 se puede leer una preocupación

por construir una organización político-militar, es decir, donde las actividades militares están respaldadas por reflexiones políticas y donde cada militante no es solamente un buen soldado sino también un buen político. Ello implicaba que los militantes – más allá de sus capacidades militares – debían también volverse potenciales formadores de nuevos militantes: es decir, personas capaces de extender la ideología que caracterizaba al M-19 en las diversas esferas en las que se movían⁵¹. Sin embargo, especialmente entre las personas que iniciaron su militancia a edad temprana y en el contexto barrial, existía una clara diferenciación entre las actividades políticas y las militares, y, en el caso de Lucía y Lina, se señala una preferencia por la actividad militar.

Resulta interesante que ambas resaltan su poca atracción hacia las actividades de capacitación política porque no gustaban de la lectura. En ese sentido, pareciera que se establece un nexo entre el capital cultural (y más específicamente el capital escolar, encarnado en los gustos adquiridos por la lectura, cierto tipo de hábitos de estudio, formas particulares de uso del lenguaje, etc.) y las actividades de reflexión política. En este sentido, el origen social de las personas no era indiferente para poder desempeñarse como instructores políticos del M-19. Estar en capacidad de formar a otras personas en el discurso y la ideología del Movimiento implicaba estar familiarizado con las discusiones ideológicas que sostenían los movimientos políticos de izquierda de la época, alimentados por lecturas en campos como la historia y la economía. Esto nos ayuda a entender por qué perfiles como los de Javier o Alicia (personas que habían adelantado o terminado sus estudios universitarios, que disfrutaban del hábito de la lectura y que se consideraban admiradores de los estudios históricos y políticos) eran los seleccionados para desempeñarse como instructores. En contraste, para quienes eran aún menores de edad, no habían terminado sus estudios de secundaria, y no disfrutaban del hábito de la lectura, era menos probable disfrutar de las actividades de formación política. En palabras de Lina:

Nos daban política pero, a mí, la política nunca me gustó...En cambio, lo militar sí, mucho. En las capacitaciones políticas, yo hacía sobre todo la trama de que leía porque a mí no me gustaba leer, nunca me ha gustado leer... (risas) Me regañaban mucho por eso. Me acuerdo que, a José, que era el instructor político, le sacábamos la piedra. Siempre nos decía: 'Solamente estudien'. A mí, cada nada me pegaba unas vaciadas tenaces por no leer, por no ser juiciosa para estudiar. En una época, nos matricularon

⁵¹ En el documento titulado “Carta a la militancia nacional del M-19” fechado en 1987, el Comando Superior hace especial énfasis en el carácter de la organización político-militar como replicadora de la insurrección a nivel nacional, al buscar no solamente dar acciones contundentes contra las fuerzas militares, sino también acompañarlas con un discurso elaborado y un trabajo comunitario constante, implicándose siempre en las necesidades y problemas de las poblaciones.

en la Universidad Nacional que para hacer unos cursos, y *yo iba pero no entraba...* (risas) Osea, a mí no me gustaba esa parte, la política...La verdad nunca me gustó y nunca he sido juiciosa para el estudio y para leer ni esa parte, la verdad.

En el testimonio de Francy también existe un nexo entre los hábitos y lenguajes de los círculos intelectuales de clase media que hacían parte del M-19 y las actividades que se realizaban en las capacitaciones políticas. A diferencia de Lucía y Lina, ella desarrolló un gusto por las actividades que se adelantaban en las capacitaciones políticas y señala que haber tenido la oportunidad de familiarizarse con hábitos de estudio, lectura y discusión, a los que asocia con los grupos de estudiantes universitarios y profesores que la “instruían” políticamente, fue uno de los aspectos positivos de su militancia en la organización. Estos testimonios permiten pensar que, si bien existían fronteras entre los militantes según su origen social, dichas fronteras no necesariamente eran rígidas y estáticas. Era posible la transmisión de hábitos por encima de las fronteras de clase:

...Ellos [los militantes del M-19 con los que Francy compartió su casa] se la pasaban leyendo periódicos, libros, en una dinámica totalmente diferente a la que se vive en un barrio o en una casa de un sector popular. Y que yo pudiera estar ahí era muy emocionante. Entonces por ejemplo a mí ¿qué castigos me colocaban si no hacía las cosas? Me ponían a leer un libro y que analizara esos libros, me acuerdo por ejemplo de haber leído libros de Olga Behar, pero eran libros del M, eran sencillos. Y así aprendí muchísimas cosas.

El testimonio de Paola también visibiliza la existencia de estas formas de circulación y transmisión de conocimientos entre los militantes de diversas procedencias sociales. Ella reflexiona sobre los efectos de haber compartido su casa con miembros del M-19 que provenían de otras posiciones en el espacio social. Sostiene que estas experiencias ampliaron su panorama en la medida en que la familiarizaron con nuevas prácticas que no eran comunes en su contexto:

Digamos que yo tuve la oportunidad de compartir con gente que había pasado por la Universidad, y creo que, de ahí, me nacen las ganas de querer estudiar. Entonces ya todos eran un poquito más grandes que yo, siempre me cuidaban muchísimo, pero entonces siempre estaban tocando la guitarra, cantando, pasándome libros, poemas, que era otro cuento muy bonito que yo, desde mi barrio y mi familia, no conocía.

A pesar de que es menos mencionado en los testimonios, se puede pensar que la transmisión y circulación de conocimientos y hábitos no ocurría solamente desde los sectores “intelectuales” hacia los jóvenes con menos trayectoria escolar y académica. De hecho, la experiencia de los sectores más privilegiados al tener la oportunidad de descubrir mundos sociales nuevos, explorar formas organizativas y familiarizarse con conocimientos que no se aprenden en una universidad o un colegio es igualmente formadora. En ese sentido, los espacios y experiencias

que no se pretendían “capacitaciones” también eran la oportunidad de intercambiar conocimientos y hábitos de diversas formas, y no únicamente de “arriba hacia abajo” (de los “intelectuales” a los “no escolarizados”).

Volviendo al rechazo de Lucía y Lina hacia las actividades que ellas identifican con el sustantivo de “lo político”, de discusión y capacitación, puede dar lugar a ciertos contrasentidos interpretativos. Se podría concluir, en particular, que sus acciones carecían de respaldo político y que tenían un carácter puramente militar. Que, finalmente, se hubieran podido realizar en cualquier organización, independientemente de su proyecto político. Sin embargo, un análisis más detallado y contextualizado de sus entrevistas nos invita a matizar esta percepción. Si bien manifiestan, en las citaciones anteriores, un rechazo claro a la parte “política” – explicitando que “nunca les gustó” –, en otras partes de las entrevistas se evidencia que sus propias experiencias en la militancia guerrillera estuvieron y están acompañadas de apreciaciones politizadas. Ambas, en el transcurso de las entrevistas, hicieron explícitas sus propias reflexiones alrededor de la desigualdad social, de la falta de vías para participar en el mundo democrático, e incluso habían elaborado un discurso propio de lo que el M-19 defendía ideológicamente. En este sentido, el rechazo que manifestaban no tenía tanto que ver con la política de manera general (en el sentido de un interés por el mundo social y las formas de desigualdades que lo caracterizan), sino más bien con una concepción particular de la discusión política basada en el modelo escolar del “estudio” (frente al cual se sentían – por razones ligadas a sus trayectorias – incómodas).

Es importante reconocer, en ese sentido, que podían existir, dentro del movimiento, no solamente elaboraciones políticas muy diferentes, sino también maneras diversas de relacionarse con la política. Reflexiones políticas de personas como Javier, Olga o Alicia dejan ver un compromiso elaborado a partir de discusiones con varias tradiciones políticas, de ejercicios de lectura en campos como la economía y la historia producto de la socialización en el campo universitario, y que se reflejan en el uso de un lenguaje técnico particular en términos políticos. Alicia, por ejemplo, contaba con una trayectoria en el sindicato de maestros que la había familiarizado con las dinámicas de discusión de las agrupaciones políticas de la época, con su uso del lenguaje, con su manera de llevar a cabo las reuniones, entre otros asuntos. En este sentido, no es sorprendente que los tres personajes “intelectuales” sean los que se hayan movido en el campo de la política electoral después de la desmovilización, ya sea como candidatos o

como asesores de campaña de diversos líderes de izquierda en el país, un aspecto del mundo político al que los demás militantes tienden a mirar con cierto recelo.

De manera sensiblemente diferente, militantes como Lucía, Lina, Francy, Nidia o Rosa construyeron un lenguaje político al que le daban sentido en medio de la práctica militante y de la vida cotidiana. La construcción de sus ideales no pasaba principalmente por la lectura de textos y la discusión ideológica de diferentes tradiciones políticas. Estaba basada más bien en sus vivencias cotidianas y, en el caso de las “familias de la Anapo”, en la identificación previa con una agrupación política. Y, en este contexto, la identificación de personas como Nidia o Rosa con el partido de Rojas Pinilla no provenía tanto de un análisis juicioso del proyecto político de Rojas sino del impacto que el gobierno del General había tenido en sus trayectorias vitales. En ese sentido, la distinción entre los diversos tipos de militantes según su inclinación hacia la política no implica que unos fueran politizados y otros no.

Para no proponer una distinción ilusoria (y políticamente problemática) sobre quiénes eran los militantes “realmente” políticos y quiénes no, me parece importante resaltar la existencia de diferentes formas de relacionarse con la política, alrededor de dos polos principales: una relación intelectual (o escolar) hacia la política y una relación práctica hacia la política. Si es imposible negar que algunos militantes presentaban grados de elaboración ideológica más desarrollados que otros, se puede considerar que estos militantes eran más “politizados” que los otros únicamente si se tiene una definición de la politización como ejercicio intelectual. En contra de esta visión, me parece importante resaltar la diversidad de modos de relacionamiento posibles que cada individuo particular puede establecer con la política, a partir de sus experiencias específicas y de su origen social. Las diferencias radican por ejemplo en la forma en la que construyen sus discursos políticos, en las experiencias que los inspiran y en los lenguajes que cada cual usa para manifestarlos.

Gerardo y Sergio constituyen casos particulares porque, en la actualidad, mantienen una discusión ideológica profunda con respecto a los valores que, para ellos, encarnó el M-19, pero creo que su proceso de politización tuvo que ver no solamente con las capacitaciones que recibieron durante su época de militancia sino también con sus decisiones posteriores (quizás decisiones influenciadas por estas experiencias previas de militancia), como estudiar filosofía y elaborar una tesis de grado alrededor del concepto de democracia en el caso de Gerardo, y adelantar varios semestres de sociología en la Universidad Nacional en el caso de Sergio. En estos casos, las elaboraciones políticas de ambos tienen que ver con sus experiencias vitales

pero también con los capitales culturales adquiridos a través de la educación superior, que les han servido para movilizar nuevas reflexiones y proponer reflexiones retrospectivas sobre sus propias experiencias juveniles.

Conclusión

Los testimonios de los militantes del M-19 sobre las diversas formas en que experimentaron los procesos de capacitación al interior de la organización aportan conclusiones en varios niveles. En primer lugar, pueden mostrar que el M-19 era también un escenario de intercambio de conocimientos y hábitos tanto de manera “formal” (a través de capacitaciones) como de manera “informal” (en el contacto con miembros de otros grupos sociales, en el aprendizaje de nuevas formas de relacionarse, de comportarse, de hablar, etc.). Esto confirma la importancia de analizar los movimientos sociales y políticos como espacios de socialización, teniendo en cuenta la importancia que tiene esta socialización en las trayectorias vitales de los individuos. Existe allí un diálogo interesante entre lo que dicen las fuentes escritas de la organización y lo que dicen los testimonios orales.

Por un lado, en los documentos se lee la preocupación por facilitar escenarios formales en los cuales los militantes pudieran adquirir los conocimientos necesarios para desempeñarse de manera exitosa. Sin embargo, los testimonios dejan ver que la asistencia a ese tipo de escenarios no era una regularidad o una norma. A pesar de esta carencia de espacios “formales” de capacitación para todos los militantes, los espacios domésticos y cotidianos se convertían en espacios de capacitación política, especialmente en los casos de las “familias de la Anapo”, quienes compartían un espacio físico de residencia con miembros de la organización. Como he señalado, estos espacios domésticos de formación política y militar proponen una relación no de oposición, sino de cruce, entre lo doméstico y lo político.

En segundo lugar, la distinción entre los contenidos que se privilegiaban en los contextos de la guerrilla urbana y la guerrilla rural muestra los contrastes que existía entre el ejército urbano y el ejército rural del M-19, y los efectos que la oposición entre ambos tenían en los individuos que pudieron hacer un tránsito entre un medio y el otro. En ese sentido, tener en cuenta la particularidad de los testimonios de la militancia urbana de los miembros del M-19 de Bogotá lleva a pensar que las dinámicas de diferenciación al interior del movimiento no solamente podían ocurrir en términos de clase social y posesión de capitales, género e identidad sexual, o incluso raza, sino también en cuanto al contexto de la militancia: rurales y urbanos.

Finalmente, la oposición que dos entrevistadas hicieron entre los contenidos “militares” y “políticos” nos invita a reflexionar sobre el nexo entre las actividades políticas y la posesión de capital cultural, que exploraré en la sección siguiente. Existía, ciertamente, una distinción entre diversas formas de relacionarse con lo político que dependían de los orígenes sociales y las experiencias particulares de cada individuo. En ese sentido, quienes provenían de sectores más privilegiados, con trayectoria en el mundo académico y gusto por hábitos asociados al capital escolar como la lectura y la discusión, tenían formas particulares de relacionarse con la política que facilitaron el hecho de que se convirtieran en “capacitadores” o por lo menos líderes visibles en ese aspecto dentro de la organización. Eso no significa que quienes no hacían parte de estos grupos no tuvieran ningún tipo de relación con la política, sino que esta relación ocurría de forma más “práctica”, inspirada en las experiencias personales y en el impacto de la militancia en sus propias vidas. Sin embargo, a pesar de la existencia de este tipo de diferencias, las fronteras entre unos grupos sociales y otros eran transitables y, de nuevo, siendo el M-19 un espacio de socialización entre diversos mundos sociales, se daba también un intercambio de hábitos y conocimientos entre unos y otros. Si bien el testimonio de Francy y Paola ilustran un intercambio de este tipo entre “los intelectuales” y ellas, no hay razones para pensar que no existían intercambios en el sentido contrario.

CAPÍTULO 4: OCUPAR UNA POSICIÓN

Los movimientos guerrilleros – al ser no solamente organizaciones políticas sino también ejércitos – han constituido de forma general organizaciones verticales, con estructuras jerárquicas claras y una sofisticada división de tareas. Por tanto, las diversas experiencias de cada militante durante su paso por el movimiento están relacionadas con las diferentes posiciones que ocupó cada uno mientras estuvo en la organización. El M-19, al igual que las demás guerrillas del país y dado su carácter de organización político-militar, había definido a partir de 1974 una estructura vertical de mando, cuya función era organizar el trabajo de cada militante en el movimiento. Con base en las actas de la Conferencia Nacional del M-19 de 1978, una de las primeras grandes reuniones del M-19 (antes se habían celebrado varias juntas de carácter más cerrado en las que participaba únicamente el Comando Superior), Darío Villamizar, en su libro *Aquel 19 será*, reconstruye los aspectos fundamentales de la estructura organizativa del Movimiento 19 de Abril:

El M-19 conforma una estructura vertical, compartimentada y centralizada que de abajo hacia arriba se constituye así: 1) Los militantes, miembros de un comando de base, son oficiales, en relación directa con las masas y con simpatizantes y premilitantes 2) Oficial segundo es el responsable de un comando de base, que tendrá entre tres y cinco miembros 3) Un oficial primero es el encargado de tres a cinco comandos a través de sus oficiales segundos; junto a ellos formará una dirección intermedia 4) A cargo de un oficial mayor estarán de tres a cinco oficiales primeros, es decir, tres o cinco direcciones intermedias; con ellos conformarán una dirección de columna, que tendrá entre 27 y 125 oficiales 5) El oficial superior tendrá a su cargo tres o cinco oficiales mayores con quienes formarán la dirección regional 6) Los oficiales superiores mejor evaluados harán parte del comando superior, máxima instancia de conducción del movimiento mientras no esté reunida la Conferencia Nacional o mientras no se reúna la Dirección Nacional, en la que se encuentran los oficiales mayores y superiores. Al mando de estos oficiales superiores y de toda la organización estará el comandante o jefe político-militar⁵²

Las posiciones de mando, desde oficial segundo hacia arriba, implicaban cierto tipo de privilegios al interior del movimiento. Por ejemplo, garantizaban la posibilidad de ser elegido por la comandancia como integrante de uno de los organismos máximos de dirección: la Dirección Nacional. Tanto Alicia como Javier se desempeñaron como oficiales primeros y, en diferentes momentos, ocuparon un lugar dentro de este organismo, lo que implicó que tuvieran una capacidad mayor de participar en la toma de decisiones organizativas. Adicionalmente, el

⁵² Darío Villamizar, *Aquel 19 será* (Bogotá: Editorial Planeta, 1995), 108.

lugar de mando permitía tener un contacto directo con esferas más altas en la escala jerárquica y, por tanto, construir una red social con los comandantes generales y garantizarse una suerte de “nombre” dentro de la organización. En el desarrollo de las entrevistas, pude ver que ser reconocido como parte importante del movimiento era un aspecto valorado por los militantes. En ese sentido, hacer parte de los organismos de dirección no era solamente la posibilidad de ejercer poder y participar en las disposiciones organizativas, sino también constituía, para las personas, un reconocimiento simbólico al trabajo personal y al compromiso con la organización (además de incrementar la sensación de pertenencia al movimiento).

Resulta interesante que – de mis entrevistados – fueran precisamente Alicia y Javier quienes se desempeñaran como mandos, siendo indisputablemente las dos personas más cercanas de lo que podríamos llamar “legitimidad cultural”: tenían en común no solamente la capacidad de manejar un lenguaje político reconocido, sino también la posibilidad de respaldar tanto sus ideas como sus acciones sobre la posesión de capitales culturales (en particular escolar) y sociales. La trayectoria de Alicia en diversos campos – como el sindicalismo y la educación – le permitió adquirir conocimientos en el campo de la discusión política, así como contactos al interior de diversas agrupaciones de izquierda. Javier, por su parte, ostentaba un capital cultural importante, evidenciado en sus títulos profesionales, así como en su gusto por la lectura, la historia y la economía. Que ellos dos ocuparan las posiciones superiores (de todos mis entrevistados) en el campo de la militancia urbana en Bogotá dice bastante sobre la importancia que tuvo la posesión de capital cultural en la creación y consolidación de liderazgos al interior del M-19.

Pierre Bourdieu – en su trabajo *La Reproducción. Elementos para una teoría del sistema de enseñanza* adelantado junto a Jean-Claude Passeron – explica cómo los éxitos de los estudiantes en el sistema educativo francés, explicados frecuentemente por méritos y capacidades individuales, obedecen también al peso del capital cultural incorporado que han podido acumular en espacios de socialización como la vida familiar y la formación extracurricular (o, para decirlo de otra manera, muestran como estos méritos y capacidades que son pensados como puramente individuales son en realidad indisolublemente sociales). Así, la posibilidad de ocupar un lugar privilegiado en un entorno dado no se explica solamente con las capacidades individuales de las personas, sino también a través de aspectos de diferenciación social que

existen por fuera del ámbito escolar⁵³. En el caso de mis entrevistados, un examen de las trayectorias vitales de quienes alcanzaron una posición de mando medio dentro de la organización evidencia que ocupar un lugar privilegiado en el M-19 dependía, en parte, de capacidades individuales como construir un buen discurso político, desempeñarse como agitador o ser un buen soldado. Sin embargo, estas capacidades no estaban distribuidas entre los militantes al azar, sino que estaban asociadas a diversos tipos de capitales que los individuos lograban movilizar. En otras palabras, las capacidades individuales que se consideraban relevantes para ocupar un rango medio en la organización habían sido, en realidad, adquiridas por fuera del movimiento y facilitadas por la posesión de diversos tipos de capitales. Esto significa que quienes habían ocupado (o que venían de familias que habían ocupado) posiciones comparativamente dominantes por fuera de la organización tenían también más probabilidades de ocupar posiciones dominantes al interior de la organización. Así, incluso en un movimiento político que pretendía superar las jerarquías sociales existentes, se replicaban las formas de desigualdad.

Los aspectos relacionados con los privilegios ligados al origen social dentro del M-19 tenían consecuencias sobre otros aspectos de la vida guerrillera, además de las posiciones de mando en la jerarquía organizativa. Por ejemplo, tanto Alicia como Javier contaron durante la militancia con un círculo familiar y una vida laboral que les permitía solventar la falta de ingresos de la vida como guerrilleros. La precariedad económica es uno de los factores que recuerdan quienes se dedicaban a tiempo completo a la organización, ya que carecían de otro tipo de actividades que les brindaran sustento económico a ellos y a sus familias (casi todos señalaron que la militancia aportaba muchas experiencias que no eran reconocidas como “laborales”). De hecho, de todas las personas con las que hablé, ninguna comentó haber contado con algún tipo de ayuda económica o “sueldo” por parte de la organización. Entre las experiencias de (relativa) estabilidad laboral y (relativo) bienestar económico de los dos mandos en Bogotá y las experiencias de militantes como la familia Peña, las distancias son evidentes. El mando inmediato de la familia Peña era Alicia, y los privilegios con que contaba eran evidentes a ojos de Sandra, quien narra:

Nosotros teníamos unos puntos que eran los *automáticos*, que eran citas que uno tenía regularmente con el mando. Por ejemplo, tú tenías un automático y era todos los lunes a las cinco de la tarde en la panadería. Osea todos los lunes tú tenías que presentarte

⁵³ Pierre Bourdieu y Jean Claude Passeron, *La Reproducción. Elementos para una teoría del sistema de enseñanza*. (Barcelona: Editorial Fontamara, 2000).

ahí a las 5 de la tarde para verte con el mando. Y hay algo que me daba tanta rabia y es que uno llegaba ahí a verse con el mando y el mando siempre estaba muy bien vestido, osea tenía sus buenas botas, su buena ropa, su buena pinta, y además tenía para el taxi, en cambio uno llegaba a pata, aguantando hambre, necesidades, y comiéndose pues la mierda del mundo...Y una vez me dijo Alicia: 'Compañera, cuando llegue a cumplir un compromiso tiene que llegar desayunada o almorzada, con lo de su bus o su transporte, y dispuesta a trabajar'... Y eso me dio tanta ira, porque era desconocer las necesidades que nosotros pasábamos para estar ahí.... Y pues por ejemplo Alicia y yo quedamos embarazadas casi al mismo tiempo, en diciembre del 86. Resulta que ella fue a visitarnos un día a la casa, y su bebecita tenía como 8 meses, la mía como 10. Ay, ¡Y cuando yo la veo llegar!... Mira, puede que se llame resentimiento, o puede que se llame envidia, porque cualquiera le puede poner el nombre que quiera a lo que uno siente, y yo podría decir que todas juntas...Pero ella llega a mi casa y su bebé tiene unas cobijas hermosas, un sleeping hermoso, una pañalera muy linda y unos teteros divinos, y yo tengo a mi bebecita en una situación de tener dos vestiditos, yo tenía que lavarle y ponerle, y yo veía a Alicia tan privilegiada...Yo veía que ella tenía un brasier de esos que se usan para maternidad que se quitan los broches, y además tenía esas copas que recogen la leche de manera muy higiénica y todo eso. Y yo con un pañal metido entre mis tetas para que no se me enlagara el pecho por la leche ¿sí? Con una cesárea mal cuidada y con mi bebé y mis papás pasando unos problemas económicos durísimos...

El hecho de que Sandra tenga hoy – más de treinta años después del encuentro con Alicia– recuerdos tan claros y detallados (sobre el brasier, las cobijas, los vestidos, etc.) indica que se trata de un encuentro que le causó un impacto tremendo en el momento en el cual tuvo lugar. Independientemente de qué tan transformado esté el recuerdo o cómo ha cambiado la forma en la que Sandra lo ha concebido y narrado en los últimos treinta años, el hecho de que haya elegido narrarlo al preguntarle por su relación con los mandos en la organización dice bastante sobre el significado que ella le da en su vida presente.

Lógicas de género en la división del trabajo organizativo

Lo señalado anteriormente sobre la correspondencia entre posiciones privilegiadas en el M-19 y la posesión de diversas formas de capital no significa que las diferencias ligadas a la posición en el espacio social fueran el único factor significativo al momento de ocupar una posición determinada en la jerarquía organizativa del M-19. Todas las mujeres entrevistadas (9) señalaron que les parecía cuestionable la ausencia de un número significativo de mujeres en los puestos de dirección de la organización, pues eran contados los casos en los que las mujeres eran mandos. Adicionalmente, y como se ha señalado en el artículo de Patricia Madariaga sobre la participación femenina en el M-19, las mujeres que ocuparon lugares de dirección provenían

casi siempre del ámbito urbano, del medio universitario y de clases medias⁵⁴. Por ejemplo, en el comando superior, formado por 18 personas, Vera Grabe fue la única mujer participante. Ella había sido estudiante de antropología de la Universidad Nacional de Colombia, amiga personal de Jaime Bateman e integrante del grupo inicial de jóvenes estudiantes que hicieron parte de la organización que le dio origen al M: Comuneros.

Ella ha señalado en varias entrevistas así como en su autobiografía *Razones de vida*, las dificultades iniciales de las mujeres para encontrar una posición reconocida en el Movimiento. Narra en una entrevista, por ejemplo, las disputas iniciales con el comandante general Jaime Bateman, quien señalaba en la Octava Conferencia del M-19 (celebrada en 1982 y destinada a discutir la conformación de un ejército capacitado militarmente) que: “En este ejército no debe haber mujeres porque eso crea demasiados problemas. Mujeres en el ejército no hay, ni siquiera en el ejército soviético”⁵⁵ a lo que las mujeres contestaban: “Aquí estamos ¿qué van a hacer? ¿Nos van a echar o qué?”⁵⁶. Alicia – a pesar de ser un mando organizativo y contar con ventajas económicas y un capital cultural y social que le daba cierto peso en el Movimiento – señaló que ser mando y ser mujer implicaba un doble desafío:

Hubo gente que me decía: ‘yo no me voy a dejar mandar de una mujer, no, de ella no’. Además porque, yo digo, cuando uno se gana una posición de dirección aquí es porque se la ha ganado dos veces. Una vez, no nos la reconocieron, siempre el reconocimiento era más para el varón, se ve más lo que él plantea. Y también eso genera la inseguridad de las mujeres en su planteamiento. Entonces sí se interviene en las reuniones, se dice, se habla, pero en la medida en que se les desconoce su planteamiento, no hay seguridad para defender las propuestas femeninas. Y nos faltaron muchas mujeres en la dirección.

En su tesis doctoral en Estudios de Género de la Universidad Complutense de Madrid, María Eugenia Ibarra Melo da cuenta de las transformaciones en las identidades de mujeres que pasaron por agrupaciones guerrilleras y luego por procesos de paz. Ella presenta un argumento similar con respecto a la división del trabajo por género en diferentes organizaciones guerrilleras colombianas (el EPL, el ELN y el M-19). La autora señala que es un tema común entre sus entrevistadas la falta de reconocimiento a los aportes femeninos y la reproducción de roles de género tradicionales en la división del trabajo organizacional. En sus palabras:

⁵⁴ Patricia Madariaga. “Yo estaba perdida y en el M me encontré”, *Controversia* 187 (2006), 125.

⁵⁵ Vera Grabe lo cita de esta forma en la entrevista y en un testimonio que hace parte de la compilación titulada *Bateman*. No son hay manera de saber si son las palabras originales de Jaime Bateman al respecto.

⁵⁶ Entrevista a Vera Grabe citada en: Beatriz Toro, *La revolución o los hijos: Mujeres y guerrilla*. (Bogotá, Departamento de Antropología: Universidad de los Andes, 1994).

El patrón de asignación de tareas obedeció, en muchos casos, a la reproducción de las concepciones sexuales normativas... La igualdad se refería a ser como ellos, es decir, que era entendida en términos de asimilación de los atributos masculinos y, por lo tanto, en este proceso eran las mujeres las que negaban aspectos de su identidad y no los hombres. Esta cuestión imposibilitó mayores aportes para la transformación cultural de asuntos que requerían ser modificados en esos espacios y que, por el contrario, terminaron reforzados

57

Teniendo en cuenta que los espacios de guerra son asociados frecuentemente a nociones social e históricamente situadas sobre la masculinidad, la irrupción de mujeres en estos espacios podía generar diversas situaciones de malestar: en algunos casos se daban situaciones explícitas de exclusión y discriminación (como en el discurso antes mencionado del comandante Bateman), y en otros casos, las formas de dominación masculina eran más sutiles. Se podía hablar, por ejemplo, de “igualdad” de género, pero esta era generalmente comprendida en la medida en que se compartían los atributos masculinos, pero no los femeninos. Efectivamente, en testimonios como el de Paola, se evidencia que la importancia de los aportes femeninos a la organización, especialmente los de carácter militar y de mando, eran evaluados y reconocidos, pero en términos masculinos:

Se veía la desvalorización de la mujer en el sentido ¿a ver cómo lo explico?.. Hace poco le decía a un compañero que si uno era buena en lo que hacía, entonces era una ‘varona’. No éramos mujeres sino *varona* y, por eso, estábamos a la par. Entonces nos tocaba medirnos igual a la guardia, a la leña, a cocinar, a lavar, a hacer todo. Pero si lográbamos hacer lo mismo no éramos mujeres sino *varonas*, masculinizadas...

En este sentido, las vivencias individuales y el origen social de cada individuo no constituían particularidades de las cuales cada cual podía deshacerse al momento de ingreso, sino que jugaban un papel importante para moldear las experiencias guerrilleras de cada uno. Estos factores influían por ejemplo sobre las posibilidades que cada uno tenía de ocupar una posición significativa en la organización y de participar en la construcción del Movimiento, a pesar de que el M-19, en sus estatutos, se definiera como democrático y plural:

La voluntad mayoritaria como máxima expresión democrática es soberana. La construcción de la democracia implica tener en cuenta los intereses de las minorías y de los individuos, así como su expresión y participación en la toma de decisiones⁵⁸.

⁵⁷ María Eugenia Ibarra Melo, *Transformaciones identitarias de las mujeres como resultado de su participación política en las guerrillas y en las acciones colectivas por la paz en Colombia*, (tesis doctoral en Estudios de Género, Universidad Complutense de Madrid, 2007), 246-247.

⁵⁸ Estatutos del Movimiento 19 de Abril. Capítulo I: Principios. Artículo 12. Original. Mecnografiado. Obtenido a través de archivos personales.

Nos encontramos aquí con una de las tensiones constitutivas de muchas de las organizaciones que – como el M19 – se han propuesto impulsar un proyecto revolucionario abierto, democrático y plural, en el marco de una estructura basada en un orden vertical y jerarquizado, diseñado para garantizar la eficacia de las acciones de guerra. En algunos casos, la contradicción entre el discurso revolucionario y las prácticas jerarquizadas generaban conflictos y disgustos para los militantes, como en el caso de Sandra o Gerardo. Pero en otros, las prácticas de reproducción de jerarquías sociales ocurrían de forma inconsciente, al estar fuertemente interiorizadas y naturalizadas por los militantes.

Hasta ahora, se ha mostrado cómo el M-19 era una organización que – consecuente con el propósito de ser no solamente una agrupación política sino también un ejército – creó una estructura de división de tareas jerarquizada. Estas jerarquías no estaban alejadas de las relaciones jerárquicas de clase y género presentes por fuera del mundo guerrillero, sino que de hecho parecían reafirmarlas en algunas ocasiones, generándose tensiones entre los discursos y las prácticas de los militantes.

Funcionamiento cotidiano de la jerarquía

Hasta el momento he señalado las formas en que la jerarquía organizativa parecía reproducir relaciones jerárquicas de clase y género al interior del movimiento, generando tensiones entre los discursos revolucionarios y las experiencias de exclusión directas o sutiles de los militantes. En esta sección intentaré mostrar que la jerarquía organizativa no funcionaba de manera perfecta. Los límites entre estar dentro o fuera del movimiento, entre pertenecer o no a la militancia, entre ser mando o no serlo no eran siempre claros y, en algunos casos, podían transgredirse. De hecho, muchos de los relatos recopilados muestran cómo las ambigüedades de las jerarquías organizativas parecían comunes en la vida militante. Si bien existía una estructura jerárquica con efectos evidentes en las relaciones entre los militantes, el funcionamiento práctico de esta estructura jerárquica no siempre coincidía con lo que se podía esperar desde un punto de vista normativo y oficial. En otras palabras, a pesar de las fuertes relaciones jerárquicas de las que he venido hablando, siempre parecía existir espacios para la transgresión y el tránsito entre las fronteras y los límites.

Hacia 1985, un miembro del Comando Superior del M-19, Afranio Parra, propuso organizar a la militancia barrial del movimiento en un grupo al que denominó “Milicias Bolivarianas”. En el comunicado interno de la organización en el que se definían estas

“milicias”, fechado en 1987, se realizaba una distinción marcada entre las tareas de los milicianos (asociadas más al trabajo comunitario) y las tareas de quienes hacían parte de una suerte de ejército especializado y de tiempo completo del M-19 como tal, leyéndose la preocupación por evitar que las milicias participaran del tipo de acciones militares que estaban destinadas a estructuras jerárquicas diferentes y especializadas:

El miliciano del M-19 es quien trabaja en beneficio de la comunidad y no del M-19. Y volvemos a enfatizar sobre eso porque a veces nos confundimos, a veces les pedimos a las milicias que sean el M-19. Entonces trastocamos el sentido histórico de las milicias. Si las milicias comienzan a dar un viraje de sus fuerzas centrándose en la comunidad, si dejan de sentirse forzadas a mostrar la respuesta de propaganda que corresponde al M-19, si deja en manos del ejército las tareas militares especializadas, si asume la promoción comunitaria como centro de todas sus fuerzas, tenemos la seguridad de que vamos a desarrollar las Milicias Bolivarianas que plantea Afranio⁵⁹.

En los comunicados del movimiento, pues, se aclaraba la separación existente entre las tareas comunitarias de los milicianos y las tareas militares de quienes eran parte del “ejército regular” del M-19. Sin embargo, muchos milicianos tomaron parte de las acciones militares especializadas e incluso aspiraban a hacer parte de grupos encargados de los operativos militares urbanos de importancia, denominados “Fuerzas Especiales”. Por ejemplo, Lina, a pesar de integrar la estructura de trabajos comunitarios juveniles en Ciudad Bolívar, después de hacer parte de un operativo de robo de armas en Mariquita, pasó a integrar las Fuerzas Especiales:

...Y entonces, después de eso, ya solamente me vuelven a llamar para los operativos de las Fuerzas Especiales, como que empezaron ellos a confiar más en mí... A mí me llamaban sin yo saber a dónde iba, ni qué iba a hacer, ni cuál era exactamente mi estructura, hasta que tiempo después me enteré de estar trabajando en *la especial*. Eso se sabía porque uno se daba cuenta que lo llevaban a más operativos, pero eso no se daba hasta que se daban cuenta que uno cumplía con el trabajo y que era bueno militarmente, a uno lo probaban primero, sirve o no sirve. Yo creo que a mí me llevaron a ese operativo en Mariquita para probarme, a ver qué tan buena era yo...

Para militantes como Javier, las Fuerzas Especiales eran la élite militar del M-19 y contaban con ciertos beneficios organizativos. Muchos de los militantes que no pertenecían a este grupo aspiraban a serlo como un reconocimiento a sus capacidades militares. Sin embargo, Lina perteneció durante mucho tiempo a dicha estructura sin saber que, para otros, pertenecía a un grupo enormemente privilegiado de la organización; a pesar de que ella misma se consideraba en situación de desventaja. El caso de Lina es interesante deja ver que, a pesar de que la organización se había propuesto lo contrario, el tránsito entre las estructuras barriales milicianas

⁵⁹ Carta Nacional del M-19: De la Comandancia General para La militancia y sus respectivas estructuras. Octubre de 1987. Pp. 5-6.

y las fuerzas militares especializadas era posible. En ese sentido, no había una división radical definitiva entre un campo de trabajo y el otro.

De este modo, la estructura jerárquica tal como estaba planeada en los documentos oficiales no correspondía necesariamente con las prácticas de la organización. El trabajo con fuentes orales permite precisamente identificar las tensiones entre los planes organizativos plasmados en los documentos oficiales y las experiencias de los militantes, dejando ver aspectos de la estructura organizativa que no son visibles desde la aproximación documental. Según lo encontrado en algunas entrevistas se trataba, por decir lo menos, de una estructura móvil y cambiante: los mandos se rotaban, algunas estructuras especializadas se formaban para el ejercicio de ciertas tareas y luego se disolvían, las personas no tenían siempre mucha claridad sobre la posición que ocupaban dentro de la organización, etc. Existían incluso estructuras que funcionaban sin un nexo permanente con el comando superior. Javier – quien, como lo he señalado, ocupó un puesto de oficial primero en la organización – se alejó del movimiento durante el período 1978-1979 por haber tenido un problema de dinero con su mando inmediato. Sin embargo, eso no le impidió seguir encabezando durante ese periodo pequeñas acciones con un grupo de subordinados que estaban convencidos de que hacían parte de la estructura formal de la organización:

Entonces yo quedo marginado del M-19, quedo al margen de la organización porque ellos creen que fui yo el que me quedé con la plata. Además, yo me perdí para que no me buscaran. Pero, entonces, yo fui por otro lado gestionando la construcción de mi propia estructura, sin ser del M. Entonces yo fui consiguiendo un grupito de amigos que querían ser del M-19 y que me veían a mí como el emisario de la organización, pero realmente ese era mi combito personal pequeño. Y con un amigo del M que yo tenía, él me prestaba sus boletines de “Oiga hermano” y yo los fotocopaba y se los repartía a la gente de mi estructura, para que siguieran teniendo fe en mí de que yo sí era el contacto del M-19... Básicamente yo estaba armando un grupo guerrillero de seis personas a mi mando pero yo no estaba integrado formalmente a la organización...

La anécdota anterior deja ver también que la participación en la organización no garantizaba un ingreso “definitivo” al movimiento, y que, de manera recíproca, alejarse de las actividades organizativas no implicaba necesariamente una salida definitiva. Este tipo de situaciones se facilitaba porque – debido al carácter mismo de la organización, fuertemente clandestina en el mundo urbano – se carecía de técnicas de identificación (a distancia o incluso cara a cara) para tener un registro preciso de cada uno de los militantes. Muchos militantes solo conocían de la organización un grupo muy reducido de personas con los cuales tenían contactos regulares. Por ejemplo Javier, quien solamente tenía contacto cercano con Casas, el profesor de arte que había

facilitado su ingreso al movimiento. En este contexto, es evidente que muchos de los militantes solían gozar de un conocimiento muy limitado del funcionamiento de la organización. Y, de manera más sorprendente, se puede anotar que incluso los mandos podían tener una idea muy imperfecta de quienes eran sus subordinados. De este modo, los límites entre el “adentro” y el “afuera” de la organización eran más bien transitables.

Lucía, por ejemplo, narró cómo, después de pasar por una experiencia de acoso sexual, abandonó las actividades de la organización, para luego regresar en varias oportunidades. En el caso de Lucía, sus regresos sucedían porque el M-19 no era solamente una organización político-militar jerárquica, sino también una red de amistades, de afectos y relaciones interpersonales (como lo hemos entendido en los capítulos anteriores). Los lazos de amistad que Lucía había construido durante la vida en común (que, además, fue larga y permanente porque desde que ella se marchó de su casa, a los trece años, compartió vivienda con miembros de la organización) la invitaban a sumarse a operativos, reuniones y discusiones, por lo que su salida no era definitiva. Es más, algunas veces realizaba actividades simultáneas en estructuras diferentes sin conocimiento de los mandos (lo cual estaba oficialmente prohibido en los estatutos de la organización).

Varios de los entrevistados señalaron que la comunicación entre estructuras, especialmente en el ámbito urbano, no era siempre efectiva. Eso ocasionaba no solamente que pudieran ocurrir malentendidos en el desarrollo de acciones militares sino también que los mandos tuvieran un control limitado de las personas a su cargo. Eso dejaba, para los militantes, un margen para las acciones individuales que se pueden leer como trasgresoras de la jerarquía organizacional, como el hecho de que Lucía participara simultáneamente de dos operativos con dos estructuras de mando diferentes. Lucía y Lina me explicaron también que, en varias oportunidades, teniendo poco dinero para sostener sus actividades políticas, decidían ir por su cuenta a “recuperar” mercados, comida y materiales. Eran operativos espontáneos y, por supuesto, realizados sin conocimiento ni autorización de las estructuras jerárquicas de mando. En otras palabras, más cercanos a robos extra-ideológicos que a actividades político-militares autorizadas por la organización⁶⁰. Lucía, por ejemplo, narra la siguiente anécdota:

⁶⁰ En el libro *Bandoleros, gamonales y campesinos*, Donny Meertens y Gonzalo Sánchez se ocupan de analizar el bandolerismo rural durante la década de 1940 y 1950, entendiéndolo como un fenómeno que tenía características de reivindicación socioeconómica individual (robos a terratenientes, etc.), llamándosele “bandolerismo social”, pero también con significados políticos para uno u otro de los partidos tradicionales dominantes en la época, denominado “bandolerismo político”. Si bien Sanchez y Meertens se ocupan de un contexto diferente, sería

Hombre, nosotros casi todo el tiempo no teníamos ni una moneda de a peso. ¡No teníamos para nada! Estábamos aguantando hambre pero éramos felices. Y resulta que éramos un combo como de 26 compañeros e íbamos a la carrera 30 con calle segunda, en un parquesito que hay ahí a hacer *matutino*, entonces con un hambre la verraca, nosotros ahí haciendo ejercicio pero con un hambre la verraca porque ninguno tenía para desayunar... Bueno, quedaba cerca un restaurante finito, y yo le dije a unos compañeros: ‘Ay, hermano, metámonos y desayunemos aquí’. Dicho y hecho nos metimos los veintipucho a desayunar, eso sí un buen desayuno y ahí la pasamos de cuento en cuento... Pero nadie preparó cómo lo vamos a hacer, qué vamos a hacer, cómo vamos a salir, no, nada. Cuando más o menos a la hora nos dijeron que por favor desocupáramos. El administrador se acerca, claro, porque nosotros estábamos de risotada en risotada y eche cuentos. Yo sí estaba echando cabeza: ‘¿Cómo lo hacemos?’, pero no le pregunté a los compañeros cómo lo vamos a hacer, no planeamos nada. Pero yo vi que ellos no reaccionaban y que el señor nos dijo ‘por favor desocupen’, pues yo lo que hice fue subirme a una mesa y empezar a gritar consignas: ‘M-19, presente, presente, presente’ y varias vainas así. Y los locos salgan y salgan corriendo, y cuando yo me doy cuenta estoy sola, estos verracos ya iban adelante, corriendo. Y claro, cuando yo me vi sola llegué y PUM! Salí corriendo...

Por otro lado, en el análisis de las fuentes encontré también que los límites entre el trabajo de colaboradores, simpatizantes y militantes eran difusos. Sin duda existían personas en los barrios cuyo vínculo con el M-19 se limitaba a haber guardado algunas armas en una o dos oportunidades, haber compartido con ellos un tinto o haber participado en algunas de sus actividades comunitarias. En ese sentido, considerar a toda persona que hizo parte de este tipo de actividades como militante en igual medida que quienes tenían un compromiso fijo con la organización resultaría problemático. Como quisiera profundizar más adelante, el barrio era precisamente el escenario para un intercambio y trabajo conjunto entre la comunidad y el movimiento guerrillero. Sin embargo, el lugar de varias personas no es tan fácilmente identificable y existía un continuo, más que una frontera clara, entre uno y otro tipo de involucramiento en el movimiento.

Sergio, por ejemplo, como he señalado en el segundo capítulo, ingresó al M-19 en 1979 en medio de las dinámicas vecinales del barrio Quiroga. Él define su rol en la organización como “retaguardia estratégica”. Su casa funcionaba como lugar de paso para militantes que venían de otros puntos del país, donde se realizaban reuniones y planes de operativos. Él también guardaba y transportaba armas y ayudaba ocasionalmente con la elaboración y repartición de panfletos. No participó directamente en ningún operativo de la organización, aunque sí estuvo presente

interesante analizar cómo estas formas del “bandolerismo social” y el “bandolerismo político” se pueden cruzar en relatos como el de Lucía.

en los Campamentos de la Paz de 1984 y estuvo preso por participar del Paro Nacional que apoyó el M-19 en 1985. Sería lógico incluirlo dentro de los “colaboradores” si nos guiáramos por el tipo de actividades que llevó a cabo en la organización. Sin embargo haber estado preso por su pertenencia al Movimiento hace que no sea tan fácil señalarlo como “simpatizante” y no como un “militante”. Además él mismo se identifica plenamente como militante del M-19 y compartió experiencias de la militancia con los demás, haciendo parte de las redes de relaciones sociales de las que se componía el Movimiento en Bogotá.

Por otro lado, resulta importante entender cómo la distinción entre “colaboradores” y “militantes de tiempo completo” puede tener consigo cierto tipo de intención descalificadora: la idea de señalar que alguien no arriesgó lo que otros sí, que no se dedicó a la organización como otros sí, que no estuvo en combates directos con el ejército como otros sí, etc. Por la misma razón, señalar a alguien que se identifica a sí mismo como miembro y participante del M-19 como un “colaborador” o “simpatizante” y no como militante puede generar sentimientos de falta de reconocimiento a los compromisos y trabajos de las personas de los barrios. También puede hacer que muchos testimonios de la militancia barrial sean invisibilizados por no ser testimonios de militantes con más reconocimiento en la organización (algo que ha sucedido en libros sobre la historia del M-19 como el citado de Darío Villamizar, *Aquel 19 será*).

Así que, si bien en la documentación oficial existía no solamente una disposición clara de la jerarquía organizativa sino también un deseo por mantener separados los campos de acción de cada militante (mantener separados los milicianos del ejército regular del M-19, tal como se lee en los comunicados), en la experiencia práctica no sucedía necesariamente de esa forma. Los límites entre rangos, los niveles de compromiso y las jerarquías organizativas resultaban ser porosos y daban espacio para que los militantes no se quedaran aferrados a su grado de “simpatizante” “oficial primero” “colaborador” “miliciano” o “Fuerza Especial” sino que se presentaran más bien tránsitos entre las diferentes categorías. En algunas ocasiones, incluso, no era claro para los entrevistados qué tipo de rango ocupaban en la jerarquía organizativa. Sostendré que incluso quien ocupaba un puesto de mando dentro de la Organización, al menos en la ciudad de Bogotá, tuvo espacios y momentos para moverse “por fuera”.

Conclusión

Desde los documentos oficiales de la organización se puede notar una preocupación por construir una estructura jerarquizada y un orden organizativo que permitiera mantener separadas

las diversas formas de compromisos que cada militante asumía con el movimiento. Dicha estructura tenía efectos prácticos en la vida de los militantes. Determinaba el grado de participación que podía tener cada uno en las decisiones tomadas colectivamente (a partir del grado de “oficial primero” se podía participar en los organismos de dirección del Movimiento) y además garantizaba una especie de “reconocimiento” dentro de la organización. Un análisis a los perfiles de los mandos medios de Bogotá con los que me entrevisté deja ver que la estructura de mando, además, podía reproducir relaciones jerárquicas respecto a la posesión de cierto tipo de capitales y al género. Esto se manifiesta tanto en el hecho de que quienes ocupaban una posición de mando eran quienes compartían una posición de relativo bienestar económico respecto a otros miembros del movimiento, además de contactos en el mundo político y una acumulación de capital escolar que les permitía adoptar con facilidad lenguajes y prácticas como de estudio, lectura y discusión.

Sin embargo, los testimonios de mis entrevistados dejan ver que la estructura no funcionaba de manera perfecta y homogénea. El M-19, siendo también una red de relaciones personales, afectos y amistades, dejaba un campo para la movilidad individual que permitía, en ciertos sentidos, desafiar la estructura jerárquica. Esto sumado a las dificultades de la clandestinidad en la guerrilla urbana que impedían el conocimiento y control total sobre los miembros por parte de los mandos, así como la falta de recursos para financiar militantes de tiempo completo comprometidos con la organización. Los compromisos que cada militante asumía con la organización eran personales y políticos, pero no monetarios, lo que limitaba el grado en el que se podían comprometer con la vida organizativa. Así pues, si bien existían esferas de mando y comandos de base, no resulta fácil definir la pertenencia definitiva a un rango u otro de la estructura orgánica. A partir de las experiencias individuales de los militantes se pueden identificar límites y estructuras jerárquicas que si bien existen y tienen efectos reales en las relaciones que sostuvieron unos militantes con otros, también resultan transitables y difusos. Más que ocupar una posición estática en el M-19, los militantes transitaban por varias formas y grados de compromiso a lo largo de su vida guerrillera.

CAPÍTULO 5: VIVIR LO PERSONAL

Haber ingresado al M-19 no significaba dejar de lado los aspectos más cotidianos y personales de la vida individual. Aunque es común encontrar en las definiciones más básicas de *política* una referencia a la discusión de “asuntos públicos”, “bien común” o “gobierno de Estados”, los aspectos más íntimos de las trayectorias biográficas de las personas no se dejaban de lado al asumir un compromiso con la organización, sino que se cruzaban con la militancia. El cambio de escala en el análisis del movimiento guerrillero, enfatizando en las trayectorias vitales de los individuos militantes, me mostró que la vida como militante del M-19 implicaba cruces entre lo organizativo, lo cotidiano y lo íntimo. En algunos casos, como el de los militantes que compartían residencia, estos cruces entre lo doméstico y lo político eran más evidentes. Sin embargo, en todos los casos, el Movimiento 19 de Abril fue mucho más que una actividad política adicional a la cotidianidad. Se cruzaba con los momentos de ocio, con las labores domésticas, con las celebraciones, con las actividades familiares, con las relaciones afectivas y con la sexualidad.

Las relaciones afectivas y la sexualidad

El campo de las relaciones interpersonales constituye un área de observación interesante para comprender las tensiones entre discursos y prácticas que atravesaban la vida más íntima y personal de los militantes, que ya se ha discutido de forma superficial en capítulos anteriores. El M-19, siendo también un espacio de socialización, facilitó el establecimiento de lazos interpersonales entre sus militantes. A pesar de las normas de la clandestinidad que les impedían conocer muchos aspectos de las vidas personales de unas y otros, hacer parte de un movimiento con fines comunes era una razón para simpatizar entre sí. La construcción de un “nuevo mundo” implicaba también la búsqueda de nuevas formas de entablar relaciones con los demás, tal como señala Patricia Madariaga:

El modo de concebir las relaciones (sociales, familiares, de pareja) se vería profundamente transformado a la luz de los ideales políticos. Las relaciones entre hombres y mujeres, la maternidad y la paternidad, el conflicto entre el discurso y la práctica, entre otros temas, se inscribieron dentro de un proyecto que pretendía llegar a todas las esferas de la vida⁶¹.

El artículo de Patricia Madariaga hace referencia a que, dentro del M-19, parecía que los afectos, los lazos interpersonales y los factores extraideológicos no eran un problema, sino una esfera

⁶¹ Patricia Madariaga. “Yo estaba perdida y en el M me encontré”, *Controversia* 187 (2006), 119.

más de la vida guerrillera. Eso implicaba que el proyecto político del movimiento no buscara restringir las libertades individuales y las diversas esferas de los militantes, sino que las integrara. En cuanto a las relaciones personales y afectivas, no existía una reglamentación o una negación, sino una apertura. En los testimonios de algunos de mis entrevistados pude encontrar afirmaciones parecidas. Gerardo y Javier hicieron énfasis en que, mientras en el ELN o las FARC las relaciones afectivas entre militantes eran restringidas, en el M-19 existía apertura y libertad en esas esferas de la vida guerrillera. Nidia lo puso en palabras más sencillas: “Eso allá todo el mundo le hacía a todo el mundo”⁶².

Sin embargo, otros testimonios dejan ver que esta supuesta “apertura” del movimiento no implicaba necesariamente una superación de las jerarquías de género que se presentan en el mundo social, lo que tuvo influencia no sólo en la forma en que se dividía el trabajo (tema que he tratado en el capítulo 4: “ocupar una posición”) sino también en la forma en la que era juzgada y tratada la sexualidad femenina. A pesar de que ninguno de los entrevistados señaló que las dinámicas en la organización fueran abiertamente sexistas, argumentando que las tareas cotidianas y militantes se llevaban a cabo “por partes iguales”, en algunas experiencias concretas, se evidencian relaciones jerárquicas de género latentes. Por ejemplo, el asunto de la sexualidad femenina terminaba siendo materia de discusión pública, generalmente en forma de cotilleos y preguntas cotidianas, mientras la sexualidad masculina no era abiertamente discutida. Nidia narra que:

Incluso todavía, mucho tiempo después de la desmovilización, yo me encuentro con amigas que me preguntan: ‘Bueno ¿Y usted con quién se acostó?’...Eso siempre era un asunto como de chisme...Una vez que yo estaba por allá arriba de Usme con José (un mando medio de Bogotá) nos tomamos unas cervezas y me dice después de un rato: ‘Bueno Nidia, ahora sí dígame, usted con qué comandante fue que se acostó’...Y eso me pareció terrible, a la gente ¿Qué le importa eso?

La preocupación por la sexualidad femenina no se manifiesta solamente en esta clase de cotilleos y conversaciones. Lina narró que tener más de un compañero sentimental, en su caso, fue una conducta juzgada y sancionada públicamente. Lina era compañera sentimental de un hombre que tenía un cargo de mando en la estructura de Ciudad Bolívar y, con su ingreso a las Fuerzas Especiales, tuvo una relación simultánea con un compañero de esa estructura en Boyacá. Al enterarse sus mandos fue notificada de un juicio político en su contra por parte de

⁶² Frase dicha por Nidia Páez en el desarrollo de la entrevista.

la organización y, como sanción, fue desplazada durante dos meses a un campamento rural en el Tolima. Ella señala que, en comparación a la forma en la que eran tratadas las infidelidades masculinas dentro de la organización (que eran concebidas incluso por sus propias compañeras como “lo natural en los hombres”), su sanción fue injusta, razón por la que ella tendría confrontaciones con sus mandos tiempo después:

Tuve muchas diferencias con los mandos, el primer problema fue cuando me hicieron la audiencia por haber tenido dos novios y me pusieron ese castigo. Y después entonces empecé yo, y así fueran mandos, los veía que estaban montándole el cuerno a la compañera y entonces yo sí les decía: ‘Bueno, compañero, afínele que a usted también le toca’, porque es que cómo era eso que a ellos sí nadie les hacía el tal juicio que sí me hicieron a mí. Como que en los hombres la infidelidad sí nadie la castigaba...Y les peleaba para todo, cuando veía cosas que me parecían injustas lo decía.

Resulta diciente sobre la reproducción de las jerarquías de género el hecho de que las relaciones afectivas que establecían las mujeres con otros miembros de la organización eran usadas, con relativa frecuencia, para justificar los éxitos y ascensos femeninos. Al preguntarle a Lucía, por ejemplo, qué condiciones creía que eran tenidas en cuenta al momento de elegir los mandos en la organización, manifestó que existían ascensos femeninos que se daban por establecer relaciones amorosas con los comandantes. En estos casos, más que discutir si efectivamente había mujeres que aprovechaban sus relaciones personales para conseguir beneficios en la organización, lo que resulta revelador es que constituyera un asunto relevante al momento de considerar y discutir los ascensos femeninos. En contraste, al discutir los ascensos masculinos, las relaciones personales no se consideraban como parte de los factores que pudieran influir en estos ascensos. Lina también recuerda cómo su propio ascenso a las Fuerzas Especiales dentro de la organización fue justificado por algunos de sus compañeros por la relación sentimental que mantenía con un hombre que ocupaba un rango operativo importante en el sector de Ciudad Bolívar.

El caso de Javier y Olga resulta muy interesante porque Olga fue introducida por Javier a la organización (como he señalado en el capítulo 2), y aunque ser del M-19 era un propósito personal de ella, casi al mismo tiempo desarrollaba una relación sentimental con él, quien era también su mando inmediato. En el transcurso de la entrevista con ellos, que fue compartida, Olga manifestó su descontento al haber sido marginada de muchas de las actividades en las que podría haber participado al principio de la militancia. Ella señaló que esta situación la obligó a abrirse su propio camino dentro del movimiento y a cambiar de estructura a pesar de la oposición

de su compañero. La siguiente conversación ocurrió cuando Javier le preguntó a Olga si ella había participado en una reunión realizada con la comunidad de Ciudad Bolívar en 1983:

Olga: No, tú no me llevabas a esas cosas, ¿tú por qué crees que yo me abrí y que gracias a Simón pude hacer más de una vaina? Porque este man (señala a Javier) me mantenía marginada...

Javier: Pero era porque te amaba y no quería que te pasara nada

Olga: Me importa un pepino. Me mandaba sólo a llevar razones, era lo único que hacía yo. Y guardarle cosas, pero de resto nunca me llamó a ninguna actividad con otra gente de la organización. Hasta que un día me mandó a llevarle una razón a Simón, entonces empezamos a hablar con él, y yo me di cuenta de que en realidad yo sí estaba invitada a las reuniones que se hacían de la estructura, sino que el bobo este no me decía, que para que yo no estuviera emproblemada. Entonces Simón sí me dijo que si Javier no me incluía, ‘pues venga pa’ acá y trabaja es conmigo’. Y desde ese momento me dediqué sobre todo a manejar los carros en los que se movía Simón, y a ser muy cercana a su estructura, a la estructura de sus operativos. Y empecé a trabajar con él. Y este otro furioso, que porque yo lo había dejado solo, y resulta que es que cómo no si él me dejaba marginada de todo lo que hacía... ¡Y yo lo que quería era participar! Me había cuadrado con este man dizque porque me iba a meter al M y resulta que me dejó fue marginada.

Javier: Me dejó botado, me cambió por Simón, todavía no se la perdono.

Olga: Sí, pues claro, porque usted nunca me involucró como era...Él nunca me invitaba a esas reuniones, por ejemplo.

La conversación de Javier y Olga puede ser analizada desde la perspectiva de las relaciones de género en dos niveles. Por un lado, deja ver cómo los espacios de guerra, confrontación y actividad política intensa son imaginados como poco apropiados para sujetos femeninos. Siendo estos espacios peligrosos, de los cuales las mujeres debían ser “protegidas”, se les asignaba entonces, en la división del trabajo de la organización, tareas consideradas “más apropiadas” como transmitir razones, guardar armamento, y permanecer en la esfera doméstica del trabajo organizativo. Por otro lado, deja ver que este tipo de prácticas no hacían parte de la política oficial de la organización, por lo que, en lo conocido por los militantes y lo visible en la documentación, la organización aparece como igualitaria en la forma en que se divide el trabajo. Las situaciones de este tipo tampoco sucedían de forma generalizada o sistemática, ya que así como existe el caso de Olga, muchas otras mujeres fueron incluidas en las actividades de confrontación. Así, son situaciones observables únicamente en la cotidianidad de los militantes y de manera particular en experiencias muy concretas de exclusión.

Adicionalmente, como buena parte de las acciones más cotidianas que contribuyen a reafirmar los roles tradicionales de género, este tipo de prácticas no eran un ejercicio de exclusión consciente. De hecho, Javier manifiesta que sus acciones tenían las mejores intenciones (“te amo mucho y no quiero que te pase nada”). Por último, la anécdota deja ver

que, en este caso, el doble rol de Javier – como compañero sentimental y como mando de Olga – muestra precisamente el entrecruzamiento entre los aspectos organizativos y los aspectos personales en la vida militante. Él tomó una decisión operativa como mando, designando a Olga a tareas “poco riesgosas” muy específicas, basándose en la relación personal que sostenía con ella y en la idea de que su deber como compañero sentimental era mantenerla bajo su cuidado y protección (se entrecruzan los papeles de mando y de compañero sentimental). La literatura sobre la construcción de masculinidad ha hecho énfasis en que hay múltiples formas en la que los hombres pueden construir su identidad y presentarse como parte del género masculino. Uno de esos campos y contextos en los que los hombres pueden adoptar formas específicas de presentarse como hombres es precisamente en posiciones de mando y en la vida familiar. Una de las múltiples maneras en las que se reafirma la masculinidad en estos contextos es, precisamente, a través del paternalismo, entendiendo, tanto a la familia como a los subordinados, como un grupo al que hay que proteger y por el cual se pueden tomar las decisiones⁶³, similar al rol que asumió Javier en su relación doble con Olga como mando y como compañero sentimental.

De otra parte, uno de los aspectos en los que se hacen más evidentes las tensiones entre el discurso revolucionario y las prácticas cotidianas con respecto a la sexualidad y el género es sin duda el cúmulo de experiencias de acoso sexual durante la vida guerrillera. Cuatro de las ocho mujeres entrevistadas relataron haber sufrido algún tipo de acoso sexual por parte de algún compañero durante la militancia. Para Lucía, fue una gran diferencia con respecto a las dinámicas que ella conocía en la ciudad porque, señala, llevaba más de cinco años viviendo con compañeros de la organización y no había vivido ese tipo de situaciones. Para ella, la experiencia la llevó a querer abandonar por completo la militancia:

Me mandaron a tomar un curso en el Tolima, una capacitación militar, y algunos compañeros a propasarse, a acosarme. Eso para mí fue fuertísimo, entonces de ahí salgo desertada... Resulta que una mañana que estábamos muy mamados, llevábamos como 16 horas de dele y dele pata y en unos combates muy verracos. Entonces llegamos al campamento y resulta que no me dieron carpa a mí, entonces un compañero aceptó compartirla conmigo. Yo me acosté y cuando me di cuenta, resultó que él esperaba que yo le diera algo a cambio, entonces me desperté cuando él me estaba tocando, horrible. Claro, yo me levanté como una loca, gritando y a disparar y todo sabiendo que el ejército estaba cerca... Pues hombre, eso es algo que no debió haber pasado, pero lo hice. Y ahí saco mi pistola y hago una ráfaga y tiro todas mis cosas, lo único que cogí fue unos panti, el cepillo y les dije ‘adiós’... Yo dije: ‘no, pues si yo hubiera sido para prostituta

⁶³ Para profundizar en la discusión sobre los actos asociados a las masculinidades ver: Douglas Schrock y Michael Schwalbe, “Men, Masculinity, and Manhood Acts”, *Annual Review of Sociology* (Vol. 35, 2009), 277-295.

pues hombre, le juego a eso'...Y eso hace que yo de pronto me alejara de la organización.

Considerando el impacto que una experiencia de acoso como la que vivió Lucía tenía en las vidas personales de las víctimas y en su propia relación con el movimiento, así como la relativa frecuencia con la que parecía suceder, es sorprendente que la organización no lo contemplara como una problemática interna. María Eugenia Vásquez señala en su libro que, para ellas, como militantes, estas situaciones en ocasiones resultaban oscurecidas y subordinadas al objetivo inmediato, que era adelantar un proceso revolucionario. En ese sentido, no consideraban aspectos como el acoso sexual o las restricciones a la maternidad como un asunto para ser discutido de forma urgente⁶⁴. Ha sido con los años y, en algunos casos, con la adopción de posturas políticas feministas, que las mujeres excombatientes han logrado identificar este tipo de tensiones al interior del movimiento.

Aspectos domésticos en las viviendas compartidas

Otro de los campos en los que la vida como activista se mezclaba con la vida cotidiana es en el hecho de compartir vivienda con otros militantes. Exceptuando los campamentos urbanos de 1984, la vida de la guerrilla urbana no implicaba necesariamente la vida comunal que se experimenta en los campamentos guerrilleros rurales o haciendo parte de una columna móvil (un ambiente en el que se compartía la noche y el día, se sistematizaba la división de tareas cotidianas como la cocina y la limpieza, y en el que todos los militantes se levantaban y se iban a dormir a horas similares). Sin embargo, existían otros espacios de intimidad y relaciones cotidianas entre los combatientes de la ciudad. Todos los entrevistados – exceptuando a Javier y Olga – compartieron viviendas con otros miembros del M-19. Generalmente la organización arrendaba una casa, o conseguía una casa por medio de sus colaboradores, y se mudaban de 5 a 8 personas a vivir temporalmente allí, casi siempre con algún objetivo claro: la planeación de un operativo, la realización de una capacitación o escuela, la realización de un encuentro o evento político. Pero existían también espacios constituidos como viviendas permanentes para miembros de la organización, como la casa de la familia Páez, la casa de la familia Peña, la casa de la familia Ortiz y la casa de Sergio (sobre todo después de su encarcelamiento). Lucía es un

⁶⁴ María Eugenia Vásquez. *Bitácora de una militancia*. 184-186.

caso particular porque ella pasó por diversas casas de seguridad del M-19, pero en toda su militancia compartió la vivienda con miembros de la organización.

Así, aunque las labores domésticas lucieran como un aspecto alejado de las prioridades del proceso revolucionario, la repartición de este tipo de labores hacía parte de la vida cotidiana de la militancia urbana. De hecho, en documentos oficiales de la organización hay espacio para las disposiciones sobre estos aspectos, como se deja leer en un comunicado interno circulado hacia 1986 y titulado *Sobre el régimen de vida*. Es una lista que esclarece las actividades que deben realizar las columnas urbanas al momento de establecerse en una vivienda compartida. Se hace referencia a la elección de un lugar seguro, al deber de cada militante de garantizar la seguridad del conjunto de combatientes creando buenas coartadas cuando fuese necesario, así como el deber de conocer los barrios en los que se establecían, buscando siempre ampliar las redes de apoyo. En un apartado se presenta una lista que luce así:

Actividades a organizar en los sitios de vivienda:

- Asignación del rancho (cocina)
- Aseo y organización de la vivienda
- Lavada de la ropa
- Baño

Las actividades asignadas diariamente a cada combatiente se pueden consignar así:

Fecha	Nombre del combatiente	Actividad asignada	Hora ⁶⁵
-------	------------------------	--------------------	--------------------

Todos los militantes que compartieron casas con miembros del M-19 señalan que surgían métodos para dividir las tareas domésticas de forma equitativa. En algunos casos era al azar, en otros las tareas se rotaban todos los días, en otros simplemente sucedían de forma autónoma en medio de las demás actividades de militancia y, en otros, era de forma voluntaria. Eso sucedía también en las casas de seguridad de las familias de la Anapo, como la de la familia Páez o la familia Ortiz. Francy señaló también que, alrededor de factores cotidianos como la comida, se presentaban altercados pequeños similares a los que pueden ocurrir en un círculo familiar:

Y nos acostábamos tarde, y esas cosas, además de la convivencia normal en una casa. Entonces mi mamá nos regañaba: ‘Se comieron el pan!’...Además porque ella era la única que trabajaba, ella era la que llevaba la comida. Mi mami siempre respondió por todos los que pasaron por ahí, y no fueron poquitos porque se rotaban, pasaban, volvían, se iban, volvían, se quedaban.

⁶⁵ Documento titulado “*Sobre el régimen de vida de las triadas*”. Fechado en 1986. Mecnografiado. Original. Obtenido a través de archivos personales. Por la forma en que está redactado, la ausencia de fSANDRAS y sellos, y la calidad del papel se puede pensar que estaba destinado únicamente a la circulación interna y a la finalidad específica de organizar aspectos de la vida cotidiana en el ámbito urbano.

Rosa narró que, para tener comida en su casa permanentemente para todos los miembros del M-19 que vivían allí, buscaba ayuda con los sacerdotes del barrio que, simpatizantes de la teología de la liberación y de los movimientos guerrilleros, le donaban mercados de forma esporádica:

A mí, lo que me sostenía era un trabajito que tenía en una zapatería. Y lo otro, los padres que me ayudaban con el mercado. El padre Alirio, que hoy es monseñor, ellos me sostenían, me preguntaban: 'Rosa, ¿Cuántos hay? ¿Cuántos muchachos tiene en su casa?' Y me daban el mercado. Y yo parecía una limosneta con el costal de mercado al hombro...

La narración de Rosa es muy interesante porque deja ver que su rol no era solamente prestar su casa para la organización, sino también actuar como “administradora” de la casa del M-19. Es decir, las actividades que asumía no implicaban solamente prestar un lugar seguro para el movimiento sino también encargarse de aspectos organizativos que pueden parecer elementales. Era ella quien asumía la dirección de la división de tareas domésticas, vigilaba que se llevaran a cabo de forma efectiva, de que existiera comida y recursos para los militantes que permanecían en su casa, etcétera. Martha, por ejemplo, narró que en las ocasiones en las que algunos militantes se quedaban en la casa de la familia Peña su madre asumía tareas similares, como la organización de los dormitorios, la división de las tareas en la cocina, etc. Reproduciéndose de nuevo, esta vez en el campo doméstico, el rol asignado a las mujeres como “administradoras del hogar”.

El caso de Alicia es bastante particular porque las ocasiones en las que ella compartió vivienda con miembros de la organización fueron en medio de la realización de tareas específicas que así lo requerían, como la planeación de operativos largos o escuelas militares urbanas. Para estos casos, la división de labores no estaba tan organizada porque eran, por lo general, viviendas compartidas por períodos cortos. Así, la percepción de Alicia sobre los espacios y las tareas domésticas es que no existía una prioridad en ese sentido. Las actividades domésticas se realizaban, para ella, en medio de lo “realmente” importante. Ella señaló en la entrevista que las preocupaciones más importantes en el momento de compartir vivienda con otros miembros del M-19 tenían que ver con la creación de coartadas creíbles en caso de preguntas de vecinos, debido a la necesidad de garantizar la seguridad de la estructura que compartiría la vivienda.

La vida familiar

En el caso de las familias de la Anapo, los vínculos entre la vida familiar y la militancia son evidentes. La militancia ocurre en medio de la vida familiar, en los espacios domésticos y en el hecho de compartir una vida común. Este hecho implicaba que no solamente las cabezas de familia, sino sus hijas, estuvieran comprometidas con el movimiento. Eso no significa que en los otros casos las familias de los militantes estuvieran completamente excluidas de la militancia o, al menos, de los efectos de la militancia en sus vidas personales. La familia de Alicia, por ejemplo, estaba al margen de la militancia y no sabía del rol de su hija en el M-19 hasta su encarcelamiento. Por la seguridad personal, en estos casos eran pocos o ninguno los compañeros que conocían la vida familiar de los demás. A pesar de esto, Alicia señala que, sin el apoyo de su familia, especialmente del apoyo económico y el respaldo que recibía de sus padres y hermanos, no habría podido desarrollar sus actividades como mando con éxito:

En mi casa me sostuvieron mis hermanos y mis papás. Yo digo que en mi casa tuve unas ventajas comparativas a las de otros militantes, porque otros militantes pues no tenían casa, era muy complejo. Pero, en general, yo pienso que los urbanos teníamos unos apoyos, porque la gente, en general las familias, yo creo que fueron muy poquitas las que nos dieron la espalda. Yo creo que las familias, casi todas, estuvieron ahí. A regañadientes, porque tampoco es que todo el mundo estuviera contento con la idea...

En el caso de Sergio, Lina y Gerardo, si bien sus familias no tenían un antecedente de militancia política ni participaron directamente en el proceso, los tres forjaron nuevas vidas familiares en medio de la militancia y con compañeros y compañeras de la organización. Tanto Lina como Gerardo tuvieron varias parejas sentimentales que también pertenecían al M-19, se marcharon a vivir con ellos y tuvieron sus primeros hijos durante el período de militancia. María José Pizarro, la hija mayor del comandante Carlos Pizarro, en el documental lanzado en el año 2015 sobre su infancia, su relación con su padre y con el M-19, muestra cómo incluso las vidas de los hijos de militantes se veían atravesadas por la militancia de sus padres. Eran niños que debían asumir medidas de seguridad, entender que sus padres no siempre estuvieran en casa, y enfrentarse a miedos como desapariciones, allanamientos y muerte. Sergio, después de su estadía en la cárcel, se fue a vivir con su compañera sentimental (que no era del M-19 pero, por la militancia de él, terminó siendo colaboradora) y adoptaron a su primera hija que fue, también, un resultado indirecto de la militancia política, lo que habla de nuevo de los nexos en las vidas militantes entre lo más íntimo y las actividades políticas:

Mi primera hija, pues en realidad no es hija mía ni de mi compañera, sino que es adoptada. Ella es hija de una mujer de ese barrio en el que trabajábamos en Ciudad Bolívar con los del M, y cuando yo estaba preso ella se acerca a mi compañera. Por mi

cercanía al sitio, como nosotros trabajábamos en el lugar, pues ella le dice a mi esposa que no se puede hacer cargo de la niña y nosotros la adoptamos. Entonces hasta mi primera hija tiene que ver con la militancia en el M

Las anécdotas de la vida familiar durante la militancia no son siempre afortunadas y alegres. De hecho, es muy interesante cómo las narraciones sobre la experiencia guerrillera se mueven entre, por un lado, el disfrute de las actividades y la sensación de pertenencia que brindaba el movimiento y, por el otro, las situaciones trágicas y dolorosas por las que un actor de un conflicto armado debe pasar. La vida guerrillera implicaba hacer múltiples sacrificios, correr riesgos individuales, exponer la seguridad de la familia y pasar por situaciones dolorosas. Gerardo y su primera compañera, Bernarda, perdieron a su primer hijo en medio de una reunión política que se realizaba en Bosa. Según Gerardo, su compañera estaba descompensada por falta de alimentación, ya que no tenían dinero y la vida militante estaba por encima incluso del trabajo y de los medios para sobrevivir, y además había realizado desplazamientos y movimientos bruscos en estado de embarazo avanzado. Todo eso implicó un parto anticipado y la asfixia del bebé que venía en camino.

Especialmente para las mujeres – por las expectativas sociales que se tienen con su papel de madre y acompañante de sus hijos pequeños – la militancia guerrillera y la maternidad eran dos situaciones incompatibles. Vera Grabe, por ejemplo, narra que para ellas debía ser una decisión: la revolución o los hijos⁶⁶. María Eugenia Vásquez, en su testimonio, narra la profunda tristeza y dolor que vivió al enterarse de la muerte de su hijo mayor, que tenía 10 años, mientras ella participaba de una escuela militar en Libia. Enterarse de esta situación la lleva a elaborar reflexiones acerca de su decisión de renunciar a la experiencia de la maternidad por vivir plenamente la militancia, lo que generó inmensos conflictos en su vida personal. Ella señala, por ejemplo, la situación de desventaja con respecto a la paternidad, masculina, que recibía menos juicios sociales al decidir primar la vida política sobre la crianza de los hijos⁶⁷.

Sandra señaló que se sintió excluida de la mitad de operativos y reuniones en las que participaron su papá y sus hermanas por estar embarazada. Ella narró que, a pesar de que algunos mandos le decían que su participación en ciertos operativos era posible, su padre la mantenía marginada, al igual que Javier a Olga, con el interés de protegerla. Lina, por su parte, al quedar embarazada de su segunda hija en 1988 decidió abandonar la vida militante para

⁶⁶ Señalado por Patricia Madariaga en el artículo “Yo estaba perdida y en el M me encontré”, 126

⁶⁷ María Eugenia Vásquez, *Bitácora de una militancia*, 352-360.

dedicarse al cuidado de sus hijas, mientras su compañero sentimental se mantuvo en el Movimiento. La muerte de su compañero en una redada hecha por la Policía Nacional en Ciudad Bolívar tuvo un impacto profundo en su vida personal al ser no solamente una pérdida afectiva, sino también la de un contacto importante de ella en el Movimiento y el principal medio de subsistencia económica de su familia.

Nidia señaló que su casa no funcionó únicamente como hogar de paso para militantes que provenían de diversas ciudades del país, como lugar de reuniones políticas y de planes de operativos, sino también como guardería. Muchos de los militantes que se marchaban a escuelas rurales en departamentos como Tolima o Cauca preferían dejar a sus hijos en una casa de seguridad de la organización que con sus familiares (en algunos casos era menos arriesgado y comprometía en menor medida la seguridad de las familias). Así, Nidia narró que, para 1988, cuando se realizó una gran escuela militar a la que denominaron Campo Trucha, estuvo encargada de 8 niños, hijos de militantes del M-19 que habían asistido a la escuela. Eso hacía también que la relación establecida entre estos niños y familias como los Páez era mucho más que una relación lejana de alguien que comparte una militancia política, para convertirse en una extensión de lazos familiares. Este tipo de lazos se ven manifestados en narraciones como la de Francy, quien señala que los militantes más jóvenes que pasaron por su casa, en la actualidad, suelen señalar que fue Rosa quien “los acabó de criar”.

La cadena de afectos y la revolución como una fiesta

La “cadena de afectos”, más que una frase famosa del comandante Bateman⁶⁸, era una forma de entender la militancia como una actividad extendida en los lazos de amistad y amor que se construían en el proceso. Las entrevistas que realicé arrojaron información en ese sentido. Lucía, por ejemplo, lo pone en los siguientes términos: “ese gran amor que nosotros

⁶⁸ En una entrevista con Alfredo Molano, Jaime Bateman señaló que tenía una inmensa fe en el poder protector de la “cadena de afectos”, una idea sacada de su mamá, Clementina Cayón, quien hacía parte de un grupo espiritual gnóstico. La cadena de afectos consiste en las redes de afectos que nutren a una persona y que lo hacen importante, imprescindible, y que mantienen viva su memoria. Las palabras de Bateman (convertidas luego en una canción del Movimiento) sobre la cadena de afectos fueron las siguientes: “Si una persona es absolutamente sentida, constantemente querida, si en ella se dan cita una cantidad de afectos fuertes, el afecto de la mamá, de las hermanas, de la amante, de los amigos, esa cadena de afectos lo defiende de la muerte, del peligro, lo vuelve casi inmortal. Por lo menos, impide que lo maten a uno así no más. Puede que uno se muera, pero esa cadena de afectos absolutos impide que a uno lo maten.” Entrevista completa publicada en Semana. “Bateman habla de su muerte”. 22 de agosto de 1983. Disponible en la página web de Semana en el siguiente link: <http://www.sNiPaola.com/nacion/articulo/batNidian-habla-de-su-muerte/3358-3>. Recuperado el 4 de abril de 2016.

compartíamos. Era que el amor brotaba por los poros nuestros...éramos como una gran familia”. Gerardo lo narra así:

Era una locura y una fiesta como lo decía Bateman, una fiesta lo más de bacana y te metías a una vaina de la cual no te podrías desprender jamás en la vida. No me he podido desprender todavía 30 años después, y creo que, a la mayoría de la militancia, le ocurre lo mismo, nunca se puede desprender, entrabas en una magia, en una magia, en una cosa magnífica, hasta romántica

Tanto la idea de que existía un vínculo entre los militantes del M-19, denominado por ellos mismos como “la cadena de afectos”, como la idea de que el desarrollo del proceso revolucionario era una ocasión para disfrutar, o una “fiesta”, calaron en los discursos de mis entrevistados. En la cotidianidad de la guerrilla urbana efectivamente, los espacios de ocio, esparcimiento y alegría hacían parte de la vida militante y funcionaron para crear cohesión entre los miembros del movimiento. Todos los entrevistados señalaron que siempre había un espacio, entre los operativos y la vida político-militar, para el baile, para tomarse unos tragos, salir de fiesta, contarse chistes y anécdotas. Alicia, por ejemplo, señala que compartir vivienda con miembros del M-19 implicaba compartir todo tipo de momentos de ocio con ellos: organizar fiestas, bailar, celebrar eventos, beber tragos y salir a comer.

Los afectos por los compañeros y el deseo de alcanzar bienes colectivos hacían que las celebraciones de los éxitos militares hicieran parte de la vida cotidiana de los militantes. Paola, por ejemplo, señaló que cada vez que se reencontraban las estructuras de su barrio después de un operativo exitoso era una ocasión de regocijo y celebración. En este caso, de nuevo, las experiencias en la vida guerrillera muestran una serie de tránsitos entre el goce y el dolor, entre los momentos de tensión, tristeza y muerte y los momentos de alegría y goce. Hasta el punto de que la mayoría señale, como Gerardo, que su paso por el M-19 fue de las mejores experiencias de su vida. Paola, por ejemplo, señala que los momentos de alegría fueron muchos:

Yo creo que yo me gocé muchos momentos, de todas maneras era un disfrute saber que salió bien un operativo, ver que todos llegaron bien. Yo tenía esa tarea, la tarea de ir y hacer la inteligencia y luego ir a los automáticos a ver cómo había salido el operativo, si alguien faltaba, si habían llegado todos, si habían cogido a alguien. Entonces, que llegaran, ya era una fiesta, era hermoso. Yo creo que cada vez que uno se encontraba con alguien que creía muerto era muy bonito. Los encuentros con mis tíos, cuando andaban clandestinos, y de repente llegaban a la casa, eran muy felices. Éramos como *bipolares* porque eran situaciones que daban mucha angustia pero también era muy feliz...

Lucía señala, de manera muy similar, que la vida compartida con miembros del M-19 se sentía como una festividad. Ella narró que fueron muchas las ocasiones en las que vivió la fiesta, la alegría y el ocio como parte importante de la militancia:

Fuimos muchos, muchos, yo no sé si todos porque no puedo tildar a todos, pero yo con muchos compartí el desorden. En medio de, sí había disciplina en muchas cosas, pero nosotros hacíamos un operativo y todos lo celebrábamos. Cada día con los compañeros se sentía como si fuera diciembre, como si fueran las fiestas navideñas. En todas las casas en las que viví y compartí con los compañeros hubo recocha y fiesta.

Conclusión

La exploración de las trayectorias biográficas de algunos militantes del Movimiento 19 de abril me permitió comprender que incluso los aspectos más personales de la vida individual, como las relaciones familiares, los ratos de ocio y la sexualidad, estuvieron, durante la militancia, en relación con la organización. Creo que esta perspectiva permite entender las militancias en movimientos políticos como actividades que crean vínculos a largo plazo, y que tienen una incidencia en las decisiones posteriores de las personas, constituyéndose como experiencias significativas en las trayectorias vitales de los individuos⁶⁹.

Por otro lado, una mirada al M-19 como una organización construida a través de interacciones, relaciones y lazos entre sus miembros permite tener una perspectiva sobre la reproducción de estereotipos de género en los aspectos más cotidianos (e incluso inconscientes) de la vida en común. Experiencias como el acoso sexual, las dificultades de la maternidad (y los juicios morales a los que estaban sujetas las militantes que decidían primar su responsabilidad con la organización a la crianza de los hijos), la exclusión de cierto tipo de tareas en relaciones complejas (mando y compañero sentimental) como la de Javier y Olga, y las discusiones y cotilleos sobre la sexualidad femenina dejan ver que en el nivel de lo cotidiano y lo íntimo se reproducían comportamientos y actitudes que, incluso de forma inconsciente, reafirmaban las jerarquías de género existentes por fuera de la organización.

En este sentido, el presente capítulo ha ilustrado una serie de experiencias que muestran una especie de “bipolaridad emocional” en un escenario tan complejo como el conflicto armado. Por un lado, están los aspectos que hicieron de la militancia una experiencia positiva, llena de afectos, de buenos momentos y de alegría (tal como describen los entrevistados al

⁶⁹ Olivier Fillicule, en su texto “Demobilization and Disengagement in a Life Course Perspective” pone un énfasis en los efectos a largo plazo que tiene la militancia política en los individuos que han participado en algún movimiento de forma significativa.

hablar de las relaciones con los demás y de los momentos de ocio vividos con miembros de la organización). Pero están por otro lado las experiencias dolorosas y los sacrificios que debían hacer quienes habían tomado la decisión de militar en el M-19. Las experiencias en la vida cotidiana de Gerardo son un ejemplo de ello pues muestran su paso por la militancia como una experiencia gratificante, llena de afectos y de buenos momentos (él señala que es una experiencia de la que nunca podría desprenderse en el resto de su vida), pero al mismo tiempo haber pasado por situaciones tan difíciles como la pérdida de un hijo.

CAPÍTULO 6: TRABAJAR CON LAS COMUNIDADES

En los documentos oficiales que pude consultar se puede ver que el M-19 – como proyecto revolucionario – adicional a la conformación de un ejército y de la promoción de actividades militares, se proponía ser también una fuerza política. De ahí su interés en identificarse como una organización político-militar. Así, se definía como un ejército y movimiento que buscaba cercanía con la comunidad, impulsando “*poder popular*”, aclarando en el artículo 9 de los Estatutos que: “Todos los hombres y mujeres del M-19 son gestores de poder. Construyen así democracia, justicia y una patria libre y soberana. El M-19 consolida el poder de la comunidad; a su servicio y en su defensa están nuestros hombres, nuestra voluntad y nuestras armas. Somos democracia en armas”⁷⁰. Con ese propósito, el M-19 buscaba establecer nexos con comunidades locales, lo que les permitía ampliar su red de colaboradores y consolidarse como movimiento político viable. En las ciudades, era con ese fin que se realizaban los operativos de “propaganda armada”, que consistían en la distribución – para las comunidades – de alimentos y materiales de construcción que eran robados a diferentes empresas. También, con el mismo propósito, se aprovecharon las estructuras barriales con las que ya contaba la ANAPO, denominadas “células”.

Para 1984 el M-19 había crecido como movimiento, había ganado apoyo y seguidores, y ya tenía colaboradores en diversas zonas de las ciudades colombianas. Eso hizo que los acuerdos iniciados con Belisario Betancour durante ese año fueran una puerta abierta para intensificar el trabajo comunitario y consolidarse como fuerza política. Belisario Betancour se posesionó como presidente en 1982 e inmediatamente puso en marcha la propuesta de adelantar diálogos de paz con la mayor parte posible de actores armados en el país, invitando a un proceso nacional de pacificación. Para los militantes del M-19, la propuesta representaba una apertura política importante y un cambio con respecto a la fuerte represión que habían enfrentado después del operativo por medio del cual extrajeron alrededor de cinco mil armas de las instalaciones militares del Cantón Norte, durante el gobierno de Julio César Turbay.

La tregua definitiva entre el M-19 y el gobierno nacional se firmó el 24 de agosto de 1984 en el municipio de Corinto, Cauca. El ambiente de optimismo por la firma de tregua con el M-19 (y con el EPL en los días siguientes) se puede ver retratado en diversos diarios del país, que ven con buenos ojos el cese al fuego aparentemente definitivo. El corresponsal de El Tiempo

⁷⁰ Estatutos del Movimiento 19 de Abril. Capítulo I: “Principios”. Artículo 9.

en Corinto, Felio Augusto Plazas, decidió hacer énfasis en la ceremonia final adelantada por el M-19 para hacer definitiva su adhesión a la tregua (poniendo claveles rojos sobre sus fusiles). El autor hace énfasis en que la plaza principal del municipio de Corinto estaba tomada por los militantes guerrilleros, un hecho facilitado por la desmilitarización ordenada por el gobierno nacional:



Imagen 1: Así retrató El Tiempo la firma de la tregua definitiva entre el M-19 y el gobierno de Belisario Betancour.

Los acuerdos firmados en Corinto sostenían un cese al fuego de ambas partes (aunque no una entrega de armas definitiva por parte de los grupos guerrilleros) y un cese a la retención de personas por parte de las organizaciones guerrilleras mientras el gobierno nacional garantizaba tomar medidas para el restablecimiento de la “normalidad civil” y la apertura política. El centro de los acuerdos era la organización del diálogo nacional:

Como parte esencial del presente Acuerdo, se convocará a un gran diálogo nacional en el que participen, con plena representatividad, las distintas fuerzas del país. Ese gran debate político tendrá por temas centrales: la discusión y desarrollo democrático de las reformas políticas, económicas y sociales que requiere y demanda el país en los campos institucional, agrario, laboral y urbano, de justicia, educación, universidad, salud, servicios públicos y régimen de desarrollo económico... Para la preparación, vigilancia y coordinación del gran diálogo nacional, actuará una Comisión de diálogo integrada por representantes del gobierno nacional, de la Comisión de paz, de la Comisión de negociación y diálogo, de verificación, voceros del Movimiento 19 de Abril, (M-19), del Partido Comunista de Colombia (M-L) y del Ejército Popular de Liberación (EPL), y de otras formaciones que se hayan incorporado o se incorporen efectivamente al proceso de paz y deseen vincularse a tal diálogo. A fin de garantizar el logro y el desarrollo del diálogo nacional habrá mecanismos que faciliten su participación y la difusión de criterios para todas las fuerzas que lo conformen ⁷¹

⁷¹ “Texto del Acuerdo” publicado por *El Tiempo* el 23 de Agosto de 1984. P. 2b.

Ninguna de las personas con las que me entrevisté participó del proceso de diálogo en Cauca, pero para todas ellas el diálogo nacional representó un acontecimiento importante porque implicó la presencia activa del M-19 en barrios y localidades, y el impulso a las tareas de trabajo comunitario que ya existían previamente. La comandancia del M-19 decidió que el diálogo nacional era el momento indicado para impulsar la militancia barrial y la organización de base, con miras a la construcción de un amplio movimiento político. En ese sentido, se decidió construir una serie de campamentos urbanos en los barrios populares en los que ya existía algún tipo de trabajo comunitario impulsado por la organización y, para eso, se designó como responsables a una serie de mandos medios que se ocuparían de “salir de la clandestinidad y hacer política”⁷². Así, los campamentos urbanos y el diálogo nacional de 1984 son acontecimientos que, aunque vividos de formas heterogéneas, hacen parte de la memoria común de todos los militantes barriales de la organización en Bogotá. Se crearon cuatro campamentos en Bogotá: en Villa Gloria (Ciudad Bolívar), Los Puentes (Cerros Surorientales), Kennedy (que congregaba los procesos comunitarios impulsados en la zona suroccidental de la ciudad) y Suba. Javier, Olga, Sergio, Lina, Lucía y Paola participaron del proceso en Ciudad Bolívar. Rosa y su hija Francy participaron del que se encontraba en el barrio Los Puentes, cercano a su barrio, mientras que Alicia, Gerardo y la familia Peña trabajaron en el campamento de Kennedy.

Javier – que, en ese año, era instructor político de las fuerzas militares rurales del M-19, en el Frente Sur – fue elegido por la comandancia del M-19 para salir de la clandestinidad y ser uno de los mandos de los campamentos en Bogotá, teniendo en cuenta su capacidad para adelantar “trabajos políticos”. Según Javier, los lugares que tuvieron prioridad al momento de establecer los campamentos urbanos fueron los que tenían algún tipo de trabajo comunitario previo impulsado por el M-19. Así, el barrio Villa Gloria, en la localidad de Ciudad Bolívar, fue elegido como establecimiento para el campamento urbano porque la estructura de Javier ya había realizado un trabajo previo en allí impulsando la construcción de vías, realizando operativos de propaganda armada, y solucionando problemas locales. Es de resaltar que eran precisamente los barrios con poca o ninguna presencia estatal, recién iniciados por familias desplazadas de otros sectores del país, sin servicios públicos y sin organización, los que eran

⁷² Sobre el desarrollo de los campamentos urbanos y la elección de ciertos miembros del M-19 que estarían encargados de la parte comunitaria en 1984 ver: María Eugenia Vásquez. *Escrito para no morir. Bitácora de una militancia*, 296-298.

elegidos por el M-19 para impulsar la construcción de sus células. Por ejemplo, uno de los acontecimientos que hizo ganar reconocimiento a la estructura que dirigía Javier en Ciudad Bolívar fue haber actuado como mediadores en un conflicto que existía entre la comunidad y un urbanizador pirata que agredía a los vecinos cuando no recibía su pago por los lotes que vendía.

Javier narra que se puso en la tarea de buscar un lote lo suficientemente grande, que estuviera en arriendo y con toda la disponibilidad para funcionar como establecimiento permanente de un comando del M-19 (al estar en tregua con el gobierno nacional, la consecución de un espacio así era más fácil). Finalmente, construyeron un campamento inspirado en lo que Javier había visto en las estructuras rurales, con un espacio para la cocina, letrinas, una plaza de armas donde se realizaba formación y ejercicio matutino, un espacio para el comandante y un espacio de dormitorio compartido por más o menos 80 militantes que habitaban el campamento de tiempo completo. El campamento se convirtió en el escenario de intercambio con la comunidad, de discusión de problemas locales, de contacto con otro tipo de actores que tenían presencia en la localidad como los sacerdotes, las juntas de acción comunal e incluso miembros de la Policía Nacional. Sergio fue uno de los militantes que habitó en el campamento de tiempo completo. En su narración, se ve cómo impactó en su experiencia de militancia haber permanecido en el campamento y haber participado en ese experimento de “ser gobierno”:

Primero, a nosotros nos informaron que se iba a hacer un trabajo político barrial allá y que íbamos a conformar un campamento, entonces varios nos fuimos a vivir de tiempo completo al campamento, como si fuera uno al monte. Dormíamos en una carpa gigante y a veces nos quedábamos a dormir también en las casas de las personas de la comunidad. Teníamos un espacio físico delimitado pero, pues, realmente allí llegaba todo el mundo del barrio...Y la vida era muy, como de bohemia diría yo, de compartir, de tomarse un trago, de estar con la gente. Aunque también habían algunos elementos de la disciplina militar: hacer formación, montar guardia por turnos. Pero había mucho de agitación social dentro de las comunidades, de acercarse uno a la gente, de participar en las actividades cotidianas de las personas del barrio, terminamos haciendo parte de la comunidad vecinal y pues conociéndolos a todos...Pasaba que llegaba uno a una casa y le invitaban un agua de panela y uno se quedaba a conversar con la gente, le contaban a uno los problemas del barrio, era un poco participar mucho en esa vida comunitaria. En ese proceso nuestra relación con la comunidad se fue estrechando mucho, ellos iban al campamento y se realizaban reuniones en las que se discutían los problemas del barrio, se hablaba de cómo solucionarlos, por decirlo de alguna manera allí se constituía el espacio como de autoridad civil. La problemática de infraestructura, pues, era bárbara, no había agua, muchas personas cocinaban en la calle con leña, entonces el campamento se volvió también el espacio para encontrarle soluciones a esos problemas. Allá llevaba el M-19 los carrotanques de agua, se organizaban brigadas para arreglar las calles y las

casas, recuperábamos mercados y materiales de construcción, llevábamos tejas. Y en el campamento siempre había tinto y comida para todo el mundo...

Sergio no es el único que recuerda con alegría la recepción que tuvo el M-19 en las comunidades barriales. La mayoría de las personas con las que me entrevisté señalaron como uno de los aspectos más significativos de la experiencia guerrillera haber podido pasar por los campamentos de paz, siendo la posibilidad de trabajar de cerca con la comunidad, conocer sus problemas y colaborar en las posibles soluciones. Javier y Olga enfatizaron en la magnitud de la presencia del M-19 en barrios en los que la presencia de instituciones estatales era escasa. Para ellos, el propósito de ser gobierno se manifestó realmente en las acciones que debieron encabezar y promover mientras estuvieron en el campamento de Villa Gloria, encargándose no solamente de organizar a la comunidad con fines políticos, sino también de toda clase de problemas cotidianos: maltrato familiar, incendios, rivalidades vecinales, falta de atención médica, e incluso necesidades espirituales.

Los campamentos urbanos y el diálogo nacional fueron también la ocasión de encuentros y reencuentros. Nidia – quien conocía a Javier por haber trabajado en su casa en la infancia – se sorprendió la mañana de un domingo de 1984 con la noticia de una visita de varios militantes del M-19 a su barrio, para elaborar un mural en homenaje a su hermano Humberto, muerto en la fuerza rural del M-19 algunos meses antes. En el desarrollo de la actividad, un hombre barbudo, de baja estatura, le preguntó: “Nidia, ¿No me conoces?”:

Y le dije ‘No’ porque yo me lo imaginaba muy diferente, altísimo y todo porque de pequeño era muy lindo, pero se quedó pequeño, y yo nunca me imaginaba que me lo fuera a encontrar en la guerrilla, porque ellos eran una familia conservadora, católica. Y como era el tumbalocas de todo el barrio Quiroga, yo me lo imaginaba altísimo, un hombre muy diferente. Cuando me dice: ‘Yo soy Javier Cárdenas’. Y yo quedé sorprendida, muy sorprendida. Al final, nos dimos un abrazo larguísimo y, a la semana, me fui a visitarle el campamento que habían armado en Villa Gloria y a llevar un mercado.

El encuentro de Nidia y Javier como militantes del M-19 expresa la heterogeneidad de orígenes y trayectorias diferenciadas de quienes hicieron parte de la organización. Paola – la hija de Nidia – tenía 13 años en 1984, al momento de la conformación de los campamentos urbanos. Acompañando a su mamá a visitar el campamento de Villa Gloria, decidió quedarse con Javier y los demás militantes encargados, con el visto bueno de su mamá. Ese sería el inicio de la militancia de Paola en el M-19 de forma independiente a su mamá y sus tíos. La vida en el campamento la familiarizaría con la formación, el trabajo comunitario, y sus primeras tareas como estafeta de Simón, el comandante de la regional de Bogotá. Para Paola, que si bien

reflexiona sobre el lugar problemático de los niños en la guerra (que se puede leer en el Capítulo 1), las experiencias en el campamento la llevarían a tener esa sensación de reconocimiento entre adultos que, para ella, fue una de las motivaciones para permanecer en la organización:

Allá, el trabajo era ayudar a la gente a organizarse. A echar pica y pala para ponerles el agua, y el acueducto, a organizar lo de las basuras, a ayudarlo a levantar la casa a un vecino y al otro...Y dormíamos allá en el campamento en una cama franca, pues que no era cama sino unas tablas ahí...Uno se llena por completo de una cantidad de emociones que además ni conoce ni entiende. Llegar a las casas y que te abrieran la puerta y que la gente del barrio te reconociera y te quisiera, pues, con el reconocimiento que tenía el M en ese momento, era algo muy bonito.

Por el contacto que el campamento barrial facilitaba con la comunidad, los actores que hacían presencia en los campamentos no eran solamente los militantes del M-19 y las personas de los barrios aledaños, sino todo tipo de instituciones y organizaciones que se interesaban en el trabajo barrial. Según las anécdotas, el campamento era visitado por sacerdotes, simpatizantes de la teología de la liberación, miembros de diversas organizaciones políticas e incluso algunos miembros de la Policía Nacional de la localidad (el hecho de que existiera una tregua entre el estado y los movimientos guerrilleros facilitaba estos intercambios). Nidia, por ejemplo, cuenta que, en su barrio, la misa era impartida por un sacerdote alemán que compartía postulados con los sacerdotes de la teología de la liberación y que se había simpatizado con el M-19, por lo que la eucaristía de los domingos se celebraba con la bandera del Movimiento junto al púlpito.



Imagen 2: Misa barrial con la bandera del M-19 en el púlpito.

Fotografía tomada en 1984 en Bogotá (barrio sin especificar).

La experiencia de Nidia con las misas en su barrio y la fotografía anterior muestran un panorama de actores que se mezclaban en el trabajo comunitario barrial. Javier también señaló que en el campamento de Villagloria participó un joven seminarista que terminó uniéndose al movimiento y, con las personas de la localidad, realizaba las novenas de la “virgen guerrillera”. Tolerando las prácticas religiosas e incluso haciéndolas parte de las prácticas políticas, los militantes del M-19 se afirmaban en su forma de proceder heterodoxa e intentaban coexistir con prácticas “propias” del país, como el catolicismo. Del mismo modo, reafirmaban la idea de que el diálogo nacional iba a ser un sancocho, con campo para religiosos, estudiantes, campesinos, sindicalistas, etc.

La zona suroccidental de la ciudad estaba a cargo de Alicia. En esta zona, se construyó un campamento en Kennedy y fue, también, la ocasión de fortalecer el trabajo comunitario que el M-19 venía construyendo en ese sector de la ciudad. El Diálogo Nacional fue el escenario para que familias simpatizantes con el proyecto político del M-19 – como los Peña – eligieran militar de forma permanente en la organización (experiencia que ha sido narrada por Sandra en el capítulo I). Gerardo también ingresó a la organización en ese año, con la consecuente apertura pública que estaba teniendo el movimiento para ese momento. El hecho de que Gerardo, Sandra y sus hermanas Martha y Patricia, Paola y Francly hayan iniciado sus labores de militancia en esta época – siendo todos menores de edad – puede mostrar una coincidencia generacional en 1984. La apertura política del M-19 y su presencia permanente en los barrios, a través de los campamentos, así como el énfasis en el trabajo barrial y comunitario, hicieron probablemente más fácil para los jóvenes involucrarse en el movimiento e interesarse en las actividades políticas.

La principal acción adelantada por Alicia y los militantes barriales como Gerardo en la zona suroccidental de Bogotá fue la organización de los minoristas que estaban marginados de la plaza de mercado más grande de la ciudad: Corabastos. El proceso organizativo tuvo como resultado una toma a las oficinas gerenciales de Abastos y la firma de un compromiso con la agremiación mediante el cual, tanto la Cooperativa como el Gobierno Colombiano, concedían una bodega popular para todos los minoristas, así como garantías para que pudieran ejercer su trabajo⁷³. Alicia narra así el comienzo del proceso organizativo, en el marco del Diálogo Nacional:

⁷³ El Tiempo. Miércoles 8 de diciembre de 1984.

“Estábamos en el Diálogo Nacional y habíamos salido de la estructura los cuadros que íbamos a atender la cosa pública. A mí me tocó la zona de Kennedy y un día una señora nos buscó para comentarnos que a los vendedores minoristas de Abastos los maltrataban mucho. Y organizaron una reunión y nos invitaron a los del M-19...Entonces nos dieron la palabra como representantes del M-19. Yo me agarré ahí de todo el mundo y me subí a la tarima, cogí el megáfono y les eché una carreta y les dije que tocaba irnos a la gerencia a hablar todos los problemas, a negociar, a presionar. Por allá en medio de la multitud apareció una bandera del M-19, y la gente de la bandera andaba animando a la gente a tomarse la gerencia. Y arrancó esa multitud, enardecida, furiosa... Nos fuimos hasta llegar a la gerencia de Abastos. Y por el vidrio se veía adentro la reunión de todos los gerentes de la plaza que eran unos corbatados, eso se secaban el sudor, y al fin salieron dos a decir que podía entrar una delegación de los vendedores de la Plaza, y empieza la gente a gritar: ‘¡Que entre el M-19!’. Entonces los tipos nos dicen: ‘pueden entrar dos’, entonces nos tocó entrar a negociar junto a dos vendedores... Y al final llegamos a un acuerdo que se rompió un año después”.

Luego del proceso con los minoristas de Abastos, se formó el campamento urbano en Kennedy, dirigido por Alicia, y una casa comunitaria a la que nombraron Casa de Varios, cuyo objetivo era, al igual que el campamento, constituir un escenario de intercambio entre el M-19 y la comunidad. Allí se realizaban almuerzos los fines de semana, partidos de fútbol y reuniones organizativas en las que se discutían las necesidades barriales y sus posibles soluciones. En la trayectoria biográfica de Gerardo, haber participado en el proceso organizativo del sector de Abastos fue tan significativo que, incluso actualmente, es una de sus principales tareas políticas. En la actualidad hace parte de la Cooperativa Multiactiva de Mercados Campesinos y ha continuado con el proceso organizativo de los minoristas buscando materializar la promesa de una bodega comunitaria en Abastos, que estaba pendiente desde 1984.

Además del impacto que tuvo para los militantes trabajar en el campo de la organización comunitaria, la presencia del M-19 en los barrios también tuvo un impacto en la comunidad. Es decir, fueron impactos recíprocos. Por un lado, se impulsó la militancia barrial, ingresando una nueva generación de militantes al movimiento (como la familia Peña, Francy, Paola y Gerardo), y esta nueva militancia daría origen a la creación de las “Milicias Bolivarianas”. La estructura de Milicias Bolivarianas se creó a nivel nacional y tenía como finalidad agrupar a las estructuras locales de trabajo que se habían creado en los barrios, siendo intermediaria entre las comunidades y el Movimiento (los límites y tensiones en la definición de dicha estructura han sido discutidos en el capítulo 4: Ocupar una posición). Por otro lado, se impulsaron procesos de trabajo que mejoraron parcialmente las necesidades de los barrios, como la creación de vías y la instalación de redes de acueducto.

Los procesos organizativos que impulsó el M-19 durante 1984 en Bogotá se manifestaron en la movilización convocada para el 15 de marzo de 1985 en la Plaza de Bolívar, denominada “Manifestación del Desagravio a la Paz y la Democracia” (y que sería replicada en otras ciudades del país, como Cali). El M-19 buscaba, con esta manifestación, consolidarse no solamente como organización guerrillera sino como fuerza política, mostrar su capacidad de convocatoria y presionar al gobierno de Belisario Betancour para continuar el proceso de diálogo, que se encontraba en tensión durante ese período. Diversos diarios nacionales cubrieron el evento. En El Tiempo se hace referencia, primordialmente, a las declaraciones hechas por Antonio Navarro y Vera Grabe concernientes a que la entrega definitiva de las armas ocurriría únicamente cuando se garantizaran las condiciones de la amnistía definitiva. El diario se ocupa en señalar que “con un lenguaje ramplón y grotesco” “expresiones soeces” y “palabras de grueso calibre”⁷⁴ los comandantes guerrilleros del M-19 denunciaron diversas medidas del gobierno de Belisario Betancour que, desde su perspectiva, constituían obstáculos para el camino del diálogo nacional. El Espectador, por su parte, tiene un tono menos preocupado por las afirmaciones y el lenguaje de los portavoces del movimiento, haciendo énfasis en el desarrollo de la jornada y los diferentes lugares de procedencia de las personas que se dieron cita en la Plaza de Bolívar. Incluso, acompañan el reporte con una foto que visibiliza la magnitud de la movilización:



⁷⁴ El Tiempo. “M-19 declara territorio libre de Colombia a Los Robles”. 16 de marzo de 1985.

Imagen 3: Con un lenguaje un poco menos “condenatorio” que el de El Tiempo (y menos preocupado por el uso del lenguaje de los portavoces de la guerrilla), El Espectador muestra, el 16 de marzo de 1985, el desarrollo de la marcha del desagravio y su aspecto en la Plaza de Bolívar de Bogotá.

Sin que fuera una pregunta específica dentro de las entrevistas, los testimonios de todos mis entrevistados consideran una experiencia relevante haber participado en la movilización del 85. La marcha dejaba ver la magnitud colectiva que habían alcanzado las propuestas políticas del M-19 para el momento. Constituía también una evaluación de los proyectos comunitarios que la organización se había propuesto adelantar en el transcurso de 1984. Por lo tanto, los testimonios sobre la movilización están llenos de la alegría colectiva:

Gerardo: Recuerdo mucho la manifestación del Desagravio a la Democracia, que el M-19 llenó la Plaza de Bolívar... En esa manifestación habla Almarales, habla Antonio Navarro... Y era, digamos, como la legalización del discurso oficial del M-19 en público. Se habló sobre qué era lo que pensaba el M-19, cómo se debía hacer la paz en Colombia. Además, esa actividad también fue la medición, pienso yo ahora, de lo que significaba para el M-19 la gente o el M-19 qué significaba para la gente... Porque es que, allá, la gente llenó a reventar la Plaza, eso era una vaina espectacular. Osea, un grupo guerrillero, un grupo de bandidos, como nos había llamado el Estado, llenó con fuerza una Plaza como ningún candidato presidencial podía hacer.

Alicia: Yo despedí de Banderas, ese día, 25 buses llenos. Y yo iba en un bus de esos con un megáfono, prendida en la puerta, llamando a la gente para que se subiera donde pudiera y que nos veíamos en la Plaza. Iba gritando las consignas y después me decía una compañera de la dirección regional, Silvia, me decía: ‘Yo la oía, la oíamos con Lucho y sabíamos que esa cantidad de gente iba para allá y nos parecía un sueño’... Decíamos: ‘Es un sueño, sí, es un sueño’.

Nidia: Y la otra cosa que recuerdo con mucho cariño es haberles podido decir a los del gobierno, en la Marcha del Desagravio, ‘venga que aquí está la plaza llena’. Eso fue otra cosa muy hermosa de lo que hicimos con el M. A mí me tocó sola y me mandaron a ir a San Jorge porque no se sabía bien quién iba a ser el responsable allá, pero llegué y a la primera casa que toqué dije: ‘Si quieren ir al encuentro del M-19, hay un bus en el parque’ y la señora de una vez me respondió: ‘Claro, claro’. Y cuando se dio cuenta de que yo estaba sola, se puso a ayudarme. Y así empezó a llegar más y más gente, y cuando nos dimos cuenta hicimos dos viajes de buses llenos de gente. Ellos convocaban a la gente y llegaba todo el mundo.

Paola: Eso era tenaz, bajábamos con esos buses y todo el mundo se montaba. Yo iba en el platón de una camioneta con una bandera gigante del M-19 y todo el mundo se montaba, eso era lleno, lleno todo, impresionante. Yo iba en una camioneta invitando a la gente en los barrios y diciendo que había buses en tales lados, pero la camioneta misma iba llena de gente.

Francy: La historia de la marcha del desagravio del 85, cuando llenamos la Plaza de Bolívar es muy linda. Porque es que, yo tengo unos videos, y se ve llegando a la Plaza a los zorreros, la gente de Abastos, eso es un desfile hermosísimo. Y se ven unas caras que uno dice: ‘¡Eso es una locura!’... Ahí sí se cumplió lo del Sancocho Nacional, se ve de toda clase de gente llegando a la Plaza de Bolívar... Se ve que el M para esa época había logrado recoger a mucha gente, hacerse muy diverso

A pesar de que la mayoría de los entrevistados señaló como positivas las experiencias adquiridas en el campo del trabajo barrial y comunitario, y de las iniciativas que se adelantaron con miras a la satisfacción de las necesidades locales (insatisfechas y poco atendidas por el Estado), algunos resultados de la presencia del M-19 en los barrios fueron más problemáticos. Javier, por ejemplo, señaló que:

Lo negativo de ese trabajo fue que le terminamos llevando la guerra a la gente a sus propias casas. Y después, cuando se rompió el diálogo, fue esa gente la que tuvo que pagar el pato porque les cayó con toda, la Policía y el Ejército, y tuvieron unos combates muy duros, durísimos. Entonces yo pienso que lo que nunca evaluamos nosotros era que le estábamos llevando la guerra a la gente a la puerta de su casa, que iban a quedar identificados y que les iba a tocar durísimo...

Efectivamente, después del rompimiento de la tregua con el gobierno y el regreso de los militantes visibles del M-19 a la clandestinidad, las situaciones de enfrentamiento se recrudecieron en los barrios. Lucía señaló que uno de los combates más fuertes que vivió en Ciudad Bolívar entre miembros del M-19 y el Ejército Nacional ocurrió poco después de la ruptura de la tregua. Por otro lado, algunos de los jóvenes que habían participado en las actividades adelantadas por el M-19 en los barrios populares de las diferentes ciudades del país – al haber aprendido sobre el uso de armamento y las dinámicas de las organizaciones insurgentes – pusieron en marcha sus propias escuadras armadas, luego de que los miembros del M-19 se marcharan de los barrios, e incluso después de la desmovilización oficial de la organización. En el libro publicado por el Centro de Investigación y Estudios Populares, CINEP, titulado *No nacimos pa' semilla*, y resultado de una investigación adelantada por Alonso Salazar sobre “la cultura de las bandas juveniles en Medellín”, se señala cómo algunos de los primeros organizadores de las pandillas en las comunas de dicha ciudad habían participado de actividades adelantadas por el M-19 en sus barrios. El siguiente es uno de los testimonios recogidos en el libro:

En el 85, llegaron al barrio los del M-19. En ese tiempo estaban en el agite de los acuerdos de paz con Belisario. Un día pasaron, en un carro rojo, invitando a todos los que quisieran asistir a los campamentos. Allá fuimos a parar muchos, incluidos todos los viciosos y malos del barrio. Eso era tremenda novedad. Uno pillar los chachos en directo, ¡Uy, sopas!...Ellos daban charlas de formación política y organizaban actividades con la comunidad. A los que nos habían metido de milicianos nos daban instrucción político-militar. Aprendimos a manejar fierros, a hacer explosivos, a planear operativos militares sencillos. Pero a la mayoría de los pelados no les sonaba tanto la carreta política, les tramaba más que todo lo militar...Después empezaron a fallar los acuerdos con el gobierno. La policía allanó el campamento y se bajó la bandera. No se llevaron gente porque los compañeros estaban pilas y avisaron con tiempo. Los del Eme organizaron varios operativos, se dieron fuerte chumbimba con el ejército y

después se pisaron... Muchos de los pelados de las milicias quedaron sueltos. Sólo unos pocos se fueron con la guerrilla, pero la mayoría se regresaron. Algunos de ellos formaron combos para trabajar de cuenta propia. Esos combos se volvieron tremendas bandolas. Como tenían los conocimientos de la instrucción, a punta de trabucos y petardos armaron el descontrol...⁷⁵

Aunque, en el desarrollo de la investigación, no tuve conocimiento de casos de este tipo en la ciudad de Bogotá, por lo reducido de los casos con los que trabajé, no es descartable que situaciones similares ocurrieran en la ciudad. Así pues, está por explorarse en profundidad la relación entre la inserción del M-19 en los barrios de Bogotá durante 1984 y las diversas formas de violencia y pandillismo de finales de la década de los 80's y principios de los 90's en la ciudad (especialmente después de que se rompiera la tregua con Betancour en 1985).

Conclusión

El proceso de paz con el gobierno de Belisario Betancour en 1984 le permitió al M-19 intensificar las tareas de inserción en las comunidades barriales de diversas ciudades del país, incluida Bogotá. El establecimiento de campamentos urbanos en 5 puntos de los barrios populares de la ciudad, en los que el M-19 tenía algún tipo de trabajo previo, fue recordado por todos los militantes entrevistados como un periodo significativo en el tiempo que pasaron dentro de la organización. El impacto de los procesos adelantados con las comunidades barriales en las trayectorias vitales de los entrevistados y de los habitantes de los barrios se puede analizar en tres niveles.

En primer lugar, para quienes ya eran militantes en la organización, los procesos comunitarios y políticos adelantados durante el diálogo nacional fueron la oportunidad de experimentar la voluntad de “ser gobierno”. Fueron también la posibilidad de poner en práctica capacidades organizativas y políticas. Facilitaron el intercambio con otro tipo de actores (armados y no armados) en la comunidad, así como el intercambio entre las formas de vida de los habitantes de los barrios y de los militantes que habitaban en el campamento. El contacto con las necesidades vecinales, la participación en asambleas y reuniones organizativas con los vecinos y el trabajo comunitario para solucionar problemas locales (como la instalación de redes improvisadas de acueducto y el arreglo de vías) le brindó a los militantes una oportunidad de experimentar los procesos organizativos y las formas de vida comunitarias que querían poner en práctica. Para militantes como Gerardo, el impacto de estas experiencias determinó su

⁷⁵ Alonso J. Salazar, *No nacimos pa' semilla*, (Bogotá, CINEP, 1998), 86-87.

voluntad de continuar el compromiso organizativo que adquirió con los vendedores informales de Abastos hasta la actualidad. El hecho de que todos recuerden la movilización denominada “Marcha del desagravio a la democracia” como un acontecimiento significativo durante este período, muestra el valor que tuvo la experiencia práctica de vivir con las comunidades e intentar ofrecer alternativas de gobierno en la escala local. Era un pequeño “triunfo” para las aspiraciones políticas del Movimiento, y, en esa medida, para los militantes que se habían comprometido con dichas aspiraciones políticas.

En segundo lugar, la “apertura” política que experimentó el M-19 en los barrios populares de la ciudad durante 1984-1985 facilitó el ingreso de toda una nueva “generación” de militantes, en su mayoría jóvenes provenientes de los barrios en los que el movimiento adelantaba sus experimentos organizativos. A diferencia de las primeras generaciones - de jóvenes provenientes de sectores urbanos de clases acomodadas - para las que entrar al M-19 implicaba ponerse en la difícil tarea de buscar el contacto con la organización, en el caso de Paola, Francy, Sandra y sus hermanas, y Gerardo, el contacto es facilitado por la coyuntura política que atravesó la organización durante ese momento.

En tercer lugar, el contacto entre comunidades barriales urbanas y el M-19 en los campamentos urbanos durante el diálogo nacional tuvo otro tipo de consecuencias en la forma en la que los barrios de las ciudades vivían el conflicto armado. El fracaso de las negociaciones con Betancour, la ruptura definitiva de la tregua en julio de 1985, el regreso de los mandos medios a la clandestinidad y el “abandono” de los campamentos urbanos, fueron la ocasión para que no solamente la organización entrara en las lógicas de la confrontación nuevamente, sino para que comunidades urbanas en Bogotá vivieran el recrudecimiento de la guerra. Las palabras de Javier, sobre “haberle llevado la guerra a la gente a su propia casa” son muy reveladoras en ese sentido. También lo es el conjunto de testimonios recogidos por Gerardo Salazar en su trabajo con el CINEP, visibilizando la relación entre las capacitaciones militares de jóvenes en los campamentos de paz del M-19 en Medellín, la posterior ruptura de la tregua, y la conformación de bandas criminales juveniles. Si bien en el trabajo investigativo no encontré situaciones de este tipo, es una posibilidad investigativa que queda abierta considerando no solamente el trabajo existente del CINEP con los testimonios de Medellín, sino también el hecho de que los campamentos urbanos del M-19 implicaban la formación político-militar de cuadros vecinales cuyo ingreso definitivo a la organización no estaba completamente garantizado.

7. ESTAR EN OPERATIVOS

Los operativos aparecen como una experiencia común a todos los entrevistados con los que hablé. En esa medida, parece que constituían la actividad principal para la fuerza militar urbana del M-19. Era el escenario en el que se ponían en práctica los conocimientos adquiridos en las capacitaciones militares, pero también era el escenario para demostrar el compromiso con la organización. La participación en un operativo no era de carácter obligatorio, eran los militantes quienes manifestaban su deseo de implicarse en operativos, o de quedarse como apoyo, en el sector de comunicaciones, o en las casas de seguridad. Quienes manifestaban su deseo de participar en los operativos eran seleccionados (o no) por los mandos de cada acción. Así, los militantes veían su participación en los operativos como una oportunidad de reafirmar sus capacidades individuales y de ganar reconocimiento en el movimiento, aspirando incluso a adquirir rango militar para conseguir ascensos en la escala organizativa. De ahí que las Fuerzas Especiales – el grupo encargado de operativos complejos – fueran para algunos de mis entrevistados una especie de “cuerpo élite”, pues eran personas que adquirirían gran experiencia militar con cada operativo, y eran reconocidos de manera colectiva por encabezar los operativos significativos para el movimiento.

El gusto de participar en los operativos se manifiesta en el testimonio de personas como Lucía y Lina, quienes señalaron que la actividad que más disfrutaron – de su paso por el M-19 – fue la participación en operativos (debido también a su preferencia por los aspectos “militares” de la organización, discutido en el capítulo 4). Sus motivaciones para participar en los operativos no eran solamente las posibilidades de ser reconocido en el Movimiento o de adquirir rangos militares, sino también las sensaciones que la participación en un operativo generaba, incluso, en sus experiencias corporales. En palabras de Lucía:

Siempre me gustó operar... Y me gustaban las situaciones en las que había adrenalina. Es que la adrenalina es una vaina que tú sientes en el cuerpo, y se acaba el operativo, las cosas salen bien, y uno queda con ganas de volver a sentir esa sensación, el nerviosismo, las ganas de correr, la consciencia de que estás participando en algo grande... Por eso también, me gustaban los operativos, por la adrenalina...

Este aspecto resulta interesante porque – aunque las situaciones de guerra y confrontación traen a la mente de las personas, primero que todo, sensaciones dolorosas, escenarios negativos y sufrimiento –, en el caso de los militantes urbanos hay también una sensación de disfrute asociada a la participación en los operativos. Participar en un operativo urbano no era solamente, para los militantes, una carga, una responsabilidad que debían “aguantar”, sino también una

actividad que podían disfrutar y asumir con alegría. Esto sin negar que, como actores armados, quienes hacían parte de los operativos estaban dispuestos a ejercer violencia (y quizás a disfrutarlo). Los militantes debían lidiar, por un lado, con el compromiso con la organización y el disfrute de las actividades realizadas durante la militancia, y por el otro, con el panorama de la guerra y su rol como actores armados, teniendo la posibilidad de ejercer violencia física contra otras personas o de morir en la confrontación. Así, en las narraciones de mis entrevistados sobre su participación en operativos, se traslapan el disfrute y la violencia como parte del mismo escenario. Gerardo, por ejemplo, narró cómo en su primer operativo se tuvo que enfrentar al acto de disparar contra otra persona, siendo aún menor de edad:

Se armó una balacera en Abastos...Tuvimos un enfrentamiento armado muy fuerte con policías y celadores...Yo tenía 17 años... Y fui detenido ese día porque había muchas cosas sobre armas que yo no sabía. La caída mía a la cárcel sucede por una cosa sencilla: Se supone que un revólver trae siempre seis tiros, y resulta que en esa época habían sacado, en un operativo, como ochenta fierros. Esos fierros eran Rubí Español, y resulta que esos Rubí Español eran de cinco tiros, no de seis. Entonces lo que pasó fue que en el operativo de Abastos yo iba contando los tiros y tenía en mente los seis tiros que se supone que tenía, por lo que me habían dicho en las capacitaciones. Y resulta que yo le iba a disparar a un celador, estaba dispuesto a dispararle de frente al pobre tipo, porque se suponía que era ya mi retirada, era el último tiro que tenía. Osea había disparado cinco tiros y se suponía que me faltaba uno, pero entonces el revólver tenía sólo cinco tiros, y no pude dispararle al hombre...Y ahí es cuando me cogen...

Es importante señalar que, para mis entrevistados, fue mucho más fácil hablar de los aspectos positivos de los operativos y de acciones militares que se desarrollaban de forma exitosa. En contraste, identificarse como actores del conflicto, hablar de los hechos violentos de los que pudieron hacer parte o de las consecuencias no esperadas de la guerra en la que participaron, fue un aspecto mucho menos tocado a lo largo de las entrevistas. En la anécdota de Gerardo, el foco del relato es la razón por la que él terminó encarcelado, narrando su problema con el revólver, en cambio el hecho de disparar contra el celador, con la posibilidad de matarlo en el momento de la confrontación, pasa como parte del relato, no como su punto principal. En otros casos, dicen mucho más los silencios de los entrevistados. La serie de artículos compilados en el libro *Shadows of War: A Social History of Silence in the Twentieth Century*, muestra en diversos contextos, el rol que juega el silencio en la forma en que se recuerdan y narran las experiencias de la guerra. En general, el texto hace énfasis en la importancia no solamente del discurso, sino también de los silencios, en las narraciones. Con frecuencia, los silencios pueden estar relacionados con lo que se decide mostrar y olvidar de una historia “oficial” que se construye sobre las guerras. Pero también pueden estar asociados a experiencias traumáticas que han

vivido quienes participaron en una guerra y deciden, en un ejercicio de olvido consciente, no narrar lo sucedido. Del mismo modo, ante la posibilidad de ser juzgado moralmente por las acciones propias, los individuos que han participado en conflictos prefieren callar las situaciones difíciles⁷⁶.

En cuanto a la narración de las confrontaciones o a las posibilidades de haber asesinado a alguien imperan los silencios en los relatos. En ese sentido creo que, en la experiencia militante, es mucho más fácil reconocerse como actor político que como victimario. Creo que incluso para mí – como hija de una mujer que participó del conflicto y lo vivió de forma directa – ha sido mucho más fácil reconocer a mi madre como activista política que como parte de uno de los actores armados del conflicto colombiano. Sin embargo, no se puede negar que, como militantes de una organización política-militar, mi madre y las personas con las que hablé asumían el uso de las armas como parte del proceso revolucionario y en esa medida estaban dispuestos a asumir su posición como actores del conflicto. De hecho, puede que desarrollaran relaciones diferentes con el significado de portar un arma. Podía existir, incluso, una perspectiva “romántica” sobre el revolucionario y el uso de las armas. Puede venir de ahí la apreciación de Lucía sobre la primera impresión que tuvo cuando vio a una mujer miembro del M-19 portando un revolver: “me pareció que se veía poderosa”. Entre el material visual encontrado, existen varias fotografías en las que los miembros del M-19 se retratan con armas y fusiles:



⁷⁶ Efrat Ben-Ze'ev, *Shadows of War: A Social History of Silence in the Twentieth Century*, Editado por Ruth Ginio y Jay Winter. (Cambridge: Cambridge University Press, 2010)

Imagen 4: Miembros del M-19 en las montañas del Cauca, entre ellos Jesús María Páez, hermano menor de Nidia (a la derecha). 1986. Tomada de archivos personales de los militantes.

En cuanto a los tipos de operativos en los que participaron, se debe señalar que los entrevistados estuvieron únicamente en operativos de escalas regional y local. Ninguno de ellos estuvo presente en operaciones de resonancia adelantadas por el M-19 a nivel nacional como la toma de la Embajada de República Dominicana, la toma del Palacio de Justicia, el robo del Cantón Norte, entre otros. Todas estas operaciones eran adelantadas por miembros de la Fuerza Nacional de Operaciones y algunos líderes del comando superior. Así, pues, el impacto de los operativos que se narran en este capítulo fue relativamente pequeño. Los más comunes eran los de “recuperación”, tanto de dinero como de materiales para los barrios y de armas, así como los de propaganda armada. En ese sentido, es de esperar que probablemente no era lo mismo llevar a cabo un operativo de escala local, “recuperando” armas o repartiendo panfletos, que llevar a cabo un operativo de escala nacional como la toma de la Embajada de República Dominicana. Así, los operativos que tuvieron la oportunidad de experimentar mis entrevistados pueden diferir mucho de la forma en que experimentaron la vida operativa los miembros del comando superior o quienes ocupaban lugares superiores en la jerarquía organizativa.

En la planeación de los operativos, se seguía un procedimiento riguroso en el que las jerarquías organizativas jugaban un papel importante. Según Javier, por ejemplo, una vez el mando seleccionaba las personas que participarían en el operativo y les asignaba el rol que desempeñaría cada uno, no había campo para las discusiones. Era el mando operativo quien definía con quiénes iba a adelantar la acción y quién desempeñaría qué tipo de papel. En estos casos, trasgredir las orientaciones operativas del mando podría acarrear un juicio político y un castigo para los militantes, ya que implicaba poner en riesgo la operación. Del mismo modo, después de realizado el operativo, el mando de la acción debía redactar un informe a la comandancia regional anunciando el éxito o fracaso de la operación, sus resultados exactos, y asumir la responsabilidad en caso de que el operativo fracasara⁷⁷. Cada estructura operativa era evaluada por el comando regional al que estuviera adscrita, conforme los resultados que presentara a nivel operativo. Estos resultados eran razones de peso para considerar ascender a

⁷⁷ Este tipo de disposiciones organizativas se pueden leer en los Estatutos del M-19, en los capítulos VI y VII, llamados respectivamente “Del dirigente del M-19” y “De la Evaluación”.

un nivel superior a los mandos medios o, lo contrario, asignarles castigos o adelantar juicios por incumplimiento de sus tareas.

Sin embargo, en ocasiones, los mandos medios no participaban directamente en la planeación y ejecución de operativos pequeños, por lo que la rigurosa estructura de control de las operaciones del M-19 no siempre funcionaba de forma perfecta. Sandra, por ejemplo, señaló que en 1985 su familia vivió una situación desafortunada porque – por orden de su mando inmediato, Alicia – planearon un operativo para “recuperar” una serie de uniformes militares. En el operativo, participaron 6 personas: el papá de Sandra y sus dos hermanas, Martha y Patricia, además de Alcira, la joven conocida de Gerardo que lo ingresó al movimiento, y un joven que por la época era compañero sentimental de Martha. El operativo no salió como esperaban y tuvo como resultado la muerte del joven que los acompañaba, la detención de Martha y Alcira, y la huida del padre de Sandra y su hermana Patricia, para evadir la búsqueda de la Policía:

Iban a recuperar unos uniformes en una casa de unos policías en el barrio Britalia. Se armó todo el operativo en mi casa, y se fueron mis dos hermanas, Martha y Patricia, un compañero que venía del monte y que era compañero de Martha, al que le decíamos El Pulga, y Alcira, una compañera que era de Abastos...Entonces ellos ya estaban organizados: Martha y El Pulga tenían que ir al segundo piso por los uniformes, y Patricia y Alcira se quedaban en el primero haciendo contención, y mi papá en una esquina cubriéndolos...Entonces lo hicieron como era, pero cuando Martha y El Pulga suben los recibieron a plomo, mi hermana gracias a Dios se esconde y les responde al fuego. Y Pulga también, pero lo que cuentan es que él se escondió detrás de un armario, lo mataron, y mi hermana estaba más resguardada. Llegó refuerzo de la policía, y a Alcira y a Martha las capturan pero a Patricia, que estaba en el primer piso no, porque ella se escapa con mi papá. Después de eso, de ese operativo donde cae mi hermana, a ellos les hicieron un juicio político, la organización los juzgó, porque en ese entonces Alicia, que era el mando, ella niega haber ordenado ese operativo y haberlo dirigido. Y lógico que no lo hizo, porque ella dio la orden de recuperar unos uniformes pero nunca dijo cómo lo hicieran. Entonces, de hecho, si se hace un operativo para obedecer su orden, ella no debió haberlo deslegitimado como lo hizo, y más lo hacía sabiendo que hubo un compañero muerto y dos en la cárcel. Más lo hacía, ¿sabes por qué? Porque los mandos la apretaban a ella seguramente... ¿Y a quienes les hacen el juicio? Pues a mi padre y a mi hermana Patricia...

La historia del operativo fallido de los Peña muestra, por un lado, la forma en la que se planeaban y llevaban a cabo los operativos en pequeñas estructuras. Por otro lado, deja ver que la jerarquía organizativa no era lo suficientemente rigurosa para garantizar que todos los operativos, incluso los de pequeña escala, fueran planeados y ejecutados exclusivamente por los mandos, quienes, además, eran los que debían asumir los éxitos o fracasos de la operación. En este caso, el mando emite la orden de conseguir uniformes, pero no tuvo una participación directa ni en la

planeación ni en la ejecución del operativo, por lo que no asume la responsabilidad directa de las fallas en la operación. Así, la sanción pasó al padre de las Peña, quien recibe como castigo la imposibilidad de volver a participar en un operativo militar. También se puede ver cómo, en este caso, con buena parte de una misma familia implicada en el operativo, sus fallas no tuvieron un efecto solamente en la vida militante de los participantes, sino también en la vida familiar. El padre tuvo que abandonar sus actividades laborales al estar en riesgo de ser identificado por la policía, además de ser juzgado por la organización, la hermana menor tuvo que huir y unirse a las columnas rurales del M-19, la hermana mayor estaba encarcelada, Sandra estaba embarazada y su madre enferma.

Resulta interesante que, para un investigador alejado de las dinámicas de la guerrilla, las situaciones en los operativos puedan implicar al mismo tiempo tensión y dolor, pero también alegría y una especie de nostalgia al ser rememoradas. He notado que, en cada encuentro o conmemoración del M-19, es común la práctica de recordar experiencias comunes en operativos y narrarla a los demás. En algunos casos, incluso, la diversión y la alegría superan al dolor y la angustia. Por ejemplo, Javier me narró su primer encuentro con un helicóptero de combate, en las columnas rurales del M-19. A pesar de lo angustiante que pudo haber sido la situación en el momento vivido, Javier la cuenta con alegría y bromea sobre eso. Pienso que uno de los factores que inciden en esta forma de narrar hechos dolorosos es la distancia temporal entre la experiencia de estos hechos y el momento en el que me lo contaron.

Había otros casos en los que los operativos tenían resultados exitosos, y en estos casos no solamente era una situación de regocijo, sino que también son narradas de forma alegre por los militantes en la actualidad, haciendo énfasis en sus aspectos divertidos o positivos. Tal como narró Paola en su testimonio, verificar que todos los miembros de un comando regresaban del operativo y que éste se había desarrollado de forma exitosa, era un motivo de regocijo y alegría. Lucía, por ejemplo, narró su participación en varios operativos que tenían como objetivo la “recuperación” de armas. Su mando en estos operativos había decidido adelantarlos contra patrulleros de la Policía que se encontraran, solos o en grupos pequeños, trabajando en Ciudad Bolívar. Sin embargo, en estos casos, una de las órdenes era reducir al mínimo las posibilidades de una confrontación armada. Lucía recuerda que uno de los aspectos positivos de este tipo de operativos no fue sólo que los realizaron con éxito sino que ella tuvo la oportunidad de actuar como mediadora en varias oportunidades, e, incluso, interactuar con sus “víctimas”:

Gildardo nos mandaba a recuperar un arma y nos decía: ‘Hombre, no vamos a matar a este tombo, cómo lo vamos a hacer, no lo sé, pero no se le hace nada al tipo’...Y yo operé con varias muchachas de Ciudad Bolívar en esa tarea, y en mis manos fueron cuatro policías a los que les quitamos los revólveres. Y pues era como tan dulce, porque les estábamos haciendo un mal pero sin hacerles daño. Nosotros cogíamos ese policía, le quitábamos el arma y yo era una de las que me lo llevaba a tomar agua aromática y a tranquilizarlo: ‘Hermano, nosotros somos del M-19 y necesitamos ese fierro que usted tiene ahí. Colabore con nosotros, piense en su familia, vea que el arma ni siquiera es suya’... Pero era tan bonito para mí, porque yo decía: ‘Mierda, le quitamos un arma ¡Y no le hicimos ni un rasguño!’... En una de esas nos hicimos dos policías amigos, nos dijeron que ellos entendían algunas de las cosas por las que peleaba el M. Y ellos luego nos ayudaban a nosotros, nos ayudaban a conseguir munición y nos avisaban cuando llegaban compañeros detenidos a su estación...Fue un empate muy chévere el que hicimos con esos policías. Casualmente, hace cuatro años murió uno de ellos y yo fui al entierro, porque fue un loco que nos avisaba muchas cosas, nos regalaba cosas. Y nos volvimos muy buenos amigos

La entrevista de Lucía está llena de matices entre el disfrute del trabajo militar urbano en los operativos y el hecho de estar participando de una guerra, lo que genera sufrimiento y situaciones dolorosas. Al pedirle a Lucía que narrara dos sucesos que recordara particularmente de su experiencia como militante urbana del M-19 narró, por un lado, la anterior historia en la que los operativos finalizaban con éxito y ella se permitió humanizar a sus “enemigos”, los miembros de la Policía Nacional, e incluso entablar una amistad con ellos. Pero, por otro lado, narró una confrontación con la Policía a raíz de un asesinato de uno de los mandos en Ciudad Bolívar, en el que ya los miembros de la Policía no eran actores individuales con los que ella medió y charló, sino los enemigos en el enfrentamiento. En este caso, Lucía no se detiene a evaluar las pérdidas humanas del enfrentamiento (un militante del M-19 muerto y 4 heridos, y 11 policías muertos del otro lado)

Conclusión

Los operativos fueron parte fundamental de las narraciones de todos los entrevistados. Cada uno tenía al menos dos anécdotas concernientes a su participación en diversos operativos de la organización. Sobre las experiencias en este campo particular se pueden concluir tres grandes ideas. Por un lado, el importante papel que tenía la participación en operativos dentro del mundo de la militancia guerrillera, siendo los escenarios en los que se ponían en práctica las capacidades militares y conspirativas de cada cual. Adicionalmente, la participación en un operativo implicaba ser reconocido como parte del movimiento y comprometerse en mayor medida con los proyectos de la organización. Así, en la vida guerrillera se presentaba con cierto

romanticismo la posibilidad de participar en los operativos de la organización (lo que implicaba también una relación diferente con las armas y con la identidad de “actor armado”)

En segundo lugar, las narraciones dejan ver el funcionamiento de los operativos y las formas en que se llevaban a cabo. El análisis de fuentes documentales muestra que los operativos eran organizados por el M-19 según sus propósitos y objetivos, y su lugar en una escala de “impacto” que iba desde lo barrial y local hasta lo nacional. Las fuentes también muestran que existía una preocupación por el funcionamiento de la jerarquía organizativa cuando se trataba de los operativos. Por medio de informes escritos, los mandos asumían la responsabilidad en las acciones armadas adelantadas por su estructura y tenían el trabajo de elegir los militantes participantes y el rol de cada cual. Un mal resultado en un operativo implicaba juicios políticos a los mandos y procesos disciplinarios en la organización. Sin embargo, la anécdota de Sandra puede discutir con esta perspectiva, al mostrar que existían ocasiones en las que la jerarquía organizativa no era perfecta (un argumento similar ha sido explorado también en el capítulo 4: “ocupar una posición”, sobre los límites difusos y la relativa falta de control total sobre la estructura organizativa).

En tercer lugar, en las narraciones de los entrevistados sobre su participación en operativos es interesante analizar no solamente lo que se dice, sino también la manera en la que se dice, y lo que se calla. En estos casos he encontrado que, por un lado, la distancia temporal permite a los militantes una mirada especialmente nostálgica sobre los operativos, rescatando aspectos jocosos y anecdóticos en una mayor medida que aspectos dolorosos. Por otro lado, los silencios recaen especialmente sobre aspectos como la posibilidad de haber asesinado a alguien o el hecho de reconocerse como “victimario” (lo que tendría que ver con la posibilidad de ser sometidos a juicios morales). Por último, la forma en que son presentadas las narraciones de los operativos muestra una aproximación emocional “bipolar” hacia los operativos: Eran situaciones disfrutables, jocosas, excitantes, pero también dolorosas y angustiantes.

CAPÍTULO 8: ESTAR ENCARCELADO

La tregua de 1984-85 no fue de ninguna manera un periodo pacífico. A pesar de que se había pactado un cese al fuego bilateral, ambas partes violaron repetidamente dicho punto del acuerdo. Pese a que fue la oportunidad del M-19 de construirse como movimiento político, las tensiones con el gobierno nacional eran constantes hasta que, finalmente, después de varios casos de bombardeos a campamentos rurales del Movimiento y confrontaciones con el Ejército Nacional, el M-19 decide declarar rota la tregua el 20 de junio de 1985, día para el cual las centrales obreras y otras agremiaciones habían citado un Paro Nacional. Olga, Javier, Gerardo, Sergio y Martha, la hermana mayor de Sandra, fueron encarcelados en los días siguientes a la ruptura de la tregua. En este caso – a pesar de los diversos rangos en la organización que tuviera cada uno, de su grado de compromiso, del tiempo que llevara militando, de su gusto por la política o el aspecto militar, etc. – el paso por la cárcel es una experiencia que, si bien se manifiesta de manera particular en cada caso individual, también puede condensar algunos aspectos del paso por la cárcel como miembro de un grupo guerrillero en Colombia.

Días antes de la jornada de protesta del 20 de junio de 1985, se comenzaron a dismantelar los campamentos y las estructuras de militantes barriales empezaron a preparar sus acciones para el día del Paro. En Ciudad Bolívar, se comenzó a dismantelar el campamento de Villa Gloria y a planear las acciones de adhesión al Paro Nacional que iban a poner en marcha al día siguiente. Javier narra así el desarrollo de la jornada:

Nosotros arrancamos muy temprano esa mañana, como a las cuatro de la mañana de una casa en el barrio donde estábamos durmiendo, si es que eso se llama dormir porque de todas maneras desde la noche anterior sabíamos que iba a ser tropel seguro al otro día. Entonces habíamos recibido la orden de volar una torre de energía y un puente. Entonces la unidad que iba a volar la torre se equivocó con el material de los explosivos y les estalló antes de tiempo, eso estalló como a las cinco de la mañana y se esperaba que estallara por ahí a las 7 u 8. Entonces qué pasa, eso pone en alerta a la policía y al ejército que ya de por sí estaban en super alerta máxima. Nosotros nos estábamos desplazando hacia el puente, para volarlo, e íbamos caminando cuando llegamos a un barrio que se llama La Paz donde había un simpatizante nuestro y ese barrio era del trabajo del Partido Comunista. Entonces estando ahí empezamos a darnos cuenta que la policía nos hizo una maniobra envolvente, y quedamos encerrados, yo me empiezo a pillar eso y le digo a la gente: 'Desármense, dejen todo lo que tengan en la casa del simpatizante nuestro'. Entonces la gente empezó a dejar todas las cosas que tenía ahí, y a irse, pero de todas maneras el mando tiene que quedarse hasta el final porque tiene que responder. Entonces nos quedamos y nos cogieron a siete...

El Tiempo, el día 21 de junio de 1985, reporta la captura de 9 integrantes de una célula del M-19 en la localidad de Ciudad Bolívar. Según el diario, los habían encontrado con armamento y

explosivos que pretendían utilizar en la jornada de protesta. El diario revela los nombres reales de los detenidos, entre los que se encuentran Javier, Olga y Sergio⁷⁸.

Simultáneamente, otros miembros de la zona de Ciudad Bolívar – como Lucía y Lina – se encontraban esperando órdenes de la comandancia regional para poner en marcha actividades como quema de buses y entrega de panfletos. Sin embargo, la detención temprana de algunos miembros de la estructura hizo que se cancelaran las actividades programadas para ese día en ese sector de la ciudad. Simón, el comandante general de la estructura de Bogotá, también estaba en Ciudad Bolívar en una casa de seguridad del M-19. Paola no fue detenida porque era demasiado joven y no portaba ningún artefacto sospechoso, por lo que su papel fue estar junto a Simón como su informante:

Yo estaba con dos compañeros en el Sergio Pablo II ese día que se rompe la tregua y yo sabía en qué casa de seguridad estaba Simón. Como yo era tan pequeña, a los otros dos compañeros se los lleva de una vez la policía, y a mí me preguntan: ‘¿Usted dónde vive?’ y yo les digo: ‘Allí’, y me dicen: ‘Váyase para su casa que aquí no hay nada que ver’. Entonces me dejaron ir, porque no se dieron cuenta que yo iba con los dos compañeros, y yo salgo a avisarle a Simón que los están cogiendo a todos. Y mientras bajo a buscar a Simón yo empiezo a ver que todo estaba militarizado, todas las lomas, todos los barrios, la vía principal de Ciudad Bolívar, empiezo a ver ejército por todo lado. Y entonces me encuentro con Simón, nos metemos a una tienda, y ahí empezamos a ver cómo bajan a todos los compañeros detenidos, bajan a Javier esposado en una moto, bajan a Olga, al Flaco Javier, bueno, a todos los vimos, y nosotros ahí en esa tienda. Él estaba sentado, tomándose una gaseosa y dándole la espalda a la puerta, y me decía: ‘Mira qué pasa’, y yo le iba diciendo: ‘Bajan a tal, bajan a tal, a tal, a tal’. Eso es muy fuerte... Y además había armamento en Ciudad Bolívar, había molotovs, había de todo, toda la noche anterior todos habíamos hecho vainas porque ya sabíamos que iba a pasar algo, que iba a haber paro y que era probable que se rompiera la tregua... Entonces había muchas casas que estaban guardando explosivos y esas cosas, entonces Simón se mete en una casa cerca a Meissen y empieza a mandar razones conmigo para que la gente mueva las cosas que estaban guardadas en las casas. Y ya después no sé, yo creo que nos quedamos enclaustrados en esa casa como quince días, tal vez, mientras pasaba el problema.”

Para Nidia, fueron dos semanas de angustia, al enterarse de las detenciones de los encargados del campamento de Villa Gloria donde se encontraba su hija y sin saber nada de ella hasta los siguientes tres días, cuando Paola se comunicó por teléfono. En ese sentido, la detención no era una experiencia difícil solamente para el militante o para la organización, sino también para sus familias. De hecho, incluso hablar de la experiencia en la cárcel, los malos tratos de la policía y la angustia vivida en dichas circunstancias ha sido difícil para muchos de ellos. Por ejemplo, Mariana, compañera sentimental de Sergio, después de que él narrara su experiencia en la cárcel,

⁷⁸ El Tiempo, 22 de junio de 1985. P. 2B

me contó que ellos nunca – en más de 30 años que han pasado desde ese momento – habían hablado sobre la detención: “porque es un episodio tan doloroso que preferimos mejor como olvidarlo”.

Ser detenido, siendo miembro de una organización insurgente en la época, implicaba no sólo ser juzgado por la justicia penal militar, con la posibilidad de pasar varios años encarcelado, sino también existía la posibilidad de la desaparición forzada y la tortura (que ya habían sufrido varios militantes, especialmente después del operativo del Cantón Norte). La desaparición forzada era un miedo permanente entre los militantes de la organización, lo que se puede ver, por ejemplo, en la distribución entre los miembros del M-19 de un comunicado titulado “¿Qué hacer en caso de ser detenido?”. Se hace énfasis en el derecho a la presencia de un abogado defensor, en la petición de la presencia de miembros de la Procuraduría Nacional, y en la importancia de que la captura fuera oficializada por la Policía (así no podían negar que alguno de los militantes había estado bajo custodia). También se aconsejaba asegurarse de que la detención era evidente para transeúntes o gente de la localidad, de tal manera que hubiese testigos de la detención. El 20 de junio de 1985, los detenidos del M-19 en Ciudad Bolívar con los que me entrevisté, fueron llevados a las instalaciones del F-2 y fueron separados los hombres y las mujeres en celdas contiguas. Olga señala que no haber sido aún reportados como detenidos “oficiales” y comenzar a recibir amenazas verbales de algunos agentes fue una situación preocupante que la llevó a tomar decisiones rápidas:

Había un tira que se me acercó en algún momento y me pidió que hablara, que delatara a más gente. Y resulta que conmigo estaba una simpatizante nuestra de Ciudad Bolívar que se llamaba Rosa, con la que voy a estar detenida yo más de un año en el Buen Pastor. Y de repente ella me dice: ‘Ese que está ahí es mi papá y acaban de negarme, le dijeron que yo no estoy acá’. Y a nosotros nos habían dicho los mismos tiras que nos iban a llevar a Guadalupe y a Monserrate por la noche, ¿Y a qué lo llevan a uno a Monserrate y Guadalupe por la noche?... Yo no sé, pero en situaciones así a uno se le ocurren muchas cosas locas, entonces yo llamé al tira y el tipo se vino como con mucho entusiasmo y le dije: ‘Hablemos, pero sáqueme de aquí’. Y entonces el tipo abrió la puerta y en el momento en el que abrió salimos todas en manada, éramos doce mujeres. Todas nos salimos hacia donde estaban las barras que daban al lugar donde la gente iba a buscar a sus presos, y empezamos a gritar: ‘Somos presos políticos’, ‘Exigimos la presencia de la Procuraduría’, ‘Exigimos la presencia de Derechos Humanos’...

Haber sido detenidos en grupo, como señaló Sergio en su testimonio, parecía brindarle algún tipo de apoyo o sensación de seguridad a cada uno de los presos. Era, además, una oportunidad de extender las actividades de activismo y agitación en escenarios difíciles, como la cárcel. Para Javier, por ejemplo, escuchar las voces de Olga y las demás mujeres exigiendo la presencia de

alguna organización de derechos humanos fue una razón para olvidarse de la tristeza que sentía en ese momento y unirse a los reclamos:

...Yo estaba totalmente desmoralizado, no me podía poner a llorar porque con los compañeros ahí, y siendo yo el comandante, pues era mal ejemplo. Cuando de pronto oigo un escándalo, pero un escándalo, a una vieja que gritaba como loca, y esos policías corrían para un lado y para otro. Y la loca gritaba: 'Que derechos humanos' 'Comida' 'Procuraduría', y claro, la loca era Olga. ¡Claro! A mí se me sube la moral, a mí lo que me vuelve a sacar de ese marasmo en el que estoy es la reacción de Olga, además porque Olga es la que organiza la pelotera, yo la oigo, y entonces eso me cambia la película a mí también y me sumo. Y nos pusimos todos a gritar hasta que nos identificaron a todos, nos pusieron como detenidos oficiales y nos dieron comida.

Mientras tanto, en otras zonas de la ciudad, los militantes del M-19 se habían unido al Paro del 20 de junio, sin sufrir más detenciones. La familia Peña (en su totalidad) participó en las acciones adelantadas en Bosa, fabricando bombas molotov y arrojando tachuelas. Gerardo participó desde Abastos en varios enfrentamientos con la policía durante la jornada. Poco después, tanto Gerardo como la hermana mayor de Sandra, Martha, también serían detenidos. Martha Peña fue detenida en agosto de 1985 por la Policía en medio de un operativo fallido organizado por su padre por órdenes de su mando (Alicia) para robar uniformes militares de la casa de un agente de policía (los detalles del operativo son descritos en el capítulo anterior). Sandra señaló que, luego de la detención de su hermana, su familia pasó por una época muy difícil económicamente porque su padre y Patricia, su hermana menor, se vieron obligados a huir, al haber participado ellos también del operativo. En este caso, se puede ver cómo – especialmente en circunstancias económicas difíciles – la detención de miembros de la familia no afecta solamente a los encarcelados, sino también a sus familiares que se quedan fuera. Así lo muestra Megan Comfort en su libro *Doing time together. Love and family in the shadow of the prison*, resultado de su trabajo con mujeres que son compañeras sentimentales de hombres encarcelados en Estados Unidos. En su libro, Comfort muestra el impacto que tiene en la vida familiar, la economía, las relaciones amorosas y los sentidos de lo “íntimo” y lo “público”, tener un compañero sentimental en prisión. En ese sentido, la cárcel es una experiencia que vive no solamente quien está en prisión, sino también sus familiares más cercanos.

El encarcelamiento de Martha y la huida del padre y Patricia es, por un lado, una alteración significativa en las relaciones familiares. En la casa solamente están Sandra y su madre, quienes deben acostumbrarse a visitar a Martha en la cárcel y a ver al padre y Patricia únicamente cuando las condiciones de seguridad son posibles. Por otro lado, es también un revés en la situación

económica familiar, ya que el padre de Sandra era quien sostenía económicamente a su esposa y sus hijas y, tras el operativo fallido, se vio obligado a dejar el trabajo y huir. Sandra, estando embarazada, no podía encontrar un trabajo con facilidad y su madre estaba enferma. Las hermanas de Sandra, por obvias razones, tampoco podían ayudar en el sostenimiento familiar. De ahí que Sandra recuerde la navidad de 1985 como uno de los periodos más duros, económicamente hablando, para su familia. De hecho, recuerda haber tenido que vender adornos navideños en las calles de Bosa y Soacha para “rebuscar” la comida diaria en casa.

A pesar de estos efectos negativos en la vida de la familia, la detención de Martha se convirtió, para su madre, en la razón por la que ella empezó a volverse miembro activa en el movimiento de las familias de desaparecidos y presos políticos. Enfrentar el temor de la desaparición forzada y reclamar por el reconocimiento de su hija como una detenida “oficial” se convirtió en una causa política que encontró compartida por otros familiares de desaparecidos y presos políticos. En ese caso, entonces, la detención de una hija motiva otro tipo de militancias en los demás miembros de la familia. Sandra lo relató así:

A Martha y a Alcira las llevan para el DAS pero nosotras teníamos mucho miedo, porque desaparecían por esos días a mucha gente. Entonces me voy con mi mamá, al F-2 que era como el DAS de esa época, ahí en la calle 6. Allá llegamos y me acuerdo tanto que mi mamá le preguntaba a los policías por el nombre de mi hermana y nos decía todo el mundo: ‘no, acá no está’. Ay, y empieza a gritar mi mamá y yo con ella: ‘Hija, aquí estoy, Martha aquí estoy, si está aquí grite, grite’ y yo también: ‘Martha, Martha’ y entonces empezamos a gritar y mi hermana contestó. ¡Estaba ahí y no nos querían decir! Ella gritó: ‘Mamá, aquí estoy, soy Martha, aquí estoy, estoy con Alcira, nos quieren desaparecer’. Entonces mi mamá se agarra como una fiera con todos esos policías: ‘A mí me registran a mi hija, y me la registran como detenida, y es que quiero ver el nombre de mi hija en esos libros porque ella está aquí ¡y yo de aquí no me muevo hasta que vea que la registran!’ ¡Uy! y eso mi mamá estaba furiosa...Y ahí mi mamá se empieza a mover en el cuento de las madres de los presos políticos, y pasa a integrar el movimiento de madres de presos políticos...Ella empezó una lucha tremenda en ese movimiento. Me acuerdo tanto que nos íbamos a marchas a acompañarla.

El abogado Eduardo Umaña Mendoza, junto con diversos colectivos jurídicos, habían encabezado, hacia 1980, movimientos de denuncia y revisión a las situaciones que comprometían violaciones a los derechos humanos por parte del Estado colombiano y, posteriormente, por parte de grupos paramilitares. En el marco de este tipo de actividades de visibilización de las desapariciones forzadas como un problema público, surgieron los colectivos de familiares de detenidos políticos y desaparecidos, como la Asociación de Familias de Detenidos-Desaparecidos (ASFADDES) surgida en 1983, en la que participó la mamá de Martha. Resulta interesante, en este caso, cómo la detención y desaparición de personas

militantes de diversas organizaciones políticas e insurgentes del país terminaba por impulsar nuevas causas y preocupaciones en sus familias. María Eugenia Vásquez, en su testimonio, narra su paso por la cárcel en el año 1982 y señala la sensación de apoyo y seguridad brindada por los grupos de madres de presos políticos que las visitaban a ella y sus compañeras en la prisión. Señala que las visitas semanales o mensuales de estos grupos de madres se sentían, para ella, como una extensión de su propia vida militante y la manera en la que podían permanecer vivos los lazos de compromiso mutuo que sostenían al M-19. En sus palabras:

Se convertían a partir de la primera visita en madres de todas, en hermanas entre sí, en visitantes asiduas de las cárceles ubicadas cerca de donde vivían para saludar a los compañeros. Con ellas se inventó la cadena de afectos y floreció la suerte que nos acompañó de ahí en adelante⁷⁹

La relación que entablaron mis entrevistados con los abogados que asumieron su defensa (casi todos miembros del colectivo de abogados de Eduardo Umaña Mendoza, o él mismo, según el caso) en el proceso de detención es similar. Los recuerdan no solamente por su trabajo jurídico sino también por convertirse en una especie de apoyo social en la circunstancia de la detención. En ese sentido, alrededor del encarcelamiento de un militante se forjaban nuevas relaciones sociales, nuevas formas de activismo y nuevas extensiones de las relaciones familiares. A pesar de lo doloroso de la situación de la cárcel (o la desaparición), o más bien, por causa de lo dolorosa que puede ser la situación para el detenido y su familia, surgían una red de lazos sociales que actuaban como apoyo y soporte, convirtiendo el asunto de la detención política y las violaciones a los derechos humanos de los detenidos en una nueva motivación para la militancia y el activismo. Fernando Bosco, en ese sentido, ha mostrado el caso del movimiento argentino Madres de la Plaza de Mayo y de la importancia de las emociones en la unión del movimiento durante más de treinta años (y a pesar de estar territorialmente fragmentado). Para el autor, los lazos emocionales que el movimiento ha construido entre sus militantes y con simpatizantes de diversas regiones del país han sido fundamentales en la construcción y permanencia de sus labores como activistas de derechos humanos⁸⁰.

Estas otras formas de activismo y nuevos lazos sociales facilitados por la situación de encarcelamiento no surgían solamente al exterior, con las familias y los abogados. La cárcel misma – siendo un escenario que junta detenidos de diversas procedencias – se convertía en

⁷⁹ María Eugenia Vásquez, *Bitácora de una militancia*, 253.

⁸⁰ Fernando Bosco, “The Madres de Plaza de Mayo and Three Decades of Human Rights’ Activism: Embeddedness, Emotion and Social Movements” *Annals of the Association of American Geographers* vol. 96 (2006): 342-365.

otro espacio en el que era posible crear nuevos lazos de solidaridad y adelantar acciones organizativas. Al ser parte de una organización insurgente, todos mis entrevistados fueron asignados a patios que compartían miembros encarcelados de otras guerrillas como las FARC, el ELN, el EPL, etc. Estos encuentros hacían posible el intercambio de experiencias, las alianzas y amistades entre los militantes de las diversas agrupaciones guerrilleras en un espacio como la prisión. También hacían de la cárcel un espacio para la discusión política y la protesta. Javier y Gerardo, por ejemplo, narraron un intento de fuga de la cárcel en compañía de miembros del ELN y el EPL.

Sin embargo, tanto en las prácticas como en las representaciones se presentaban dinámicas de diferenciación y fronteras al interior del mundo carcelario. Mis entrevistados, por ejemplo, se preocupaban por definir su estatus como “prisioneros políticos” y narraron de múltiples maneras los encuentros y desencuentros entre estos grupos de presos y los llamados “presos comunes”. En ese sentido, para ellos existía una frontera entre unos prisioneros que se nombraban como “políticos”, quienes reivindicaban sus acciones probablemente delictivas al tener objetivos políticos, y quienes no se encontraban presos por su pertenencia a una organización revolucionaria. En sus relatos se repite la palabra “los comunes” para hacer referencia precisamente a ese grupo de reclusos que no provenían del mundo de la militancia guerrillera. Pienso que, adicionalmente, la frontera se vivía de forma práctica en el hecho de que los prisioneros “políticos” fueran asignados a un patio particular de la cárcel.

Se podría pensar también que esta distinción entre presos “políticos” y “comunes” tiene una relación con las fronteras de clase. Javier, por ejemplo, narró cómo en poco tiempo fue adquiriendo fama, al interior de la prisión, de ser un buen profesor. En una oportunidad, algunos reclusos le pidieron que les hablara de temas históricos y políticos, y así lo narra:

En la cárcel nos unimos todas las guerrillas: FARC, M, ELN. Y yo era como el responsable del pasillo donde nos tenían a nosotros los guerrillos. Y tenía ya un trabajo muy chévere con los presos comunes porque les dicté conferencias varias veces. En una oportunidad tuve como a 300 ñeros felices con el tNidia palestino. Quedaron truchas en ese tema porque unos me salieron una vez con: ‘Profe que cómo es esa mierda que los judíos y que los palestinos’, y yo les conté la cosa... Y el hecho es que los presos nos buscaban a los guerrillos para preguntarnos de cosas políticas o cuando había que armar un tropel...”

La anécdota de Javier visibiliza un escenario en el cual se llevaban a cabo intercambios de conocimiento y experiencias entre los diferentes reclusos (siendo la cárcel, además, un espacio en el que personas de diversos campos sociales están obligadas a convivir). A pesar de ello,

tanto su énfasis en que los asistentes a la conferencia eran “presos comunes” como su forma de enunciarlos como “ñeros”, da cuenta de las fronteras establecidas por él mismo entre él, sus compañeros del M que estaban presos, y otro tipo de prisioneros.

Por otro lado, Gerardo fue detenido en septiembre de 1985 mientras participaba en un operativo que buscaba recuperar unas autorizaciones que les permitían a los minoristas vender en el interior de Corabastos (operativo narrado en el capítulo VII: “Estar en operativos”). Con 17 años, fue enviado al patio de menores de la Cárcel Modelo de Bogotá y, poco después, al cumplir los 18 años en noviembre de ese año, lo enviaron al patio en el que convivían los demás presos políticos. Así, Gerardo llegó a encontrarse con Javier, Sergio y los demás detenidos de Ciudad Bolívar del M-19 (incluyendo a Gustavo Petro que había resultado detenido en otras circunstancias en Zipaquirá), en su mismo patio, al igual que miembros de las FARC, el ELN, el EPL, etc. En ese sentido, Gerardo se encontró con una red de solidaridad que ya habían construido quienes hacían parte del mismo patio y compartían las causas de su encarcelamiento. En estos casos, entonces, la cárcel se convertía en un escenario que facilitaba la cohesión de los miembros de las guerrillas que estaban encarcelados, siendo una oportunidad para continuar las actividades políticas y de agitación. Así, en diciembre de 1985, por ejemplo, en el patio de presos políticos de la cárcel Modelo, se organizó un motín de tres días que dio como resultado el traslado inmediato de todos los militantes de organizaciones guerrilleras presos en dicha cárcel a la penitenciaría de Ibagué. Sergio, Paciencia, Gerardo y otros 4 miembros del M-19 lo vivieron juntos. Esta es la narración de Javier:

El motín empieza porque el director de la cárcel consiguió un negocio con algún mayorista que vendía juguetes, y le encargó a los presos de la Modelo la confección de nada más que un millón de juguetes. Y los presos se gastaron todo el año haciendo las cocas porque les iban a pagar al final del año, apenas para la navidad. Y nunca les pagaron. Era 20 de diciembre y nada, entonces los presos que trabajaban en eso nos buscaron a los guerrilleros...Y decidimos mandarle un mensaje al director de la cárcel, de que tenía tres días de plazo para pagar. Y cuando llegó el 27, nada de la paga, entonces dijimos con los presos: ‘Rebotemos esta vaina’...Además, nosotros estábamos muy heridos porque acababa de pasar lo del Palacio de Justicia, y por eso los ánimos ya estaban muy caldeados. Y la noche del 27 descubrimos con Sergio que podíamos desbaratar las rejas de una celda, haciéndole palanca, y por el huequito podíamos sacar los presos, y empezamos a hacer eso en todo nuestro pabellón...Y como a las diez de la noche lo que hicimos fue romper los bombillos para que desde la garita no nos vieran y no nos pudieran dar bala...En cuestión de media hora todo el patio 6, que éramos como mil y pico, ya estábamos rebotados, y pasamos al patio 9. Esa noche nos apoderamos del patio 9 y de los talleres, y ahí la gente consiguió herramientas y todo, y le prendimos candela a los talleres y al teatro. Al otro día, afuera de la cárcel, ya había cantidad de familiares de los presos. Entonces metieron la policía y el ejército quedó afuera, y ahí sí hubo disparos, y un muerto...Esa tarde vino el Comandante de la Policía

de Bogotá y el Director Nacional de Prisiones, y empezamos a negociar tres puntos: El pago de las cocas, la investigación sobre el negocio ese, y que no se tomaran represalias para nosotros. Y firmamos una declaración...Y bueno en esas negociaciones duramos todo el día 28 y el 29. Y el primero de enero de 1986, a las doce de la noche, se abre la puerta de nuestro pabellón y se llena eso de Ejército con lista en mano: Fulano, Sutano, tun, tun, tun, para afuera...A todos los guerrilleros nos sacaron en unos furgones totalmente cerrados...Yo creo que es una experiencia, tal vez de las más duras que he tenido en la vida, ese viaje, fue muy tenaz primero porque nos sacaron como a las 9 de la noche de las celdas, nos pusieron en fila y nos tomaron fotografías y huellas dactilares, pero no nos dicen nada, ni para dónde nos llevan ni nada. Ya como a las 11 nos suben al camión y arranca sin saber para dónde...Terminamos en Ibagué después de un viaje desagradable pero realmente llegamos a unas condiciones de reclusión que ya eran mucho mejores.

Al señalar la experiencia del traslado (sin conocer a dónde los llevaban) como una de las “más duras” de su vida, la anécdota de Javier muestra cómo, siendo militante de una organización guerrillera y estando preso, la desaparición y el asesinato eran temores reales y vividos por los militantes. Gerardo y Sergio, que compartieron tanto el motín en la cárcel Modelo de Bogotá como el traslado de los miembros de las agrupaciones guerrilleras a la prisión en Ibagué, piensan, como Javier, que a pesar de la angustia que implicó el traslado, las condiciones de reclusión mejoraron notablemente. Ellos sostienen que uno de los objetivos con ese traslado era precisamente calmar los ánimos agitados de los guerrilleros presos, quienes entre otras cosas estaban impactados emocionalmente por el fracaso del operativo del Palacio de Justicia.

La cárcel femenina comparte características con las anécdotas de quienes estuvieron reclusos en la cárcel masculina, pero también presenta enormes diferencias. Tanto Olga como Martha pudieron vivir, de manera similar a Javier, un escenario en el que tenían posibilidades de compartir experiencias y saberes con mujeres tanto de otros movimientos guerrilleros como de otros mundos diferentes al de la militancia. Olga narró, por ejemplo, cómo un pequeño motín fue la oportunidad de compartir con las presas sus anécdotas de la vida guerrillera y su gusto por la música protesta. Sin embargo, al igual que en el testimonio de Javier, en los testimonios de la cárcel femenina también es muy clara la diferenciación que existía, para ellas, entre las presas “comunes” y las presas “políticas”.

Adicionalmente, la prisión femenina suponía la reproducción de imaginarios y estereotipos de género, así como un control estricto sobre la sexualidad femenina. Olga, por ejemplo, señaló que quienes estaban encargadas de buena parte de los programas de la cárcel El Buen Pastor en Bogotá eran religiosas y que solían reprochar constantemente a las mujeres que eran parte de agrupaciones guerrilleras, culpándolas de su situación y acusándolas de ateas.

Olga y Martha narraron que uno de los conflictos que se generaron entre ellas y la administración de la prisión tenía que ver con las visitas conyugales. A diferencia de los hombres, ellas tenían estrictamente prohibidas las visitas conyugales bajo el pretexto de que una mujer embarazada en prisión tenía una excusa para pagar su pena en casa. Esta medida no solamente implicaba una restricción a los derechos sexuales de las mujeres, sino también, para ellas, reproducía enormes diferencias entre la forma en la que ellas y sus compañeros masculinos vivieron la cárcel. En palabras de Olga:

Yo salí de la cárcel más rápido que Javier, y lo podía ir a visitar a Ibagué sin ningún inconveniente. Pero siempre me pareció muy injusto que mis compañeras presas no pudieran recibir a sus compañeros. Esa fue una pelea que dimos en la cárcel pero al final fue ineficaz. Y si nosotras reclamábamos por eso las religiosas encargadas nos trataban de zorras y de prostitutas...Como siempre, está bien que ellos tengan una vida sexual, pero para nosotras no.

A pesar de haber sido condenados por Tribunales Militares, recibiendo fuertes condenas, el trabajo de defensa de los abogados movilizados por las familias o la organización, consiguió rebajar significativamente las penas de los entrevistados. Olga, además, consiguió rebajar su pena trabajando en la cocina y la biblioteca de la cárcel, por lo que un año después de su detención, en junio de 1986, ya estaba libre. Los demás entrevistados que estuvieron presos quedaron en libertad entre finales de 1987 y principios de 1988. La mayoría había sido condenada por porte ilegal de armas, pues los cargos de rebelión no podían ser probados.

Conclusión

Una mirada a las experiencias de los militantes del M-19 en Bogotá que fueron encarcelados muestra un paso por la prisión que es complejo y tiene varios impactos en distintos niveles. Para los militantes y sus familias, la experiencia de ser detenido en medio de actos insurgentes despertaba un miedo latente en la izquierda colombiana de los años 80's: La posibilidad de ser desaparecido (no reportado como preso "oficial") o torturado para conseguir información sobre otros militantes. El fenómeno de la desaparición forzada, las detenciones arbitrarias permitidas por el Estatuto de Seguridad y el Estado de Sitio, y las torturas a las que fueron sometidos algunos militantes de diverso tipo de organizaciones de izquierda despertaron en el país nuevos tipos de activismo. Similar a las organizaciones de familias de desaparecidos por las dictaduras del Cono Sur latinoamericano, en Colombia comenzaron a surgir organizaciones conformadas por familiares de detenidos, desaparecidos y presos políticos

preocupadas por hacer visible el fenómeno y denunciar las situaciones de violación a los derechos humanos en el país.

La historia de la familia Peña en el momento en el que Martha fue encarcelada es interesante porque es una situación en la que la detención de un familiar motivaba nuevos activismos y causas en sus parientes cercanos. La madre de Martha, al verse enfrentada a la posibilidad de que su hija no fuera reconocida como detenida por las autoridades, tuvo que ejercer presión en las instalaciones del F-2 para que su hija apareciera. Además, esa experiencia la motivó a ingresar a la Asociación de Familiares de Detenidos-Desaparecidos. Aparte de generar nuevas militancias, el impacto de la detención en las familias se refleja en las consecuencias económicas y relacionales que tiene la prisión. En el caso de los Peña, el encarcelamiento de su hija y la huida del padre por miedo a ser encarcelado los comprometió no solamente a ellos, sino que tuvo un impacto significativo en la economía familiar y fragmentó las relaciones familiares tal y como sucedían hasta ese momento. De esta manera se puede pensar que la experiencia carcelaria no es atravesada únicamente por los reclusos sino también por sus familiares que se quedan afuera.

Por último, para los militantes la cárcel fue un nuevo escenario de socialización. Suponía compartir con personas pertenecientes a otras agrupaciones guerrilleras, pero también con personas cuyos delitos no estaban asociados a la insurgencia. Debido a estos intercambios surgían formas de asociación, motines, intentos de fuga y protestas, convirtiéndose la cárcel en una nueva arena política. Sin embargo, como he señalado, la existencia de distinciones como “presos comunes” y “presos políticos” y las diferencias de vida entre la prisión masculina y la femenina muestran un paso por la cárcel que no se desprende de las relaciones jerárquicas de clase y de género (a pesar de ser un espacio en el que todos viven en condiciones similares).

CAPÍTULO 9: SALIR (1988-1990)

Tras la ruptura definitiva del Diálogo Nacional con el gobierno de Belisario Betancour en 1985, el Comando Superior del M-19 convocó de nuevo a sus fuerzas a prepararse para la guerra. Luego de la muerte de Iván Marino Ospina, comandante de la organización, en un operativo contra una casa de seguridad en Cali en agosto de 1985, el M-19 reiteró su voluntad de combate. El boletín nacional de la organización en el mes de Septiembre de 1985 comienza con un comunicado firmado por el Comando Superior, en cabeza de Álvaro Fayad, que convoca:

El pueblo entero sabe que nuestras fuerzas no piden hoy tregua, sino que llaman a la rebelión. Sabe que la consigna es: Guerra a la oligarquía y paz para la nación. A luchar por la vida y el futuro. A combatir con fuerza y alegría. A ensanchar la unidad guerrillera. A desplazar para siempre el mal gobierno. A exaltar la espada de Bolívar, para realizar los sueños de un continente que quiere ser lo que no puede. A conquistar una patria ancha y propia⁸¹

Desde estos momentos, se buscaba realizar un operativo de magnitud similar a la toma de la Embajada de República Dominicana realizada en 1980, con el objetivo de denunciar las múltiples violaciones al acuerdo de paz suscrito con el gobierno en 1984. Finalmente se puso en marcha, en noviembre de 1985, la “Operación Antonio Nariño por los Derechos del Hombre” que se proponía ingresar un comando de 45 personas al Palacio de Justicia y tomar como rehenes a los magistrados de la Corte Suprema de Justicia y el Consejo de Estado para forzarlos a encabezar un juicio político contra Belisario Betancour y miembros de su gabinete como el ministro de defensa, General Miguel Vega Uribe, por las constantes violaciones a los acuerdos de paz firmados con las diferentes agrupaciones guerrilleras en 1984⁸². Para las fechas de la toma del Palacio de Justicia, la mayor parte de los entrevistados se encontraba encarcelada y el resto entraron en un período de clandestinidad y extremo cuidado de su seguridad personal luego de haber hecho pública su militancia y compromiso con el M-19 durante el Diálogo de 1984.

⁸¹ Boletín del Movimiento 19 de Abril. Septiembre de 1985. Número 101, Página 1.

⁸² Comunicado del M-19 “Operación Antonio Nariño por los Derechos del Hombre”. Noviembre de 1985. Disponible en la página web del Centro de Documentación de los Movimientos Armados:

<http://www.cedNidia.org/ver.php?id=408> (Consultado el 10 de mayo de 2016).

“Declaración del M-19 tras la masacre del Palacio de Justicia” Noviembre 9 de 1985. FSandrado por Álvaro Fayad. Disponible en la página web del Centro de Documentación de los Movimientos Armados:

<http://www.cedNidia.org/ver.php?id=2557> (Consultado el 10 de mayo de 2016).

Ana Carrigan, periodista colombo-irlandesa, adelantó una investigación bastante completa, con fuentes diversas, sobre los propósitos, fracasos y excesos durante la toma y retoma del Palacio de Justicia. Sus resultados se pueden leer en el libro *The Palace of Justice: A Colombian Tragedy*. Publicado originalmente por la editorial Four Walls Eight Windows. Nueva York. 1993.

Los resultados desastrosos de la toma y retoma del Palacio de Justicia representaron para la organización no solamente un fracaso operativo sino también la pérdida significativa de apoyo político. Todos mis entrevistados hicieron algún tipo de referencia al Palacio de Justicia como un momento particularmente negativo para ellos y para la organización. Muchos hablaron de la sensación de impotencia y frustración por un operativo que no tuvo, ni remotamente, los resultados que ellos esperaban. La muerte de Álvaro Fayad – en medio de un operativo de la Policía Nacional en el barrio Quintaparedes en Bogotá en marzo de 1986 – implicó un nuevo golpe a la estructura de la comandancia de la organización. Ambas circunstancias llevaron a que, a partir de 1987, con la comandancia de Carlos Pizarro, los comunicados “oficiales” del M-19 hicieran énfasis en dos aspectos aparentemente contradictorios: intensificación de la confrontación, por un lado, y búsqueda de escenarios para forzar el diálogo y el proceso de paz, por el otro. Estos dos aspectos se hacen evidentes en el lema que adoptaron para usar en los años siguientes: “Guerra a la oligarquía, Paz a las Fuerzas Armadas y Vida a la Nación”. Así se hace evidente en el documento resultado de una reunión general del M-19 realizada en enero de 1988⁸³.

En abril de 1988, Simón – el comandante de la estructura de Bogotá – fue detenido por agentes del DAS. Su cuerpo apareció tiempo después en el municipio de Tena. Para ese momento la totalidad de mis entrevistados había salido de la cárcel, pero se veían obligados a mantener sus actividades en secreto por miedo a ser detenidos. La desaparición de Simón no era solamente un gran golpe a la estructura organizativa de Bogotá, y un doloroso episodio para quienes habían entablado con él una relación amistosa, sino que también implicaba la posibilidad de que otros miembros de la estructura de Bogotá fueran delatados. A pesar de esos recientes golpes a la estructura del M-19, en la mañana del 29 de mayo de 1988, la fuerza militar urbana del M-19 sorprendió a la opinión pública con el secuestro del político conservador Álvaro Gómez Hurtado. Al principio, los autores del secuestro no se identificaron como miembros del M-19, sino que expidieron una comunicación a los familiares de Gómez Hurtado firmado por “Colombianos por la Salvación Nacional”⁸⁴. Una semana después, el M-19 asumió la responsabilidad del secuestro y propuso los términos de la negociación, garantizando la

⁸³ Documento del Campo Reencuentro: “Vida y paz a la nación son guerra a la oligarquía”. Enero de 1988. Original. Mecnografiado. Obtenido a través de archivos personales.

⁸⁴ Así lo informa la Revista Semana en el reportaje: “¿Qué quiere el M-19?”. Publicado el 11 de Julio de 1988.

seguridad y salud de Álvaro Gómez y exigiendo la creación de un comité de diálogo y negociación por la “salvación nacional”.

El 15 de junio del mismo año, dos semanas después del secuestro de Álvaro Gómez, un comando de 45 personas, entre las que se encontraban Nidia y su hija Paola, ingresó en la sede de Bogotá de la Conferencia Episcopal Latinoamericana. Su principal propósito era visibilizar las sistemáticas violaciones de derechos humanos, especialmente desapariciones, que se habían presentado en Colombia contra miembros de organizaciones de izquierda. Nidia señaló en su testimonio que su participación en el operativo era motivada, principalmente, por la necesidad de revindicar a Simón y exigir respuestas sobre su desaparición y muerte. Al igual que el secuestro de Álvaro Gómez, la acción no fue aceptada por el M-19 sino por un grupo que se autodenominó “Cristianos por la Paz y la Salvación Nacional”. De esta forma el jefe (desconocido) del comando que realizó el operativo evaluó la acción:

Cuando pensamos en lo que realmente conseguimos con la toma del CELAM encontramos: 1) La toma pacífica se reafirmó como modalidad de lucha. 2) Se logró manejar por primera vez un hecho militar como garantía de vida de todos los ocupantes. La vida de VOGUE (nombre clave de Álvaro Gómez Hurtado en el documento) mantuvo constantemente preocupado al gobierno. 3) Como dice un compañero, ‘le medimos el aceite al gobierno’. Se vio claramente cuánto está dispuesto a ceder con tal de salvar la vida de un elemento de la oligarquía. 4) Concretamos una reunión para el 5 de julio con representantes de diferentes sectores para tratar el conflicto nacional, con la presencia de la iglesia, lo cual constituye el primer hecho concreto a este nivel; hecho que no es simbólico, sino real y que, como lo habíamos pensado, debe constituir la semilla de una Junta de Salvación Nacional...⁸⁵

Después de negociaciones en la Nunciatura Apostólica de Panamá con miembros del M-19, de la iglesia católica colombiana y del gobierno nacional, se acordó la liberación de Álvaro Gómez (liberado el 20 de julio del mismo año) y la formación de una “Cumbre de Salvación Nacional”. Dicha cumbre estaría encargada de elaborar y concertar un plan de paz para Colombia en los años siguientes, buscando incluir a las diversas agrupaciones guerrilleras y, además, discutir las reformas que eran necesarias para una paz duradera. Luego de lograr la instauración de dicha cumbre (que impulsaría el proceso de diálogo con el gobierno y posterior desmovilización), el tono de las publicaciones del M-19 es optimista:

La retención de Álvaro Gómez Hurtado tenía como objetivo político último, destapar oídos, abrir ojos, fortalecer voluntades, proponer salidas de paz con justicia, de diálogo y concordia entre Colombianos; mostrar que el camino que seguíamos conduce al abismo...El acuerdo logrado en ciudad de Panamá con representantes de las fuerzas

⁸⁵ Documento organizativo titulado: “Informe y algunas apreciaciones sobre *La Ciruela*” fechado el 24 de junio de 1988. P. 3 Original. Mecnografiado. Parte de los archivos personales de los entrevistados.

vivas de la Nación que dio como resultante la liberación del dirigente social conservador, como gesto magnánimo y señal profunda de nuestra profunda convicción de Democracia y Paz y el compromiso a la convocatoria, participación y realización de la CUMBRE DE SALVACIÓN NACIONAL, que allane el camino de la paz en Colombia. En donde se elabore y concerte un plan de Paz en donde se comprometa y se acoja al actual gobierno y las Fuerzas Armadas. Es una puerta que se abre a LA LIBERTAD, A LA DEMOCRACIA, A LA JUSTICIA, A LA PAZ.⁸⁶

Efectivamente, con la instauración de la Cumbre, iniciaron los procesos de acercamiento entre el Gobierno de Virgilio Barco Vargas y el M-19 que terminaron con una reunión oficial entre Carlos Pizarro y Rafael Pardo (representante del Gobierno) en el Tolima, en el mes de enero de 1989. A partir de ese momento, se iniciaron las conversaciones alrededor del tema de la desmovilización del M-19, su entrega de armas y su surgimiento como movimiento político legal. El 2 de Noviembre de 1989 se firmó el acuerdo definitivo entre el M-19, el gobierno de Virgilio Barco Vargas y representantes de los partidos políticos. El acuerdo ponía en primer lugar la realización de la Asamblea Nacional Constituyente como mecanismo de refrendación de los acuerdos de paz y como escenario para la discusión de reformas necesarias en el sistema político colombiano. En segundo lugar, se hablaba de la creación de Circunscripciones Especiales de Paz para garantizar la participación de los partidos políticos que conformarían las organizaciones guerrilleras que se sumarían al proceso de paz. En tercer lugar, se hablaba del proceso de amnistía para los guerrilleros desmovilizados, así como de la creación de un Fondo Económico destinado a subsidios para facilitar el proceso de reinserción de los combatientes. En cuarto lugar, el Estado asumía las garantías de seguridad para los miembros del M-19 que participarían en el mundo político. Finalmente se abordaba la metodología para la dejación de armas definitiva por parte del Movimiento 19 de Abril⁸⁷.

Dos meses antes, en septiembre de 1989, el M-19 celebró su Décima Conferencia Nacional en el municipio de Santo Domingo, Cauca, con el propósito de socializar con sus combatientes la decisión de desmovilizarse y entrar en el campo de la política electoral. Aproximadamente 290 personas participaron de la asamblea en la que, por votación, se aprobó el acuerdo y la decisión de abandonar la lucha armada⁸⁸. A pesar del énfasis que han hecho los

⁸⁶ Boletín del Movimiento 19 de Abril. “Por la vida: Cumbre de Salvación Nacional”. Julio de 1988. Pp. 2-3. Mayúsculas en el original.

⁸⁷ El texto de los acuerdos fue publicado en el sitio web Las 2 Orillas, con ocasión de los 25 años de la desmovilización del M-19. Publicado el 9 de marzo de 2015. Disponible en la red en: <http://www.las2orillas.co/acuerdo-de-paz-entre-el-gobierno-nacional-el-m-19/> (Consultado el 23 de agosto de 2016)

⁸⁸ Darío Villamizar. *Aquel 19 será*, 234.

diversos portavoces del M-19 ante la prensa (especialmente en los últimos años, en los aniversarios de la firma de los acuerdos) en lo democrático que fue el proceso de dejación de armas y en lo positivo de sus consecuencias para el país y para sus vidas⁸⁹, una aproximación a las experiencias de mis entrevistados brinda matices a esta perspectiva. En primer lugar, no todos los combatientes tuvieron la oportunidad de participar en la consulta realizada en Santo Domingo. De mis entrevistados, 7 personas no estaban de acuerdo con la dejación de armas pero no tuvieron la oportunidad de manifestar su descontento. Nidia y Rosa, por ejemplo, no fueron invitadas a la Conferencia en Santo Domingo. Paola, hija de Nidia, no estaba de acuerdo con el proceso de desmovilización pero se sintió motivada a votar a favor porque asumió que era una decisión que ya había sido tomada:

Nidia: En una guerrilla no hay consenso nunca, por lo menos yo no estaba de acuerdo, pero a mí no me invitaron a Santo Domingo...Y es que cómo es eso de que se toma la decisión con trescientos, cuando éramos más de cinco mil combatientes. Y que ellos aceptaran que sí a todas las condiciones, a pesar de todas las desventajas que tuvo...Yo no estaba de acuerdo.

Paola: Yo estaba en Santo Domingo en esa Conferencia. El día en que se tomó esa decisión, y los días anteriores, mucha gente se va, se suben muchos a las Farc, otros se matan por esos días, tuvimos unos 5 entierros por ese tiempo, de suicidios... Pero, claro, de eso no se habla cuando hacemos referencias a la desmovilización. Mucha gente no estaba de acuerdo, pero Pizarro es muy claro diciendo que prácticamente la decisión está tomada, cuando se hizo la votación. Y él lo decía repetidamente, claro en ese momento yo creo que fue un baldado de agua fría aunque en realidad era lo que esperábamos todos, pero yo creo que no se tuvo en cuenta lo que iba a pasar después...

Los testimonios de mis entrevistados dejan ver un panorama de emociones contradictorias respecto a la desmovilización. Por un lado existían quienes, haciendo un análisis de la coyuntura, estaban convencidos de la necesidad de detener su paso por la guerra antes de que ésta se recrudeciera. Había quienes tenían esperanzas en iniciar un movimiento político de gran magnitud, animados por las experiencias de trabajo comunitario que tuvieron con el diálogo de 1984. Pero, en las vidas individuales, la posibilidad de la desmovilización dejaba a muchos y muchas con una sensación de vacío.

La decisión de desmovilizar el Movimiento – a pesar de finalizar con la lógica de la confrontación y la guerra en la que habían participado quienes hacían parte del M-19 en los

⁸⁹ En diversas entrevistas, exmilitantes como Antonio Navarro y Vera Grabe han señalado las consecuencias positivas de la desmovilización. Al cumplirse los 25 años de la entrega de armas el portal de periodismo web La Silla Vacía se puso en contacto con algunos miembros visibles de la organización que señalaron las consecuencias positivas del proceso de paz en sus vidas y para la política nacional. El conjunto de testimonios se titula “Menos mal nos salimos de la guerra” publicado el 9 de marzo de 2015. Disponible la página web de La Silla Vacía en el siguiente link: <http://www.las2orillas.co/menos-mal-nos-salimos-de-la-guerra-vera-grave/> (Consultado el 23 de octubre de 2016).

últimos años – era también la renuncia a una forma de vida y a un compromiso de cambio que ya habían asumido muchos militantes. En ese sentido, abandonar la lucha armada iba a tener un impacto significativo en la trayectoria vital de los militantes, lo que se manifiesta en expresiones como la de Paola, que define la noticia de la desmovilización como un “baldado de agua fría”. Para algunos, la sensación de vacío respecto a tener una vida después de la militancia en el M-19 pudo haber sido tal que justificaba el suicidio (teniendo en cuenta que Paola narra varios suicidios y desertiones después de la noticia de la desmovilización). Para Javier la situación fue similar. Siendo instructor de una escuela militar en el Cauca recibió la noticia de que la desmovilización definitiva era un hecho, sin tener la oportunidad de participar en la toma de la decisión. Esto lo afectó profundamente y decidió, antes de entregar armas, marcharse desertado del campamento del M-19 en Santo Domingo:

No tuvimos la oportunidad de participar en la toma de decisión de la desmovilización. Y para mí fue muy complicado primero porque en esa escuela, que se llamó Campo Trucha y fue casi al final del M-19, estábamos era entrenando y preparándonos para seguir con el cuento de la revolución y la guerra. Y entonces a nosotros las negociaciones de paz nos las tuvieron en secreto, la comandancia nunca nos informó sobre eso. Cuando a nosotros nos citan en Santo Domingo, nosotros bajamos hasta allá pero no sabíamos a qué, pensábamos que íbamos a hacer una parada militar y salíamos a hacer unas tomas de unos municipios que teníamos planeadas... Cuando llegamos a Santo Domingo pues nos enteramos del proceso de paz y para nosotros sí fue un golpe muy duro porque estábamos en otra sintonía, a nosotros nos tenían metidos era en el cuento de la guerra... Pues fue muy duro. Entonces, a mí el camarada Ernesto de las FARC me ofreció que me quedara con ellos, pero yo fui sincero con él, yo tenía el problema ideológico de que no podía con los comunistas, entonces le dije a él que no y ya me quedé en Santo Domingo, pero me quedé muy mala leche y Olga estaba allá conmigo, ahí me enteré que ella está embarazada. Y la mandaron a traer unas razones a Bogotá, y no me dejaron acompañarla. A mí todas esas cosas me pusieron muy de mal genio y yo me salgo del campamento putísimo, y después de muchas vueltas, con una caleta de dinero que tenía, me pude devolver para Bogotá... Pero realmente yo me vengo desertado del M-19, además yo pensaba: ‘yo qué me voy a desmovilizar ni qué hijueputas, nada, nada’... Tal vez esa fue la época más dura de la clandestinidad porque Olga estaba embarazada, no teníamos el apoyo de la organización, estábamos muy mal económicamente, sin un peso.

De acuerdo con Olivier Filleule, un análisis del fenómeno de las desmovilizaciones (de diversos tipos de militancias) desde una perspectiva micro sociológica puede mostrar que la desmovilización no es solamente un proceso colectivo, sino también tiene múltiples matices individuales. Así, decide sumar al término *demobilization* (desmovilización, entendiéndose generalmente como un proceso colectivo), el de *disengagement* (desvinculación, retiro), para los casos de rupturas individuales con la militancia política. En este caso, señala Filleule, el término

Nos regresa a trayectorias individuales que pueden incluir una amplia diversidad de formas y determinantes. En efecto, es muy probable que el proceso de *disengagement* cambie en su naturaleza de acuerdo con sus causas, el costo de la desertión, la manera en la que tiene lugar y, por lo tanto, lo que sucede con los que abandonan la militancia, lo que nos conduce a la pregunta por las consecuencias biográficas del activismo⁹⁰.

Esta perspectiva resulta pertinente para el presente capítulo porque hace énfasis en el hecho de que, así como ocurren procesos de desmovilización colectiva, ocurren rupturas individuales con la militancia. En el caso de los militantes del M-19 con los que me entrevisté, de hecho, se puede ver que, en sus trayectorias vitales, la desmovilización no fue tanto un acto de dejación de armas decidido colectivamente (a excepción de personajes como Alicia, Gerardo y Sergio) como un proceso de ruptura personal con su militancia guerrillera. Así, cada persona vivió su salida del Movimiento de formas particulares, teniendo en cuenta su origen social, sus respaldos económicos, su vida familiar, su compromiso con la lucha guerrillera, su relación con el Movimiento, etcétera. Del mismo modo, la desmovilización tuvo efectos particulares en sus vidas futuras, presentándose consecuencias a largo plazo en sus trayectorias biográficas personales.

Lina, como Javier, desertó del M-19 antes del proceso de desmovilización colectivo. En abril de 1989, en medio del proceso de diálogo con el Gobierno Nacional y en un supuesto cese al fuego, Afranio Parra, miembro del comando superior de la organización, y dos militantes del M-19 en la localidad de Ciudad Bolívar fueron asesinados por tres agentes de la Policía de Bogotá⁹¹. Uno de los militantes de Ciudad Bolívar muerto junto a Afranio Parra era el compañero sentimental de Lina y padre de su hija. Para Lina, el asesinato de su compañero y de Afranio Parra representó, primero que todo, una pérdida sentimental. Pero también fue una motivación para tener sospechas personales sobre el futuro del proceso de paz. Lina creía, por ejemplo, que no había garantías de seguridad para quienes se iban a desempeñar en el campo político. Creía que para personas como ella no iban a existir muchas oportunidades en el mundo laboral dada su poca capacitación personal (había logrado terminar solamente la educación

⁹⁰ Olivier Fillieule. “Demobilization and Disengagement in a Life Course Perspective” *The Oxford Handbook of Social Movements* (Oxford: 2014), 2.

⁹¹ El diario El País hacía referencia a las posibles consecuencias que tendría el triple asesinato en el proceso de paz que se gestaba en Santo Domingo. Ver: “Asesinados a tiros tres miembros del M-19 en Bogotá”. El País. 9 de abril de 1989. Disponible en la web en: http://elpais.com/diario/1989/04/09/internacional/608076010_850215.html (Consultado el 26 de octubre de 2016)

primaria) y su dedicación, desde los 14 años, únicamente a las actividades guerrilleras con el M-

19. Ella percibió la desmovilización, en su vida personal, como una derrota:

Pues yo nunca estuve de acuerdo. Osea para mí eso fue como una derrota. Ahí ya fracasó todo, porque yo pasé ahí mi infancia y mi juventud, y al final pues nada, mire mi situación, yo prácticamente estoy igual, ¿qué se logró? no se logró nada... Porque yo por ejemplo mire: quedé sin casa, tenemos el mismo gobierno, yo sin haber hecho nada, ni trabajo ni estudio... Yo, entonces, a veces me pongo a preguntar: '¿Qué se logró? Niñez, juventud ¿para qué?' Hoy en día yo les digo a mis hijos: 'trabajen y luchen por lo de ustedes. Y sólo por lo de ustedes'. Queda uno derrotado, no sé, yo me siento derrotada... Entonces además habían matado a mi compañero, murió Afranio, tantos que murieron... ¡Y para nada! Yo preferí salirme y no estar en esa desmovilización...

La sensación de derrota mencionada por Lina, así como el sentimiento de haber invertido mucho tiempo en una causa perdida, hizo que algunos miembros del M-19, al enterarse de la desmovilización, buscaran nuevas formas de militancia. Gerardo señalaba durante la entrevista: “¿Quién no se metió en más de una vaina buscando ese sentimiento que nos había dado el M?”. Especialmente era difícil desprenderse del mundo militante para quienes eran más jóvenes, que habían militado desde su adolescencia, y decidido comprometerse con el mundo guerrillero como opción de vida. Francy, por ejemplo, al momento de la desmovilización había terminado su último año de bachillerato y sus mandos en la organización le habían prometido pagarle el examen de admisión a la Universidad Nacional, e integrarla poco a poco a las Fuerzas Especiales. Como ella señaló a lo largo de la entrevista, ella había asumido su militancia en el M-19 como un compromiso de vida, así que la noticia de la desmovilización tuvo un gran impacto en el proyecto de vida que ella había decidido asumir. Francy decidió irse, en compañía de cuatro compañeros del M-19, a integrar una columna de las FARC. Estando allí conoció enormes diferencias con la dinámica que ella conocía en el M-19, y tomó la decisión de desertar y volver con su mamá a Bogotá (quien no sabía que ella se había marchado con una columna de las FARC). Así lo narra Francy:

Para mí todo lo de la desmovilización fue durísimo, fue terrible. Lo que yo digo, mi proyecto de vida era estar en el M, y yo en ese año finalizaba sexto de bachillerato, once, ya me habían ofrecido que me regalaban el formulario para la Nacional, pero además coincidía con que yo hacía seis meses había empezado a entrenar con los de Fuerzas Especiales. Entonces era un momento muy importante en mi vida, porque yo iba a pasar a hacer lo que quería hacer. Entonces por eso la desmovilización para mí fue durísima, y con otra gente más o menos de mi edad dijimos: 'no, no vamos a entregar nada, nosotros no nos vamos'. Es más, nos reunimos los que estábamos ese día ahí y dijimos: 'No vamos a entregar nada, nosotros vamos a continuar, si a ellos les quedó grande nosotros sí podemos'. Todos éramos muy jóvenes. Y entonces en el año 90 nos fuimos pa' las FARC, los más chiquitos, porque los más chiquitos seguimos con la vaina, osea: '¿Cómo así? Aquí no se ha cumplido con nada, aquí vamos a seguir siendo pobres, para qué desmovilizarse si no se ha hecho lo que se supone que íbamos a hacer'. Y no

entendíamos. Y esa ha sido una pelea que hemos tenido con los militantes más grandes, que decían: ‘Ah, pues es que teníamos esa tarea de la paz’ y yo digo: ‘No la teníamos. Nosotros no la teníamos. A nosotros Pizarro nos dijo que la gente allá votó y nosotros quedamos ahí colgados en el limbo, a ver qué hacemos, pa dónde cogemos’. Y no pudimos opinar tampoco al respecto. Insisto en eso porque nosotros también formábamos parte del M-19, pero a nosotros nadie nos dijo: ‘¿Ustedes de verdad se quieren desmovilizar?’ No, y nadie nos explicó... Fue una cosa muy dura, de nosotros varios nos fuimos para las FARC, pero también nos estrellamos porque era una cosa totalmente diferente al M. Entonces no, no duramos mucho, duramos dos meses y nos tocó devolvernos porque eso era muy fuerte, muy diferente...”

En contraste, había personas que veían potencial en el trabajo político y comunitario, además de contar con respaldos sociales y económicos para construir una vida después de la desmovilización. Alicia, por ejemplo, que ha tenido la oportunidad de participar en varias campañas políticas como candidata al concejo, contaba con un capital cultural que le permitió tener un trabajo y graduarse en Ciencias Políticas de la Universidad Nacional. Además, contaba con una red de relaciones sociales que reivindicaron su lugar en el movimiento. Su experiencia con los diálogos de paz de 1984 la habían lanzado a la vida de la organización comunitaria y la política sin armas, por lo que ella evaluaba de forma positiva la posibilidad de la desmovilización. Para ella, fue una oportunidad de hacer política nuevamente y de salir de la clandestinidad y de las dinámicas de la confrontación. Su frustración con la desmovilización no fue tanto por las consecuencias que este proceso tuvo en su vida personal como con el fracaso del M-19 al momento de constituir un partido político masivo. Es decir, su análisis sobre la desmovilización tiene que ver con el significado político de la desmovilización colectiva, y no con el impacto personal que tuvo en su vida individual:

Para mí, pues yo había vivido la experiencia del Diálogo, y ver la multitud que trabajaba con nosotros en esa época, fue hermoso... Entonces en ese tiempo pues que a mí me dijeran que había la posibilidad de otra etapa abierta, eso era para mí lo mejor, para mí la desmovilización no era ni un castigo, ni una pérdida, ni nada de eso. Entonces decir que nos íbamos a desmovilizar era permitirle a la gente que surgiera y que saliera y que se pusiera al frente como en la época del Diálogo Nacional, entonces para mí esa era una esperanza enorme, yo esa desmovilización la veía como una salida a otras cosas. En la época de la desmovilización sí teníamos esa esperanza de construir un movimiento amplio, de tener la fuerza legal para sacar adelante cosas, otro gallo nos cantaría si hubiéramos tenido un gran movimiento, pero no lo supimos hacer...

Quienes ocupaban una posición de mando dentro del Movimiento, tuvieron la oportunidad de dedicarse a la vida política, siendo menores las consecuencias que implicaba el fin con un compromiso político que habían asumido 5, 10 o 15 años atrás. Tal como se señala en un reportaje realizado por Semana en 1990, no todos los miembros del M-19 saldrían directamente

de las negociaciones de paz a la vida pública, no todos tendrían la oportunidad de dedicarse al activismo, y muchos tendrían que asumir el reto de “rehacer” una vida civil:

Los comandantes de más alto rango se dedicarán de lleno a la política, pero el resto, el grueso de la tropa, tendrá que enfrentarse con una realidad muy dura. Por el momento se está pensando en capacitarlos para que se defiendan por sí solos, tendrán que regresar a los sitios de donde salieron y todos confían en que la organización les va a dar un empleo o les va a ayudar a conseguir los medios necesarios para subsistir en su nueva condición.⁹²

Efectivamente, uno de los puntos de los acuerdos de paz tenía que ver con las políticas que el Estado y la organización podían implementar para una reintegración efectiva de los combatientes en las lógicas “civiles”. La organización debía registrar los datos de la totalidad de su militancia en unas listas de registro que sería la información base para poder acceder a los beneficios del programa de “reinserción”. La persona encargada de las listas era un miembro del Comando Superior del M-19, Otty Patiño. Sin embargo, el hecho de que muchos militantes no se conocían entre ellos, implicó que no todos los que hacían parte del Movimiento fueran inscritos en las listas oficiales de la reinserción. De hecho, de mis entrevistados, solamente Javier, Alicia y Paola fueron inscritos en las listas oficiales y, de ese modo, son los únicos que pudieron acceder a beneficios como capacitación profesional (Paola estudió Administración Pública gracias al programa de reinserción), apoyo financiero para emprender un negocio, o un pequeño subsidio de sostenimiento mientras conseguían integrarse en el mundo laboral.

El resto de militantes guardan recelo por el proceso de desmovilización no solamente por la ruptura que representó con un proyecto de vida que muchos habían asumido, sino también por el impacto que tuvo en su vida práctica, dejándolos en situación de desventaja/ fragilidad. Nidia, por ejemplo, señaló que pasó por una situación económica muy precaria después de la desmovilización, lo que llevó a su hija a aceptar un trabajo como empleada doméstica en la casa de la familia de Javier (algo bastante diciente en términos de reproducción de las jerarquías sociales). Adicionalmente, no hacer parte de las listas oficiales que el movimiento construyó sobre sus militantes le causó una profunda tristeza. Sentir que, después de haber militado por 16 años, su trabajo y su compromiso no eran reconocidos fue de las partes más duras para ella. Señaló que, después de la desmovilización, descubrió que el M-19 estaba lleno de ventajas y desventajas entre sus miembros. En sus palabras:

⁹² Revista Semana. “Volver”. 16 de abril de 1990. Disponible en la página web de Semana en el link: <http://www.sNiPaola.com/especiales/articulo/volver/13202-3> (Consultado el 25 de agosto de 2016).

Mi rabia con los jefes del M-19 que viven ahora es mucha, es muy grande, porque ellos llegaron muy subidos aquí. Osea, que porque ellos tuvieron un arma arriba nos miraron aquí como poca cosa y entonces nosotros como que para ellos no tuvimos importancia en la organización. Pero es que aquí la gente de base fue la que llenó la Plaza de Bolívar, la que llenó los buses, la que hacía aquí la propaganda y todo eso. Nosotros fuimos los que hicimos toda la vuelta política aquí, los que pusimos la cara, los que pasamos los allanamientos. Pero entonces después de la desmovilización hubo esa cosa de la reinserción, que al final fue que le dieron a los que quisieron la plata a la que cada cual tenía derecho. Al final fueron los jefes dándole la plata a sus amigos... Por ejemplo yo no estoy en las listas de reinserción y no recibí nada... Al señor Otty Patiño lo encargaron de hacer las listas de reinserción, y las hizo como se le dio la gana, metió a gente que no era del M-19, le negó cupos a los compañeros... Y eso es curioso, porque por ejemplo los mandos de suroriente en Bogotá se reunían en mi casa, vivían en mi casa, y comían en mi casa. Mis dos hermanos murieron en la guerrilla. Y resulta que a mí nunca me dieron los 50 mil pesos, nunca entré a una lista de reinserción, nada, yo no vi ningún beneficio de la desmovilización. Yo sí quisiera preguntarle a Jorge (mando de suroriente de Bogotá) por qué me hizo eso, porque después esa plata me hizo falta sobre todo para la educación de mi hija menor, y ni siquiera era la plata sino que uno podía sacar un crédito educativo...

Estos “errores” al momento de construir las listas de miembros del M-19 reinsertados⁹³ hicieron más evidentes las brechas de clase existentes entre unos y otros. Al tener que enfrentarse nuevamente al mundo laboral y a la lógica del intercambio económico, únicamente quienes contaban con un respaldo (en forma de capital cultural, económico o social – personal o familiar) pudieron pasar el proceso con pocas dificultades. Paola, por ejemplo, señaló que para ella fueron evidentes las desventajas en las que se encontraba ella y su familia en comparación a los miembros del comando superior del M-19 en el momento de la desmovilización. Estas desventajas se hicieron más evidentes porque el intercambio y el contacto entre unos y otras que era posible en los escenarios guerrilleros, se hizo mucho más estrecho en el mundo de la política electoral y el regreso a las lógicas del mercado y la vida civil:

Estaba el búnker en el que se quedaba Antonio Navarro y más allá la super casa de Otty Patiño. Entonces para poder hablar de algo, de que cómo van las cosas, de qué había que hacer, tocaba ir hasta el super bunker donde ya nadie te conocía, donde no te dejaban entrar, donde ya tú no eras nadie. Luego empezaron a darnos 50 mil pesos mensuales, que eso no nos alcanzaba para nada...

En adición, Francy señaló que las desventajas que se hicieron evidentes en la desmovilización no existían únicamente en términos de clase, sino también de género. Para ella, la reinserción efectiva de las mujeres combatientes implicaba un doble desafío. No solamente por la difícil

⁹³ Una de las dificultades al momento de construir listas con los datos de la totalidad de la militancia del M-19 era que, como he señalado en el capítulo 4: “Ocupar una posición”, los límites entre estar “dentro” y “fuera” de la organización no eran del todo claros. Tampoco la distinción entre militantes de tiempo completo, colaboradores y simpatizantes.

situación económica, sino porque una mujer guerrillera es un desafío a los estereotipos contruidos socialmente alrededor de la feminidad. Esto tendría un efecto, sin duda, en la posibilidad para ellas de conseguir un trabajo o una forma de sostenerse personalmente. Adicionalmente, algunas mujeres del M-19 habían tenido uno o varios hijos con compañeros de militancia, y el momento de la desmovilización fue la ocasión para la ruptura de muchas de estas relaciones (Paola, por ejemplo, estaba embarazada de un militante cuando llegó el momento de la desmovilización y él la abandonó poco después de la entrega de armas):

Hoy la mayoría de los compañeros no están con sus compañeras, y fueron ellas las que se quedaron con sus hijos. Y probablemente es una cosa que le va a pasar a las FARC también. Porque una cosa es la mujer en la guerra que se para al lado de un hombre, y es verraca y coge un arma, y sirve para aquello de las armas y nadie la esculca, y sirve para inteligencia y sirve para muchas cosas. Pero, en la vida civil, esa misma mujer no es tan funcional ¿no? Antes no importaba si usted no se pintaba, si no era bonita, porque en la guerrilla había admiración por lo que usted hacía y lo que producía como guerrera, pero en la sociedad una mujer guerrera... ¡Es un monstruo! Pero los hombres eran los guerreros y los admiraban. Yo me acuerdo que los hombres eran la sensación para las muchachas jóvenes, eso eran cantidades los que dejaron a sus compañeras, porque eran celebridades y podían hacerse otra vida... Y ahí sí ya se notó, para mí, mucho más fuerte, la discriminación de género, digamos ahí fue cuando la noté yo. Osea, esas cosas, como que no se tuvo en cuenta la especificidad que tenía la mujer como mujer.

En el momento de la desmovilización y el “retorno” a la vida civil, las ventajas y desventajas entre unos y otras se hicieron cada vez más evidentes. El regreso a las lógicas laborales y económicas implicó que quienes ocupaban posiciones más abajo en el espacio social antes de ingresar a la organización volvieran a ocupar estas posiciones. Y así mismo, con algunas excepciones, quienes venían de ocupar posiciones más arriba en el espacio social pudieron regresar a su posición con mayor facilidad. En el desarrollo del trabajo investigativo pude notar este tipo de diferencias en la vida cotidiana actual de los ex militantes. Mientras Lina tiene una casa construida por ella misma con materiales de construcción reciclados, ubicada en el barrio El Paraíso, en Ciudad Bolívar, se dedica al rebusque y pasa dificultades económicas para mantener a sus hijos y nietos, Alicia vive en una casa grande en la calle 127, al norte de la ciudad. Trabaja como consultora en temas de paz y políticas públicas para las mujeres y ha participado en diversas campañas políticas con movimientos como el Polo Democrático y Progresistas.

Evidenciar este tipo de inequidades fue – para militantes como Lucía o Lina – la razón definitiva para alejarse de las dinámicas del movimiento y, de hecho, del mundo político. Ambas señalaron que después de la desmovilización no han adelantado ningún trabajo político ni lo harían, porque ya “no hay con quién ni vale la pena”. Como se refleja en el testimonio de Lina,

cuando señala que le ha enseñado a sus hijos a pelear y trabajar solamente por sus cosas, las lógicas individuales de la vida civil calaron profundamente en algunos militantes que se decepcionaron del activismo político. Paola, por ejemplo, señaló que, después de la desmovilización: “de la cadena de afectos sólo queda el abrazo”.

Es cierto que las inequidades entre exmilitantes del movimiento y la ruptura de lazos sociales construidos durante la militancia hicieron que las trayectorias personales de cada uno se alejaran enormemente de las de los demás. Muchos han decidido no interesarse de nuevo por problemas políticos. Sin embargo, otros decidieron no abandonar la vida política e integrarse a nuevos activismos. Mi mamá, por ejemplo, se enfocó en el ambientalismo. Sandra y sus hermanas se han hecho activistas en la defensa de los derechos de la mujer y las diversidades sexuales. Gerardo ha continuado su trabajo organizativo con los minoristas de Abastos, ahora agremiados en una Cooperativa de Mercados Campesinos. Y la totalidad de entrevistados sigue compartiendo, a pesar de las divergencias, un pasado común. Una unión simbólica que se manifiesta en cada reunión del aniversario del movimiento (aún celebrado por la mayoría), los días 19 de abril.

Yo misma tuve la oportunidad de asistir al acto de reafirmación de los acuerdos de paz, ocurrido en la Plaza de Bolívar en marzo del año 2015. Durante el evento, escuché muchos comentarios de ex militantes inconformes con los resultados del proceso de paz en sus vidas personales. Por otro lado, para mí fue evidente la distancia entre los miembros “visibles” del Movimiento, como Vera Grabe, Antonio Navarro y Gustavo Petro, y mis entrevistados (una distancia incluso física, porque ellos ocupaban sillas en la parte delantera del escenario mientras los demás ex militantes estaban de pie en la parte trasera de la Plaza). A pesar de ello, buena parte de los ex militantes con los que hablé ese día tomaba el evento como una reunión familiar, como la oportunidad de encontrarse con viejos amigos y conocidos. Creo que, en ese sentido, las relaciones sociales y las redes de afectos que lograron construir los militantes durante su paso por el M-19 han resistido parcialmente, incluso, a la ruptura que implicó la desmovilización. El paso por el M-19 y la memoria de su vida militante sigue haciendo parte significativa de sus trayectorias vitales.

Conclusión

La desmovilización del Movimiento 19 de Abril en 1990 fue la decisión de abandonar las dinámicas de la guerra en un momento en el que el conflicto colombiano se recrudeció (con el auge del narcotráfico y la aparición de los grupos paramilitares). El proceso le permitió a la

organización guerrillera crear un partido político, la Alianza Democrática M-19, que, a pesar del asesinato de su candidato presidencial, logró varios lugares en el congreso y una participación significativa en la Asamblea Nacional Constituyente de 1991. Estos son aspectos positivos que exmilitantes como Vera Grabe, Antonio Navarro y Otty Patiño (cabezas visibles del movimiento) se han ocupado en rescatar en entrevistas e informes de prensa.

Sin embargo, una mirada a las experiencias diferenciadas de los militantes del M-19 deja ver que, aunque existe una visión “hegemónica” sobre el proceso de paz, en el que se resalta como un hecho positivo y democrático, para quienes no hacen parte del círculo “visible” del M-19, el proceso tuvo dificultades en su vida práctica. Implicaba, primero que todo, una ruptura con un compromiso político que algunos habían asumido como su proyecto de vida (especialmente quienes ingresaron más jóvenes a la organización). Por la misma razón, para algunos la noticia de la desmovilización, más que una sensación de alegría, les dejaba un sentimiento de incertidumbre y vacío para el futuro. Era también una ruptura sentimental, de lazos de cariño, amistad y solidaridad que se habían construido con el paso de los años. La desmovilización también implicaba el regreso a las lógicas individuales del trabajo y el intercambio monetario que terminaron por reproducir las desventajas de clase que existían entre unos y otros antes de ingresar al movimiento. Las dificultades de definir los límites entre estar “dentro” y “fuera” de la organización causaron que fuera muy difícil construir una base de datos completa de la militancia del M-19, por lo que buena parte de mis entrevistados no pudieron acceder nunca a los beneficios y ayudas que el Estado y la organización habían pactado para facilitar el regreso de sus miembros a la vida civil (lo que incrementó aún más las dificultades económicas de familias como los Páez o los Ortiz).

Adicionalmente, a diferencia de una mirada macro a los procesos de desmovilización, la reducción de escala me permitió observar que no hubo una única forma de salir del M-19, sino que cada individuo, de acuerdo a su trayectoria vital, su edad, su percepción del movimiento guerrillero, sus objetivos personales, su posesión de diversos tipos de capital, su identidad de género, etcétera, experimentó el proceso de desmovilización y de dejación de armas de una forma diferente. No fue de ninguna forma un proceso homogéneo, totalmente positivo o que haya garantizado la continuación en la vida política de todos los militantes del M-19. Adicionalmente, cada uno experimentó sus propias rupturas individuales con el compromiso organizativo que los mantenía en el movimiento. Es importante entender que paralelo al proceso llevado a cabo entre la comandancia del M-19 y los representantes del Estado colombiano

existió un proceso individual mediante el cual cada persona vivió sus propias rupturas con la militancia en la organización. De ahí que algunos militantes desertaran de la organización antes de la desmovilización oficial, y otros incluso continuaran en otros tipos de militancia y compromisos políticos. Este tipo de testimonios y análisis pueden aportar a la literatura sobre desmovilizaciones y procesos de paz una mirada un poco más compleja, que tenga en cuenta el impacto del proceso de reinserción en las vidas individuales de quienes participan de él. Es un tema del que se puede ampliar la investigación para aportar nuevas preguntas y nuevas propuestas para procesos futuros.

CONCLUSIONES

En el desarrollo del trabajo investigativo se logró abordar un movimiento guerrillero, el M-19, desde una variación en la escala de observación. Eso permitió construir una mirada al movimiento no como un personaje único, homogéneo y coherente, sino como una red de actores diversos. A través del examen de 12 trayectorias vitales de ex -milитantes de la ciudad de Bogotá y la puesta en diálogo de las entrevistas con fuentes escritas de la organización (y prensa escrita para los acontecimientos relevantes en las narraciones de los y las entrevistadas) se encontró un movimiento que, lejos de reunir un grupo homogéneo de personas con posiciones políticas únicas, estaba compuesto por individuos de diversas procedencias, diversas identidades de género, diversas posiciones en el espacio social y diversas formas de concebir la acción política. Privilegiando las trayectorias vitales pude comprender que la militancia, más que un momento específico en la vida de cada individuo, es una actividad que está ligada a los momentos previos al ingreso al movimiento y que tiene consecuencias a largo plazo, luego de la salida del movimiento. Incluso en la actualidad, algunas decisiones y aspiraciones de las personas con las que me entrevisté estaban directa o indirectamente relacionadas con su vida como militantes del M-19.

Uno de los primeros encuentros en el desarrollo de las entrevistas llevó a cuestionar la pregunta de investigación inicial. Si bien el trabajo se preguntaba por las experiencias de los “cuadros de base” del M-19 en Bogotá, adelantando las entrevistas encontré que dicha “base”, más que un lugar estático que cada individuo ocupaba, constituía una disputa por las representaciones. Cada entrevistado se identificó a sí mismo como miembro de una “base”, mientras identificaba a los demás en lugares más o menos privilegiados. En ese sentido, si bien existían personas que ocupaban lugares superiores en la cadena de mando del movimiento (lo que brindaba ventajas evidentes), los lugares en la escala jerárquica eran transitables y, por otro lado, el lugar de cada cual y de los demás en la escala organizativa no era del todo claro para los militantes. Todas esas disputas y experiencias personales sobre el lugar ocupado por ellos mismos y por los demás en la escala organizativa dieron origen a uno de los capítulos de la monografía: ocupar una posición.

Los cruces entre fuentes orales y fuentes escritas me permitieron encontrar encuentros y desencuentros entre las aspiraciones organizativas del M-19, manifestadas en documentos como los estatutos y comunicados internos, y las experiencias prácticas de sus militantes. Un ejemplo de ello es que a pesar de que en los documentos se hace evidente un esfuerzo por construir un

movimiento jerarquizado y en el cual cada operativo u acción realizada por una unidad debía tener el respaldo del mando, en las narraciones de los entrevistados se evidenció que era posible adelantar acciones y operativos sin el conocimiento del mando. Entre otras cosas, porque el Movimiento debía moverse en la paradoja de aspirar a controlar las acciones de cada uno de sus miembros y, al mismo tiempo, mantenerse en la clandestinidad y, en ese sentido, desconocer muchos aspectos de las vidas de quienes hacían parte de este. Así mismo, si bien en las disposiciones organizativas escritas la división del trabajo es muy clara, en la práctica podían existir mandos que se rotaban y estructuras que aparecían para el ejercicio de ciertas tareas y luego se disolvían.

La pregunta por la “experiencia” tuvo un lugar central en el proceso de investigación y análisis de los resultados y definió la presentación del trabajo. Se encontró un grupo de 8 experiencias que fueron comunes a todos los militantes entrevistados, a pesar de que el propósito central del trabajo investigativo fue precisamente hacer énfasis en las formas particulares en que cada persona pasó por estas experiencias, teniendo en cuenta la clase y el género como categorías transversales tanto a la experiencia como a la narración de dichas experiencias. Así, los capítulos ingresar, aprender, ocupar una posición, vivir lo personal, trabajar con las comunidades, estar en operativos, estar encarcelado y salir, muestran el panorama de experiencias comunes de los militantes del M-19 en Bogotá sin dejar de lado las particularidades de cada experiencia teniendo en cuenta las trayectorias biográficas individuales.

En ese sentido, por ejemplo, si bien todos los militantes debían pasar por un proceso de capacitación y aprendizaje después de ingresar al M-19, cada uno experimentó dichos procesos de maneras diversas. En primer lugar, no todos los espacios en los que se llevaba a cabo el proceso de aprendizaje eran formalmente dispuestos por la organización. De hecho, muchos espacios de formación se cruzaban con los aspectos más domésticos y cotidianos en las vidas de los militantes (y no estaban regulados por las disposiciones organizativas que se pueden leer en documentos como los estatutos del movimiento). Así mismo, hubo algunos que pudieron, gracias a la posesión de cierto tipo de capitales escolares, desempeñarse como instructores políticos y otros que desarrollaron gustos por este tipo de actividades de discusión política a pesar de no provenir de círculos sociales en los que fuera un hábito la lectura y la discusión de problemáticas coyunturales. Otros, en cambio, prefirieron las actividades de formación militar, lo que permitió trazar un panorama de diferenciaciones existentes entre el gusto por las actividades políticas y el gusto por las actividades militares (a pesar de que dichas actividades

militares estuvieran respaldadas en concepciones políticas, sólo que no apoyadas en la forma “intelectual” de relacionarse con lo político).

El proceso de ingreso fue similar. Quienes provenían de familias relativamente estables económicamente y habían vivido un proceso de politización en ambientes académicos ingresaron de forma temprana y tuvieron que esforzarse por movilizar sus redes sociales para encontrar un contacto que los ingresara a la organización. Quienes provenían de familias que estaban relacionadas con la Alianza Nacional Popular ingresaron de manera temprana pero apenas notaron un tránsito de una forma de movilización política a otra (el M-19) y, además, participaron varios miembros de un mismo círculo familiar. Los jóvenes de los barrios en los cuales el M-19 tenía algún tipo de iniciativa organizativa, pertenecientes a una generación más joven, no pasaron necesariamente por un proceso de politización inicial, sino que ingresaron al movimiento en medio de las dinámicas vecinales en las que desarrollaban sus actividades cotidianas.

El nexo entre la vida personal y doméstica y la vida política de cada uno de los militantes constituyó otro tipo de experiencias que forman el capítulo “vivir lo personal”. Pude ver que, contrario a la manera en la que se suele pensar la actividad política, en las experiencias de los militantes las relaciones afectivas, la vida sexual, las relaciones familiares y los espacios de ocio se cruzaron con la vida como militantes del movimiento guerrillero. Por supuesto, la forma en la que se vivieron esos cruces entre la vida doméstica y la vida militante cambiaba enormemente según el caso. Para las personas cuya militancia era compartida con otros miembros de su familia y cuya casa era una casa de seguridad del movimiento, estos cruces entre lo doméstico y lo político eran evidentes en cada actividad rutinaria, desde la preparación de las comidas hasta las salidas a hacer ejercicio matutino. Para las mujeres, los cruces de lo íntimo con lo político atravesaban sus experiencias de maternidad, la manera en la que era discutida y controlada su sexualidad, y algunas experiencias de acoso sufridas durante el periodo de militancia.

En capítulos como vivir lo personal y ocupar una posición, la clase social y el género como factores de diferenciación, que hacían que no todas las experiencias fueran vividas de la misma manera, se hicieron mucho más presentes. Sin embargo, se ha intentó que tanto la clase como el género se mantuvieran en un eje de análisis transversal en el desarrollo del trabajo. Eso permitió, por un lado, comprender algunas razones por las que, a pesar de pasar por experiencias similares, cada persona tuviera una impresión y una posición diferente sobre esas mismas experiencias. Por otro lado, me permitió ver que los militantes del M-19 debían lidiar con otro

tipo de paradoja muy particular: Luchar por un cambio en el sistema social dominante y, al mismo tiempo, ser producto de las relaciones sociales jerárquicas de dicho sistema social. Eso implicaba, por ejemplo, que la jerarquía organizativa terminara por reproducir algunas ventajas y desventajas de clase social entre unos y otros. También implicaba que algunos miembros del movimiento no renunciaran a sus privilegios de género, presentándose situaciones de inequidad entre los miembros masculinos y los miembros femeninos de la organización no solamente en aspectos como la maternidad o la sexualidad, sino también en el reconocimiento del trabajo militante adelantado por las mujeres y en sus papeles en los cargos de dirección. Estas distancias jerárquicas entre unos y otras hizo también que el proceso de desmovilización no tuviera el mismo tipo de impacto (si bien tuvo impacto en todas las trayectorias vitales) en los entrevistados.

De hecho, en el desarrollo de la investigación encontré que el proceso de desmovilización tuvo más dificultades para quienes ocupaban un lugar relativamente inferior en la escala social antes de ingresar al movimiento que para quienes contaban con una serie de ventajas relativas (capital económico, capital escolar, familiares, etc.). Después de la desmovilización, de hecho, quienes provenían de sectores relativamente más aventajados tuvieron la facilidad de retornar a esos mismos lugares. Esto no solamente por la dificultad para romper de fondo con los esquemas jerárquicos tanto fuera como dentro del movimiento, sino también por las dificultades prácticas del proceso de reinserción. Entre ellas, el hecho de no poder definir fácilmente si una persona era militante, simpatizante o colaboradora, y el hecho de que no todos los militantes se conocían entre sí (el movimiento no tenía un control total sobre todos sus miembros). Eso hizo que, de mis entrevistados, solamente 3 contaran con los beneficios que se habían pactado durante el proceso de paz con el gobierno para ayudar a los guerrilleros a un retorno efectivo a la vida civil. El resto, tuvo que regresar a un mundo de competitividad laboral y problemas económicos (quienes no habían terminado el colegio o iniciado una carrera universitaria, pasando sus años de adolescencia en la organización, sufrieron más bruscamente esta transición).

En capítulos como estar en operativos y estar encarcelado pude abordar dos tipos de experiencia relativamente comunes para quienes estaban dispuestos a asumir la militancia guerrillera. En el caso de los operativos, se trataba no solamente de la base del accionar militar en Bogotá, sino también del escenario en el que los militantes asumían su rol de actores armados (presentándose una relación particular con las armas como herramienta). En el caso de la cárcel,

los militantes debían enfrentarse a los temores de ser identificado por quienes habían definido como “el enemigo”, en medio de las dinámicas de la guerra (y conociendo que se presentaban casos de desapariciones y torturas). Así mismo, en el caso de la cárcel pude ver que la experiencia carcelaria, de forma similar a otros campos de la militancia guerrillera, no era un proceso por el que atravesaban únicamente los individuos implicados, sino también sus familias.

El capítulo titulado trabajar en comunidades me permitió ver a fondo las múltiples relaciones establecidas entre los militantes del M-19 y los diversos miembros de las comunidades barriales en Bogotá. Comprendí que la falta de presencia estatal y la disposición del M-19 para actuar como mediador frente a las necesidades de las comunidades hizo que sus miembros ganaran espacio en algunas de las localidades de Bogotá en las que tuvieron fuerte presencia y que fueron, durante 1984, la sede de sus campamentos urbanos. Las entrevistas me permitieron entender la importancia de los diálogos de paz con el gobierno de Belisario Betancour en 1984 en tanto le permitió al Movimiento, precisamente, abrirse caminos de diálogo con las comunidades, con miras a construir un proyecto político masivo. Eso, en la experiencia práctica de mis entrevistados, implicó ponerse en contacto con las necesidades de diversas comunidades, participar en consejos comunitarios y jornadas de trabajo que son recordadas por ellos de manera positiva. Especialmente en este capítulo pude ver que la reducción en la escala de observación visibiliza redes de relaciones y actores que no son visibles desde perspectivas macro. Por ejemplo, pude ver cómo en el diálogo con las comunidades vecinales no solamente participaban miembros del barrio y del M-19, sino también sacerdotes, miembros de otras organizaciones armadas y otro tipo de partidos políticos.

Algunos trabajos de microhistoria que juegan con la escala de observación han mostrado que la vida de un individuo o un grupo de individuos no es solamente la historia de ellos mismos, sino que también abre un panorama de relaciones con otros temas de estudio. En este caso, el examen de las trayectorias vitales de los ex militantes del M-19 en Bogotá no me permitió reconstruir únicamente aspectos de la vida militante o de la historia del M-19 sino también su relación con otras materias de interés histórico. De forma paralela las experiencias de los militantes me permitieron visibilizar temas como la relación del M-19 con la Alianza Nacional Popular y el gobierno de Rojas Pinilla y la transición entre estas formas de militancia para las familias que participaron de ambos grupos, la relación entre las comunidades religiosas simpatizantes de la teología de la liberación y las actividades comunitarias impulsadas por movimientos como el M-19, el desplazamiento de familias de otras regiones del país hacia

Bogotá como consecuencia del conflicto de la primera mitad del siglo XX (y la relevancia que tiene “La Violencia” en las narraciones personales y familiares) y la construcción y la vida cotidiana en los barrios informales de Bogotá.

Considero que cada una de estas temáticas podría constituir, por sí misma, un tema para futuras investigaciones. Del mismo modo, enfrentarme con el hecho de que las personas narraban sus experiencias de militancia 30 años después de lo sucedido, me permitió entender que un análisis de las diversas maneras en las que los excombatientes narran y reconstruyen su pasado militante constituye un campo de investigación interesante dentro de los estudios sobre memoria. Las limitaciones del análisis me impidieron tener muchas de estas materias en consideración pero me permite tenerlas en cuenta como posibilidades en estudios futuros.

Finalmente, después de ver las múltiples redes de relaciones, variedad de temáticas y dinámicas de diferenciación que se visibilizan al operar una variación en la escala de observación de fenómenos históricos, pienso que es una invitación válida no solamente para otro tipo de agrupaciones armadas, sino también para todo tipo de organizaciones y movimientos. En el caso de las diversas temáticas que componen el tema del conflicto armado colombiano, considero que este tipo de cambios de escala aportan una mirada que permite ver los diversos grupos en conflicto no como cuerpos homogéneos y monolíticos de ideas y experiencias, sino como redes de relaciones y experiencias singulares que están en diálogo y conflicto. También permite analizar los fenómenos de guerra anclados a diversas trayectorias biográficas individuales y no solamente a fenómenos macro de orden económico, agrario o político. La invitación a la reducción de escala es, por supuesto, también una invitación a adelantar ejercicios de imaginación histórica que permitan encontrar y construir nuevos archivos y nuevas fuentes, o hacerle otro tipo de preguntas a los archivos que ya existen.

REFERENCIAS

Fuentes Primarias

Entrevistas semiestructuradas personales desarrolladas entre julio y diciembre de 2015 a 12 militantes del M-19 en la ciudad de Bogotá.

Estatutos del Movimiento 19 de Abril. Sin fecha, original y mecanografiado. Obtenido a través de archivos personales.

Comunicado a los mandos medios. 1986, Estado Mayor de la Fuerza Nacional de Operaciones del M-19. Original. Mecanografiado. Obtenido a través de archivos personales.

Carta a la militancia nacional del M-19. 1987, Comando Superior del Movimiento 19 de Abril. Original. Mecanografiado. Obtenido a través de archivos personales.

Carta Nacional del M-19: De la Comandancia General para La militancia y sus respectivas estructuras. Octubre de 1987, Comando Superior del Movimiento 19 de Abril. Original. Mecanografiado. Obtenido a través de archivos personales.

Sobre el régimen de vida de las triadas, 1986. Mecanografiado. Original. Obtenido a través de archivos personales.

Boletín del Movimiento 19 de Abril. Septiembre de 1985. Número 101. Original. Obtenido a través de archivos personales.

Operación Antonio Nariño por los Derechos del Hombre, noviembre de 1985. Comunicado del Comando Superior del M-19 a la Opinión Pública. Publicado por el Centro de Documentación de los Movimientos Armados. Disponible en la web en: <http://www.cedNidia.org/ver.php?id=408> (Consultado el 10 de mayo de 2016).

Álvaro Fayad, *Declaración del M-19 tras la masacre del Palacio de Justicia*, noviembre 9 de 1985. Publicado por el Centro de Documentación de los Movimientos Armados. Disponible en la web en: <http://www.cedNidia.org/ver.php?id=2557> (Consultado el 10 de mayo de 2016).

Vida y paz a la nación son guerra a la oligarquía. Comando Superior del M-19. Documento del “Campo Reencuentro”, enero de 1988. Original. Mecanografiado. Obtenido a través de archivos personales.

Informe y algunas apreciaciones sobre “La Ciruela”, 24 de junio de 1988. Original. Mecanografiado. Obtenido a través de archivos personales.

Boletín del Movimiento 19 de Abril, julio de 1988. Original. Obtenido a través de archivos personales.

“Asesinados a tiros tres miembros del M-19 en Bogotá”. Diario El País. 9 de abril de 1989. Disponible en la web en: http://elpais.com/diario/1989/04/09/internacional/608076010_850215.html (Consultado el 26 de octubre de 2016)

“Texto del Acuerdo” El Tiempo. 23 de Agosto de 1984, 2b.

“Volver”. Revista Semana. 16 de abril de 1990. Disponible en la página web en: <http://www.sNiPaola.com/especiales/articulo/volver/13202-3> (Consultado el 25 de agosto de 2016).

Antonio Navarro, Vera Grabe, José Miguel Sánchez, Otty Patiño, et.al, “Menos mal nos salimos de la guerra”, 9 de marzo de 2015. La Silla Vacía. Disponible la página web de La Silla Vacía en el siguiente link: <http://www.las2orillas.co/menos-mal-nos-salimos-de-la-guerra-vera-grave/> (Consultado el 23 de octubre de 2016).

“¿Qué quiere el M-19?” Revista Semana. 11 de Julio de 1988.

“Acuerdos de paz entre el Gobierno Nacional y el M-19”, marzo de 1990. Disponible en la red en: <http://www.las2orillas.co/acuerdo-de-paz-entre-el-gobierno-nacional-el-m-19/> (Consultado el 23 de agosto de 2016)

“M-19 declara *territorio libre de Colombia* a Los Robles”. El Tiempo. 16 de marzo de 1985.

“Bateman habla de su muerte”. Revista Semana, 22 de agosto de 1983. Disponible en la página web de Semana en el siguiente link: <http://www.sNiPaola.com/nacion/articulo/batNidian-habla-de-su-muerte/3358-3>. (Consultado el 4 de abril de 2016)

“El gobierno ha roto acuerdos de paz”, El Espectador, 15 de marzo de 1985. Seccional Bogotá

“Capturados en las jornadas de protesta”, El Tiempo, 21 de junio de 1985, 2B.

Fuentes secundarias

Archila, Mauricio et al. 2010. *Una historia inconclusa: Izquierdas políticas y sociales en Colombia*. Bogotá: CINEP.

Ariza, Patricia, Kielland, Peggy-Ann y Romero, Clara. 1992. *Bateman*. Bogotá: Editorial Planeta

Ayala Diago, César Augusto. 2006. *El populismo atrapado, la memoria y el miedo. El caso de las elecciones de 1970*. Medellín: Editorial La Carreta-Universidad Nacional de Colombia.

Ayala Diago, César Augusto. 2011. *La explosión del populismo en Colombia. Anapo y participación política durante el Frente Nacional*. Bogotá: Editorial Universidad Nacional de Colombia.

Ben-Ze'ev, Efrat. 2010. *Shadows of War: A Social History of Silence in the Twentieth Century*, Editado por Ruth Ginio y Jay Winter. Cambridge: Cambridge University Press.

Bosa, Bastien. 2015. "C'est de famille ! L'apport de Wittgenstein au travail conceptuel dans les sciences sociales". Francia Sociologie *n.1 fasc.6*. Paris.

Bosco, Fernando. 2006. "The Madres de Plaza de Mayo and 'Three Decades of Human Rights' Activism: Embeddedness, Emotion and Social Movements". *Annals of the Association of American Geographers* vol. 96.

Bourdieu, Pierre y Passeron, Jean Claude. 2000. *La Reproducción. Elementos para una teoría del sistNidia de enseñanza*. Barcelona: Editorial Fontamara.

Bourdieu, Pierre. 2000. «¿Cómo se hace una clase social? Sobre la existencia teórica y práctica de los grupos.» y «Las formas del capital. Capital económico, capital cultural y capital social.» En *Poder, derecho y clases sociales*, de Pierre Bourdieu. Bilbao: Desclée de Brower.

Carrigan, Ana. 1993. *The Palace of Justice: A Colombian Tragedy*. Four Walls, Eight Windows: Nueva York.

Fillieule, Olivier. 2014. "Demobilization and Disengagement in a Life Course Perspective" *The Oxford Handbook of Social Movements*. Oxford.

Gamiño Muñoz, Rodolfo. 2006. *Del barrio a la guerrilla. Historia de la Liga Comunista 23 de Septiembre (Guadalajara, 1964-1973)*. Guadalajara: CEDNIDIA.

Ginzburg, Carlo. 2009. *El queso y los gusanos. El cosmos según un molinero del siglo XVI*. Barcelona: Ediciones Península.

Helg, Aline. 1987. *La educación en Colombia: 1918-1957. Una historia social, económica y política*. Serie Educación y Cultura. Bogotá: Universidad Pedagógica Nacional y Plaza y Janés Editores.

Hensel, Franz D. [en proceso de publicación "¿Mal de Archivo? Entre formas de registro oficial y lugares de imaginación histórica" en: *Disputas Sobre el Archivo*. Bogotá: Universidad de los Andes.

Ibarra Melo, Maria Eugenia. 2007. *Transformaciones identitarias de las mujeres como resultado de su participación política en las guerrillas y en las acciones colectivas por la paz en Colombia*. Tesis doctoral en Estudios de Género, Universidad Complutense de Madrid.

Jaramillo Marín, Jefferson. 2014. *Pasados y presentes de la violencia en Colombia. Estudio sobre las comisiones de investigación, 1958 – 2011*. Bogotá: Editorial Pontificia Universidad Javeriana.

Lara, Patricia. 2014. *Siembra vientos y recogerás tempestades. La historia del M-19, sus protagonistas, sus destinos*. Bogotá: Editorial Planeta.

León Palacios, Paulo César. 2007. "M-19: Orígenes y surgimiento de una cultura política". Tesis de Maestría en Historia, Universidad Nacional de Colombia.

León Palacios, Paulo César. 2008. "El M-19 y la subversión cultural bogotana en los setenta: el caso de la Revista Alternativa". *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, Número 35. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.

- León Palacios, Paulo César. 2012. "La ambivalente relación entre el M-19 y la Anapo". *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, vol. 39. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Levi, Giovanni. 1996. "Sobre microhistoria". En: *Formas de hacer historia*, ed. Peter Burke. Madrid: Editorial Alianza.
- Luna Benítez, Mario. 2006. "El M-19 en el contexto de las guerrillas en Colombia". *Revista Sociedad y Economía*.
- Madariaga, Patricia. 2006. "Yo estaba perdida y en el M me encontré" *Controversia* Número 187.
- Medina Gallego, Carlos. 2007. Ejército de Liberación Nacional: Notas para una historia de las ideas políticas (1958-2007). Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Melo Rodríguez, Fabio. 2014. *Colonización y poblamiento del piedemonte amazónico en el Caquetá. El Doncello 1918-1972*. Tesis de Maestría en Historia. Universidad Javeriana.
- Molano, Alfredo. 2009. *Abí les dejo esos fierros*. Bogotá: Aguilar Editores.
- Narváez Jaimes, Ginneth. 2012. "La guerra revolucionaria del M-19". Tesis de maestría en Historia. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Ortiz, Carlos Miguel. 1995. "Historiografía de la Violencia" En *La Historia al final del milenio. Ensayos de historiografía colombiana y latinoamericana*, de Varios Autores. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Pagis, Julie. 2011. "The Biographical Consequences of Activism in May 1968". *Sociétés Contemporaines* N 84. Francia.
- Palacios, Marco. 1995. *Entre la legitimidad y la violencia. Colombia 1875-1994*. Bogotá: Editorial Norma.
- Palacios, Marco. 1999. "Agenda para la democracia y negociación con las guerrillas". En *Los laberintos de la guerra. Utopías e incertidumbres sobre la paz*, coord. Francisco Leal Buitrago. Bogotá: Tercer Mundo Editores.
- Pécaut, Daniel. 2003. *Violencia y política en Colombia: Elementos de reflexión*. Medellín: Hombre Nuevo Editores.
- Pizarro, Eduardo. 1991. "Elementos para una sociología de la guerrilla colombiana". *Análisis Político*.
- Pizarro, Eduardo. 2012. *Las Farc (1949-2011): de guerrilla campesina a máquina de guerra*. Bogotá: Editorial Norma.
- Prins, Gwyn. 1996. "Historia Oral". En *Formas de hacer historia*, ed. Peter Burke. Madrid: Editorial Alianza.

- Ramírez, Luis. 2006. "Voces y memorias desde abajo: comunistas y guerrilleros en la historia oficial y el presente del PRD". *Relaciones: Estudios de historia y sociedad*.
- Revel, Jacques. 1996. "Microanalysis and the Construction of the Social". En *Histories. French Constructions of the Past*, Jaques Revel et al. Nueva York: New Press.
- Revel, Jacques. 2005. *Un momento historiográfico: Doce ensayos de historia social*. Buenos Aires: Ediciones Manantial.
- Roldán, Mary. 2003. *A Sangre y Fuego: La Violencia en Antioquia, Colombia (1946-1953)*. Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología e Historia.
- Ruíz Montealegre, Manuel. 2002. *Sueños y Realidades: Procesos de organización estudiantil 1954-1966*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Salazar, Alonso J. 1998. *No nacimos pa' semilla*. Bogotá, CINEP.
- Salcedo, Javier. 2011. *Los montoneros del barrio*. Caseros: Universidad Nacional Tres de Febrero.
- Sánchez, Gonzalo, y Donny Meertens. 1998. *Bandoleros, gamonales y campesinos. El caso de La Violencia en Colombia*. Bogotá: El Áncora Editores.
- Schrock, Douglas y Schwalbe, Michael. 2009. "Men, Masculinity, and Manhood Acts". *Annual Review of Sociology* Vol. 35.
- Scott, Joan. 2001. "Experiencia" *La ventana* N° 13. México.
- Scott, Joan W. 1986. "Gender: A Useful Category of Historical Analysis". *The American Historical Review* 91, no. 5.
- Thompson, E. P. 1981. *Miseria de la teoría*. Barcelona: Crítica.
- Toro, Beatriz. 1994. *La revolución o los hijos: Mujeres y guerrilla*. Bogotá, Departamento de Antropología: Universidad de los Andes.
- Uribe Alarcón, María Victoria. 1994. *Ni canto de gloria ni canto fúnebre. El regreso del EPL a la vida civil*. Bogotá: CINEP.
- Uribe Alarcón, María Victoria. 2015. *Hilando fino. Voces femeninas en la Violencia*. Bogotá: Universidad del Rosario.
- Vásquez, María Eugenia. 2000. *Escrito para no morir: Bitácora de una militancia*. Bogotá: Alcaldía Mayor. Programa de Justicia de Género.
- Villamizar, Darío. 1995. *Aquel 19 será*. Bogotá: Editorial Planeta.

